

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS

«Es la confianza y nada más que la confianza lo que ha de conducirnos al amor.»

Las reliquias de
santa Teresita
visitan España

Por la
declaración de
Teresa de
Lisieux, patrona
del Apostolado
de la Oración

La familia de
santa Teresita:
escuela de
santidad



«Es el Evangelio mismo, el corazón del Evangelio, lo que ha vuelto a hallar.»

Año LX- Núm. 867
Octubre 2003

Pío XII, 11 de julio de 1954

Sumario

Homilía pronunciada por S.S. Pío XI en la canonización solemne de la bienaventurada Teresa del Niño Jesús	3
El carisma doctoral de santa Teresita del Niño Jesús y la vocación apostólica de Schola Cordis Iesu <i>Francisco Canals Vidal</i>	5
Teresa de Lisieux y el Apostolado de la Oración <i>Gastón Roberge, S.J.</i>	9
La familia de santa Teresita: escuela de santidad <i>José María Alsina Casanova, hnssc</i>	12
Mosén Eudald Serra y el Foment de Pietat, propagadores de la espiritualidad de santa Teresa del Niño Jesús <i>Àngel Fàbrega i Grau</i>	17
«Por el caminito de infancia espiritual». Guardar el corazón para Jesús <i>Eudald Serra i Buixó</i>	22
«Por el camino de la confianza de los hijos de Dios en el Padre de la misericordia» <i>Antonio Cañizares Llovera</i>	24
Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (VIII) <i>José Javier Echave-Sustaeta</i>	26
A los cuarenta años de la Encíclica <i>Pacem in terris</i> <i>José M^a Petit Sullá</i>	31
Pequeñas lecciones de historia. La entrada de Teresita en el Carmelo (I) <i>Gerardo Manresa</i>	33
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	34
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	36
Orientaciones bibliográficas <i>Evan McIlan</i>	38
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	39
Hace 50 años <i>J. M^a P. S.</i>	42

RAZÓN DEL NÚMERO

SENTIMOS la presencia de las reliquias de santa Teresita del Niño Jesús en Barcelona, el próximo 14 de diciembre, como el cumplimiento de lo que prometió: no sólo intercedería en el cielo, sino que volvería a la tierra; bajaría del cielo para estar entre nosotros, entre las «almas pequeñas» a las que dirigía el llamamiento divino.

El presente número de CRISTIANDAD –revista en que fructificó la obra apostólica del padre Orlandis, concretada en Schola Cordis Iesu– se propone recordar el «mensaje nuevo» de la doctora de la Iglesia, que reencontró, como dijo Pío XII, el «corazón del Evangelio».

En 1971, el padre Roberto Cayuela afirmaba la congruencia de que fuese declarada doctora de la Iglesia y patrona del Apostolado de la Oración. Lo primero fue realidad en 1997, por declaración solemne de Juan Pablo II. Lo segundo, su patrocinio sobre el Apostolado de la Oración, es ahora propugnado por Gastón Roberge, S.I., en el reciente número de *Oración y servicio*, la revista de la Dirección General del propio Apostolado. Sus palabras son estímulo iluminador de nuestra esperanza de que así sea pronto proclamado.

De la maestra de espíritu que, en su corta vida de veinticuatro años, iluminó a la Iglesia de un modo que fue comparado al de san Agustín, santo Tomás o san Francisco de Asís, habló Pío XI al canonizarla de un modo que anunciaba ya, implícitamente, el reconocimiento de su carisma doctoral. Su mensaje ha sido el llamamiento divino a los pequeños, ya que la santidad no es ninguna excelencia ni eminente cualidad humana, sino la sencilla y confiada correspondencia al Amor misericordioso de Dios. La Santa carmelita aprendió esto en su familia, que fue «escuela de santidad», como nos recuerda José María Alsina, pbro. También es de esperar que, algún día, sean sus padres elevados a los altares.

Hemos pensado que era esta ocasión muy oportuna para proclamar el agradecimiento que deben Barcelona y Cataluña a los que fueron, entre nosotros, adelantados en la propagación de la infancia espiritual, *mossèn* Eudald Serra y el padre Ignasi Casanovas, S.I., que, por las obras que fundaron –el *Foment de Pietat* y la *Balmesiana*, con todas sus ramificaciones y fructificaciones en el orden de la piedad y de la cultura católica–, vivieron siempre del espíritu de aquella que Pío XI proclamaba como la «estrella de su pontificado». *Mossèn* Àngel Fàbrega, heredero espiritual de *mossèn* Eudald Serra, había recordado esto en 1997. Es estimulante y orientador volver a leer ahora sus palabras y algunas de las que había escrito el propio *mossèn* Serra.

Son congruentes para el propósito del presente número las palabras del arzobispo de Toledo Antonio Cañizares referidas a la presencia, en España, de las reliquias de santa Teresita y a la eficacia evangelizadora y renovadora de su mensaje. La carta de Juan Pablo II a la Compañía de Jesús se muestra singularmente oportuna para quienes nos sentimos deudores al Apostolado de la Oración.

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2^a
Tel. y Fax 93 317 47 33
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@eic.ictnet.es

Homilía pronunciada por S.S. Pío XI en la canonización solemne de la bienaventurada Teresa del Niño Jesús

(17 de mayo de 1925)

Venerables hermanos y amados hijos:

Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, que entre las numerosas solicitudes de nuestro ministerio apostólico, nos ha concedido el consuelo de poner, la primera entre el número de los santos, a la virgen que, al principio de nuestro pontificado fue también la primera que hemos elevado al rango de los bienaventurados, la virgen que practicó la infancia espiritual, este camino también inseparable de la grandeza de alma que hace digno, según las promesas mismas de Jesucristo, de ser glorificado solemnemente en la Jerusalén celestial y en el seno de la Iglesia en la tierra.

También damos gracias a Dios por permitirnos hoy, a Nos, que ocupamos el lugar de su Hijo, de recordaros a todos y hacer penetrar en vuestras almas, desde lo alto de esta cátedra de verdad, en la solemnidad augusta del Sacrificio, un aviso de salvación dado por el divino Maestro. Un día que sus discípulos le habían preguntado que quién sería, según su juicio, el más «grande en el reino de los cielos, llamó a un niño, lo puso en medio de ellos, y dijo estas palabras memorables: “En verdad, os digo, si no os convertís y os hacéis semejantes a este niño, no entraréis en el reino de los cielos”».

Teresa, nuestra nueva Santa, impregnó profundamente su alma de esta doctrina evangélica; la convirtió en práctica de su vida cotidiana; más todavía, enseñó este camino de la infancia espiritual, primero, por sus lecciones y sus ejemplos a las jóvenes novicias de su convento, después, por escri-

tos, a todas las almas. Estos escritos han sido difundidos por el mundo entero; nadie los puede recorrer sin amarlos; sin leerlos, y releerlos con el más vivo placer y con el mayor provecho.

Teresa ¿no es en efecto, la rosa abierta en el jardín cerrado del Carmelo, la joven de una pureza sin tacha? Desde el día en que ella juntó a su nombre el de Jesús Niño, reprodujo en sí misma, en rasgos vivientes, la imagen de este Niño; y, de tal modo, que venerar a Teresa, es verdaderamente venerar y alabar el divino modelo que hace revivir en ella.

Así hoy alimentamos la esperanza de ver en las almas de los fieles nacer el deseo de esta infancia espiritual que consiste en ser, por virtud, en nuestros pensamientos y en nuestras acciones, lo que es el niño, por el instinto de su naturaleza, en sus sentimientos y en sus acciones.

Ninguna mancha vela con su sombra la mirada del niño; ninguna pasión le debilita con sus atractivos; reposa en seguridad en la posesión de su inocencia; ignora la astucia del engaño; lo que piensa lo dice sin disimulo, sencillamente; tal como es por dentro se muestra por fuera.

Así nos aparece Teresa: de una naturaleza más angélica que humana; ha introducido en su alma la sencillez del niño, según las leyes de la verdad y la justicia.

Pero la virgen de Lisieux tenía presentes en su memoria estas invitaciones y estas promesas del Esposo divino: “Si alguno es muy pequeño, que venga a mí. Encontraréis un seno seguro que os llevará, y rodillas sobre las que seréis acariciados; como una madre acaricia a su niño, así yo os con-



solaré”. Teresa tenía conciencia de su debilidad, y se dio y se abandonó con confianza y sin reserva a la divina Providencia, a fin de poder, sin otro apoyo, franquear las peores dificultades del camino, y esperar esta perfecta santidad de vida a la que ella había decidido aspirar en una plena y gozosa abdicación de su voluntad propia.

No nos asombremos al ver cumplirse en esta religiosa la palabra de Cristo: «Quienquiera que se abaje como este niño, éste será el más grande en el reino de los cielos». Ha placido, pues, a la bondad divina colmada, enriquecerla con una sabiduría especial.

Teresa había bebido con abundancia en el catecismo las auténticas enseñanzas de la fe, su doctrina ascética en el libro de oro de la *Imitación*, sus conocimientos místicos en las obras de su padre san Juan de la Cruz; alimentó su inteligencia y su corazón con la meditación asidua de las Sagradas Escrituras; pero, por encima de todo, el Espíritu de verdad le abrió y le descubrió los misterios que acostumbra a esconder a los sabios y a los prudentes y los revela a los muy pequeños: pues, según el testimonio de Nuestro predecesor, Teresa poseía una tal ciencia de las cosas de lo alto que pudo enseñar a las almas un camino cierto de salvación.

Esta abundancia de luces y de gracias divinas que fueron dadas a Teresa habían prendido en su corazón tal incendio de caridad que al fin la consumió, después de haber vivido por así decirlo en un perpetuo éxtasis; y, en este orden de ideas, ella pudo antes de su muerte decir sencillamente que «jamás había dado a Dios otra cosa que amor».

Por otra parte, es evidente que el impulso de esta ardiente caridad fue en la virgen de Lisieux el principio de su designio y de su deseo apremiante

de «trabajar por el amor de Jesús, únicamente para darle placer, para consolar su Corazón sagrado y para procurar la salvación eterna de muchas almas destinadas a amar eternamente a Cristo».

De que haya empezado, desde el instante de su llegada a la patria eternal, a cumplir y a realizar este designio, tenemos la prueba esplendorosa en esa mística lluvia de rosas que, por permisión de Dios, ha esparcido sobre la tierra y no cesa de esparcir, según la promesa que ingenuamente hizo mientras vivía.

Es por esto, venerables hermanos y amados hijos, que deseamos ardientemente que todos los cristianos se muestren dignos de participar en la efusión de gracias tan numerosas que se han obtenido por su intercesión; pero más ardientemente aún, que fijéis en ella la mirada atenta para tomarla por modelo, viniendo a ser todos como niños; pues según la sentencia de Cristo, los que no sean como los muy pequeños, no entrarán en el reino de los cielos.

Si este camino de la infancia espiritual fuese seguido por la masa ¡que fácil aparecería a todos la restauración del orden moral en la sociedad humana, restauración de la que hemos hecho el fin de nuestros esfuerzos desde el principio de Nuestro Pontificado, y sobre todo desde la publicación del gran Jubileo!

Hacemos, pues, nuestra esta oración con la que la nueva santa Teresa del Niño Jesús, terminó el precioso libro de su vida: «Te suplico, oh buen Jesús, que bajes tu mirada divina sobre un gran número de almas pequeñas; te suplico que escojas en este mundo una legión de almas pequeñas víctimas dignas de tu amor».

Así sea.

Señor, Vuestra hija pide perdón por sus hermanos, se conforma en comer, durante todo el tiempo que queráis, el pan del dolor... ¿No puedo decir en su nombre, en nombre de mis hermanos: «Tened compasión de nosotros, Señor, porque somos pobres pecadores»?... ¡Oh, Señor, haced que volvamos justificados!

SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS:
Manuscritos autobiográficos

El carisma doctoral de santa Teresita del Niño Jesús y la vocación apostólica de Schola Cordis Iesu

FRANCISCO CANALS VIDAL

La declaración de un santo como doctor de la Iglesia tiene un sentido completamente heterogéneo con el reconocimiento de una eminente categoría en el orden de la ciencia teológica o de los saberes humanos que la doctrina sagrada incorpora y utiliza. La declaración del doctorado de la Iglesia no tiene analogía con las más eminentes distinciones académicas o artísticas; no es algo así como un premio Nobel o un óscar cinematográfico.

Comentaba Juan Pablo II en la celebración eucarística celebrada en la basílica de San Pedro el 19 de octubre de 1997 que cuando el Magisterio proclama a alguien doctor de la Iglesia señala un punto de referencia no sólo porque es conforme su doctrina a la verdad revelada sino porque aporta nueva luz sobre los misterios de la fe y una más profunda comprensión del misterio de Cristo.

En la Iglesia crece por la asistencia del Espíritu Santo la comprensión del *depositum fidei* y a ello no contribuye sólo el estudio teológico, ni siquiera la enseñanza cierta de la verdad por el Magisterio, sino también la profunda inteligencia de las cosas espirituales dada con riqueza y diversidad de dones a quienes se han dejado guiar dócilmente por el Espíritu de Dios. Por los santos es Dios mismo que nos habla y por eso para profundizar en los misterios divinos, siempre mayores que los saberes humanos, tiene un valor especial la experiencia espiritual de los santos.

No es casual que la Iglesia otorgue el título de

doctor sólo a quienes previamente haya canonizado, es decir, declarado su santidad, propuesta como ejemplo a los cristianos.

Decía allí mismo Juan Pablo II que Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz es la más joven entre los doctores de la Iglesia, pero que en sus escritos expresa comprensiones de la fe tan vastas y profundas que merece un lugar entre los grandes maestros espirituales.

La singularidad del magisterio doctoral de la santa carmelita está conexas con la juventud de quien terminó su vida y su tarea en la tierra a los veinticuatro años y con pequeñez que ella ponderaba siempre con misteriosa sinceridad: «Yo no soy una santa, soy un alma pequeña a la que Dios ha colmado de gracias. En el cielo veréis que es verdad lo que digo». Así hablaba en su lecho de muerte a sus hermanas.

El entonces cardenal Pacelli, el futuro Pío XII, al inaugurarse la basílica de Lisieux aludía al genio fascinante de Agustín, a la sabiduría luminosa de Tomás de Aquino, al poema divino que es la vida de Francisco de Asís por el que Dios hecho hombre ha sido

más amado, por su ejemplo por millones de hombres y mujeres, y notaba que «una carmelita enclaustrada apenas llegada a la mayoría de edad, en menos de medio siglo ha conquistado innumerables legiones de discípulos. Niños parecen en su escuela los doctores de la Ley. El papa la ha glorificado y la invoca a diario con humildes súplicas, y al presente millones de almas de todos los conti-



nentes han sentido en su vida interior la influencia benéfica del librito de *La historia de un alma*.

El propio Pío XII ponía en el núcleo de su mensaje el texto evangélico: «Si no os hicieréis como niños no entraréis en el reino de los cielos». Que la infancia espiritual no es el infantilismo ni la inmadurez de la infancia humana es algo de lo que era muy consciente Teresa del Niño Jesús al agradecer a Dios el haberla librado de los «defectos de la infancia» con la gracia de la Navidad que ella llama su conversión, y por la que dice «entró en mí la caridad y con ella la necesidad de olvidarme por siempre de mí misma para pensar en los otros y desde entonces soy feliz». Pero la analogía –semejanza y diversidad– entre la infancia humana y la infancia espiritual consiste precisamente en que la maduración en la vida cristiana a que llegamos por este camino evangélico nos hace ser cada vez más conscientes de no poder nada por nosotros mismos, y sentir nuestra impotencia como una disponibilidad para dejarse conducir, como por un divino ascensor, por los brazos paternos de Dios.

Es un tesoro nuevo y antiguo el que nos descubre el singular mensaje nuevo de la doctora santa Teresita del Niño Jesús: es la confianza, y nada más que la confianza, la que debe conducirnos al amor. El sentimiento de nuestra debilidad e impotencia es el misterioso camino por el que nos lleva la gracia paternal de Dios a poner únicamente en él toda nuestra confianza.

Santa Teresita sentía que la vocación universal a la santidad no es un estímulo para que pongamos nuestro corazón en el progreso en cualidades humanas; es para ella una exhortación decisiva la que dirige a su hermana María del Sagrado Corazón al advertirle con cariñosa efusión fraterna: «si no me comprendéis es porque sois un alma demasiado grande», para exhortarla así: «Quedémonos siempre lejos de todo lo que brilla, amemos nuestra pequeñez y Dios mismo vendrá a buscarnos, por lejos que estemos». Santa Teresita sintió la vocación de llamar a la santidad a «una legión de almas pequeñas». El padre Orlandis decía que por su mensaje, que Pío XII calificaba como «redescubrimiento del Evangelio», había querido Dios inaugurar una nueva época en el pueblo cris-

tiano, que definía como la de la «democracia en la santidad»; quería decir: la santidad para todos, alcanzada por la pobreza y la sencillez, en la que se manifestarían plenamente los divinos mensajes de misericordia de quien «no había venido a llamar a justos sino a pecadores» y de quien ya en el Antiguo Testamento invitaba: «Si alguno es pequeñito, venga a mí».

El mensaje de la infancia espiritual y de la entrega confiada al amor misericordioso del Corazón de Jesús estaba en el núcleo del carisma apostólico del padre Orlandis e inspiró su tarea apostólica que fructificaría en la fundación de Schola Cordis Iesu como sección del Apostolado de la Oración.

Podrá encontrar el lector en este mismo número de CRISTIANDAD el testimonio de la convicción del padre Orlandis de la sabiduría doctoral de santa Teresita, dado por el padre Roberto Cayuela. También encontrará el hecho alentador de que se ha escrito ya autorizadamente y en el seno del Apostolado de la Oración sobre la congruencia de poner esta obra apostólica bajo el patrocinio de santa Teresa del Niño Jesús.

Creo que confirma plenamente esto el que santa Teresita dijera:

«Quiero ser hija de la Iglesia como nuestra madre santa Teresa y rogar por todas las intenciones del Vicario de Jesucristo, que abarcan el universo. Tal es el fin general de mi vida».

Santa Teresita dice también estar convencida de que «el celo de una carmelita ha de abarcar todo el mundo».

La expectación del patrocinio de santa Teresita del Niño Jesús sobre el Apostolado de la Oración y la próxima presencia en Barcelona de las reliquias de la santa doctora, los días 14 y 15 de diciembre, nos han de estimular, a quienes hemos sido formados en su escuela espiritual en Schola Cordis Iesu, a vivir su espiritualidad y sus actividades apostólicas con anhelo de universal difusión de todo cuanto recibimos en ella como fruto del magisterio del padre Orlandis y bajo la protección providente de santa Teresita del Niño Jesús, que el padre Orlandis sentía, al modo de Pío XI, como «la estrella» de su apostolado.

Queriendo saber, Dios mío, qué haríais al pequeñito que correspondiese a Vuestro llamamiento, continué buscando, y he aquí lo que encontré: «*Como una madre acaricia a su hijito, así Yo os consolaré, os llevaré en brazos y os meceré sobre mis rodillas*».

SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS:
Manuscritos autobiográficos

La oración apostólica de santa Teresa del Niño Jesús la hace acreedora a ser declarada patrona del Apostolado de la Oración

Francisco Canals Vidal se refiere en la página anterior a un artículo del padre Roberto Cayuela, S.I., insigne y asiduo colaborador de esta revista durante muchísimos años. En aquel artículo, extenso y argumentado, publicado en el lejano enero de 1971 (CRISTIANDAD, núm. 479), se expresaba un doble anhelo: que santa Teresita del Niño Jesús fuera declarada doctora de la Iglesia (hacia poco lo habían sido santa Teresa de Jesús y santa Catalina de Siena) y patrona del Apostolado de la Oración. Hoy, cuando la Santa ya ha sido incluida en el elenco de los doctores, reiteramos el deseo y la esperanza de que también se cumpla la parte de aquel anhelo que se refiere al patronazgo sobre el Apostolado de la Oración, y que expresó el padre Cayuela en la segunda parte de su artículo, que aquí reproducimos.

ESTA otra iniciativa, que ahora presenta *Cristiandad*, le es singularmente peculiar, ya que esta revista, surgida del seno de Schola Cordis Iesu, y sostenida por sus animosos socios, está íntimamente vinculada con el Apostolado de la Oración; el cual, en frase de Pío XII, es la mejor manera de dar culto al Sagrado Corazón de Jesús; como este culto es el gran medio para llegar al Reino de Cristo.

Y también para fundamentar esta segunda idea vamos a acudir a la memorable homilía de Pío XI, en la solemne misa de canonización de la Santa Carmelita de Lisieux.

A continuación de sus palabras, antes citadas, sobre la excelsa doctrina de la Santa, añade: «De aquella tan copiosa participación de la divina luz y de la divina gracia, se encendió en Teresa tan grande incendio de caridad, que teniéndola como abstraída continuamente de su cuerpo, al fin llegó a consumirla; y por esto mismo, pudo candorosamente confesar, poco antes de dejar esta terrena vida, que «ella no había dado a Dios otra cosa que amor».

«Nos consta también que por esta fuerza de ardiente caridad, perduró siempre en la joven de Lisieux aquel propósito y empeño de trabajar por el amor de Jesús, para agradecerle solamente a Él, consolar su Corazón Sacratísimo, y promover la eterna salvación de muchas almas, que amasen perpetuamente a Cristo. Y que esto lo haya seguido deseando desde el cielo, tan pronto como llegó a la celeste Patria, y lo haya realizado y conseguido, se prueba fácilmente por aquella mística lluvia de rosas, que, por don de Dios, envió y continúa enviando a la tierra, como lo había prometido en vida» (A.A.S., ib.).

Oigamos ahora a la misma Santa: «Vine al

Carmelo para salvar almas; y sobre todo para rogar por los sacerdotes».

Y sus últimas palabras, poco antes de expirar, el 17 de julio de 1887, fueron éstas: «Presiento que mi misión va a comenzar; la misión de hacer amar a Dios, como yo le amo; la misión de enseñar a los hombres mi camino de confianza y de abandono. Quiero pasar mi cielo haciendo bien en la tierra. Esto no es imposible; pues también los ángeles velan por nosotros, desde el regazo mismo de la visión beatífica. ¡No, no podré tener ningún descanso hasta el fin de los siglos! Mas, cuando el Ángel haya dicho: "Ya no habrá dilatación", (Ap 10, 6), entonces descansaré y podré gozar, porque el número de los elegidos estará completo. Todos habrán entrado en la felicidad sin fin. Mi corazón salta de gozo con este pensamiento».

¡Sublimes aspiraciones, y maravillosa fe en la eficacia apostólica de la oración!

A sus 15 años, Teresa no desea otra cosa que salvar almas; y para conseguir su ardiente deseo, su único intento, no halla otro medio mejor que consagrarse a la vida contemplativa, vida de oración, en el Carmelo. Y cuando va a entrar en el cielo, no piensa en otra cosa que en orar desde el cielo, para lograr, con su oración celeste, la salvación de muchas almas.

¿Qué hemos de pensar, y qué hemos de decir los socios del Apostolado de la Oración, ante estas maravillas de una perfectísima vida de oración, de oración eminentemente apostólica, de santa Teresa del Niño Jesús, en la tierra y en el cielo? ¿Qué patrona mejor podemos desear tener, que a la gran Santa, que fue y sigue siendo el gran apóstol de la oración, y por la oración?

Y realmente, si cotejamos ahora las características de la oración que promueve y ejercita el Apostolado de la Oración, con las cualidades que hicieron eficazmente apostólica la oración de santa Teresita; veremos que son como dos haces de luz divina, que se funden en un mismo haz luminoso, que alumbra las almas, las fecunda y las salva.

La oración del Apostolado de la Oración es, ante todo, oración de fe y de confianza; pues comienza nuestro ofrecimiento diario, por la mañana, con las palabras de invocación: «Señor mío y Dios mío, Jesucristo»; eco de las de santo Tomás, el día octavo de la Resurrección de Jesús.

Es enseguida oración de consagración al Corazón Sagrado de Jesús, por el Corazón Inmaculado de María, Madre nuestra; y esta consagración es expresamente para unirnos con el mismo Corazón Sacratísimo de Nuestro Redentor, y en unión con Él, ofrecernos a Dios Padre, en su santo Sacrificio del Altar. Es, pues, oración de quien se ofrece en sacrificio, como de víctima permanente, en unión con la Víctima divina, en el sacrosanto Misterio de la Eucaristía.

Por lo mismo, es oración de ofrecimiento de todo lo que constituye como el tejido de la vida toda del cristiano: «mi oración y mi trabajo; mis sufrimientos y mis alegrías de hoy». Y así, oblación de la vida entera cotidiana; en sacrificio de oración y en sacrificio de laboriosidad, tanto en los sufrimientos como en las alegrías, según los ejemplos de Cristo.

Es también oración con expreso fin apostólico, para la santificación propia y de los demás; pues lo ofrecemos todo en reparación por nuestros pecados; los de cada uno y los de todos los hombres. Y así, removido el impedimento de la salvación y santificación propia y ajena, que son los pecados; es ya, en definitiva, oración para que venga el Reino de Cristo; es decir, para que nosotros y los demás hombres tengamos tan verdadera y eficientemente a Cristo por nuestro Divino Rey, que, imitando sus ejemplos, vivamos en sumisa obediencia a Él y a sus representantes, para que se haga la voluntad de Dios, así en la tierra como en el cielo.

Todavía más; es oración católica; o sea, universal, ecuménica; pues es oración en unión con la oración y las intenciones del Vicario de Cristo en la tierra; para secundar las que él mismo señala como tuyas, y las encarga al Apostolado de la Oración, todos los años, y para cada mes del año.

Y por lo mismo que es oración eclesial y católica, es oración misional; pues se hace por la especial intención que el Sumo Pontífice designa para cada mes, por las graves necesidades y peculiares problemas de las Misiones.

Ahora bien; ¿fue acaso otra la oración apostólica de santa Teresa del Niño Jesús? Fue esta misma, con las indicadas características y cualidades; pero lo fue ejemplarísimamente, con maravillosa perfección, como de modelo para todos nosotros, los que militamos en el ejército pacífico del Apostolado de la Oración.

Bastaría recorrer las páginas, caldeadas por el amor y unguadas por la oración, de la *Historia de un alma*, y de sus demás preciosos y celestiales escritos, para verificar todo esto, punto por punto. Y sería fácil y gratisimo hacerlo aquí; pero nos alargaríamos desmesuradamente. Por lo demás, en manos de todos está, o puede estar, la colección, soberanamente hermosa, de sus escritos.

Un solo punto convendrá recordar con especial relieve; y es que santa Teresita, por su eficazísimo apostolado, con su oración misional, en bien de las Misiones, fue declarada por Pío XI, el 14 de diciembre de 1927, «Patrona de todos los misioneros, hombres y mujeres; y también de todas las Misiones existentes en toda la tierra, igual que san Francisco Javier, con todos los derechos y privilegios que lleva este título».

La conclusión se impone por su evidencia: tiene la Santa de Lisieux los más legítimos títulos y los más preclaros merecimientos, que la hacen acreedora, por su oración apostólica, para ser declarada Patrona del Apostolado de la Oración. Brinda *Cristiandad* esta idea a quien entiende podrá mejor hacerse cargo de ella, para promoverla eficazmente: a la Dirección General del Apostolado de la Oración; con el asesoramiento y cooperación de sus Direcciones nacionales.

Yo quisiera encontrar un ascensor que me subiese hasta Jesús, porque me siento demasiado pequeña para subir la dura escala de la perfección. He buscado en los Libros Sagrados la indicación del ascensor que deseaba, y he leído: «*Si alguien es pequeñito, que venga a Mí*».

SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS:
Manuscritos autobiográficos

Teresa de Lisieux y el Apostolado de la Oración*

GASTÓN ROBERGE, S.J.

Los miembros del Apostolado de la Oración pueden ser inspirados, animados y guiados por una patrona celestial que en la tierra perteneció al Apostolado de la Oración y en el cielo sigue orando por las intenciones del Corazón de Jesús. Teresa de Lisieux es dicha santa. Es como si hubiera sido dada a la Iglesia para que la inspire, aliente y guíe en estos tiempos. Basándonos en los escritos de Teresa, parece que ella habría obtenido del Corazón de Jesús desempeñar la función de santa patrona del Apostolado de la Oración. ¿No podría ser reconocida oficialmente como tal?

1. La vocación de Teresa a la oración

TERESA. A los tres años desea hacerse religiosa. A los 9 años corrobora su decisión. A los 15 años entra en el Carmelo. Es muy posible que a los 3 años todavía no fuese consciente de que su vocación religiosa iba a ser vocación de oración por la Iglesia, pero en el momento de entrar en el Carmelo estaba convencida de ello.

Escribía así a Celina: «¡Ay, cuántos malos sacerdotes que no son bastante santos!... Oremos, suframos por ellos» (Carta del 14 de julio de 1897. *Obras completas*. E. García Setién, Burgos, 1964 pág. 920). Para Teresa, orar y sufrir van juntos. Esta idea se repite en sus escritos.

En las notas autobiográficas de 1895, es decir, a los siete años de entrar en el Carmelo, escribía: «Lo que vine a hacer en el Carmelo, lo he declarado a los pies de Jesús-Hostia en el examen anterior a mi profesión: He venido para salvar a las almas y, sobre todo, a orar por los sacerdotes» (*Manuscritos autobiográficos*).

En sus últimas notas autobiográficas (junio-julio 1897) así se expresaba: «Quiero ser hija de la Iglesia como lo era nuestra Madre Santa Teresa y orar por las intenciones de nuestro Santo Padre el Papa, sabiendo que sus intenciones abarcan el universo. Este es el objetivo general de mi vida... Así me he unido espiritualmente a los apóstoles que el

Señor me ha dado por hermanos: todo lo que me pertenece, a cada uno de ellos pertenece...» (*Manuscritos autobiográficos*).

Pero su vocación continúa más allá de su vida terrena. En una carta del 14 de julio de 1997, pocas semanas antes de la muerte, escribía: «Cuento con no estar inactiva en el cielo; mi deseo es seguir trabajando por la Iglesia y por las almas; se lo pido a Dios y estoy segura de que me escuchará...». «Lo que me atrae hacia la patria de los cielos es la llamada del Señor, la esperanza de amarle por fin como tanto he deseado, y el pensamiento de que podré hacerle amar de una multitud de almas que le bendecirán eternamente» (Carta del 14 de julio 1897. *Obras completas*. P. Emeterio García Setién, Burgos, 1964, pág. 920).

2. La experiencia de oración de toda la vida de Teresa

YA desde niña adquiere la costumbre de una piedad sincera: al amar a Dios «mucho», le ofrece con frecuencia el corazón (*Manuscritos autobiográficos*). Muy pronto descubre el poder de la oración.

Un día, a los seis años, en la imposibilidad de socorrer a una persona minusválida, sueña: «El día de mi Primera Comunión rezaré por este pobre» y añade: «Cinco años más tarde cumplí mi promesa» (*Manuscritos autobiográficos*).

A los 13 años, una Nochebuena Teresa experimentó un gran cambio, que más tarde llamaría su «completa conversión» (*Manuscritos autobiográficos*). Nueve años después de este hecho, escribía: «Aquella noche me hizo pescadora de hombres. Me invadió un gran deseo de trabajar por los pecadores...» (*Manuscritos autobiográficos*). Su «ocupación» iba a ser la oración y el sacrificio. Pues no se puede amar sin sufrir. A los 16 años, siendo novicia, insistía en este punto. Así escribía a Celina: «No creamos poder amar sin sufrir, sin sufrir mucho...» (Carta del 26 de abril, 1889, pág. 597).

A la edad de 14 años comenzó a orar por la conversión de un conocido criminal. Antes de ser ejecutado, el hombre «se convirtió» y Teresa se confirmó en su fe en el poder de la oración.

Llamó al pecador convertido «su primer hijo» (*Manuscritos autobiográficos*). No dudaba de que

*Reproducido de *Oración y servicio*, revista de la Dirección General del Apostolado de la Oración, octubre-diciembre de 2003, pp. 341-348.

su oración había contribuido a la salvación de este hombre.

Contemplando una imagen de Cristo en la cruz, le impacta el grito de Jesús: «¡Tengo sed!»; dice «Yo también me sentí devorada por esta sed de almas...» (*Manuscritos autobiográficos*). Quería dar de beber a su Amado (*Manuscritos autobiográficos*).

3. Teresa y el Apostolado de la Oración

PARA Teresa la práctica de la oración no era devoción privada: oraba como miembro de la Iglesia en unión con otros miembros de la Iglesia. En efecto, el 15 de octubre de 1885 (estamos sumamente agradecidos a Sor Camila y a los archiveros del Carmelo de Lisieux, por habernos proporcionado esta información, acompañada de una fotocopia de la tarjeta de admisión de la señorita Teresa Martin en el Apostolado de la Oración), cuando todavía no tenía 13 años, fue admitida oficialmente como miembro del Apostolado de la Oración, organización piadosa existente desde 1844.

A los miembros de dicha asociación se les pedía que observaran una práctica, al menos, y concretamente el ofrecimiento diario de sus oraciones, obras y sacrificios del día, en unión con el Corazón de Jesús que se ofrece continuamente en el Altar. Además, a los miembros del Apostolado de la Oración se les invitaba a rezar cada día una decena del Rosario por el Santo Padre y sus intenciones, y a recibir la Sagrada Comunión cada semana o cada mes en reparación de los pecados. Desde su infancia estaba acostumbrada Teresa a ofrecer el corazón a Dios, orar por las intenciones del Santo Padre y pedir por los pecadores.

Los miembros del Apostolado de la Oración recibían una tarjeta de adhesión y luego cada mes, una nota con las intenciones del Santo Padre recomendadas para sus oraciones en dicho mes. Hay documentación de que dichos billetes eran entregados por una voluntaria cada mes en los Buissonnets, casa de los padres de Teresa.

Por tanto, la devoción personal de Teresa de orar con el Corazón de Jesús se encuadró en sus prácticas de miembro del Apostolado de la Oración. Dichas prácticas pasaron a formar parte de su «caminito hacia Dios». Siguiendo este camino llegó a ser santa. En otros términos: el Apostolado de la Oración que ella practicó espontáneamente desde la infancia, desde los 12 años, pasó a formar parte integral de su caminito cuando comenzó a ser miembro del Apostolado de la Oración. Y siendo apóstol de la oración se hizo santa.

Con frecuencia habló Teresa de la oración; pero fue en una carta a Celina fechada el 15 de agosto de 1892, es decir, a los cinco años de su entrada en el Carmelo y cinco años antes de su muerte, donde describió minuciosamente la función de la oración en su vida apostólica: «Pensaba un día en lo que podría hacer para salvar a las almas; un pasaje del Evangelio me dio una viva luz. En aquel tiempo Jesús decía a sus discípulos, mostrándoles los campos de mieses maduras: “Levantad los ojos y ved cómo los campos están ya lo bastante blancos para ser segados”. Y un poco más abajo: “En verdad la mies es abundante, pero el número de obreros es reducido. Pedid, pues, al dueño de la mies que envíe obreros”. ¡Qué misterio! ¿No es Jesús omnipotente? ¿No son las criaturas de quien las ha hecho? ¿Por qué, pues, dice Jesús “Rogad al dueño de la mies que envíe obreros?” ¿Por qué?... ¡Ah! Es que Jesús siente por nosotras un amor tan incomprensible que quiere que tengamos parte con él en la salvación de las almas. No quiere hacer nada sin nosotras. El Creador del universo espera la oración de una pobrecita alma para salvar a las demás almas, redimidas, como ella, al precio de toda su sangre. Nuestra vocación no es ir a segar en los campos de las mieses maduras. Jesús no nos dice “*Bajad*” los ojos, mirad los campos e id a segar”. Nuestra misión es más sublime aún. He aquí las palabras de Jesús: “*Levantad*” los ojos y ved... Ved cómo en mi cielo hay sitios vacíos; os toca a vosotras llenarlos; vosotras sois mi Moisés orando sobre la montaña. Pedidme obreros y yo los enviaré. No espero más que una oración, un suspiro de vuestro corazón». El apostolado de la oración ¿no es, por así decir, más elevado que el de la palabra? Nuestra misión como Carmelitas es la de formar obreros evangélicos que salven millones de almas, cuyas madres seremos nosotras...» (Carta del 15 de agosto de 1892, pág. 689).

4. Teresa, «apóstol» del Apostolado de la Oración

No fue Celina la sola persona a quien Teresa quiso introducir en la oración. Le habían encargado de atender espiritualmente a dos sacerdotes misioneros. Debía rezar por ellos –y lo hacía–. Pero les animaba a orar ellos también y hasta les guiaba en su oración. Al padre Bellière pide que ore por ella y le obtenga el amor. Y le ofrece una oración específica: «Padre misericordioso, en nombre de nuestro dulce Jesús, de la Virgen María y de los Santos, os suplico abraséis a mi hermana en vuestro Espíritu de Amor y le conce-

dáis la gracia de haceros amar mucho» (Carta del 24 de febrero de 1897, pág. 868).

Y ruega al padre Roulland que pida por ella también después de la muerte, diciendo: «Dios mío, permitid a mi hermana que os haga amar aún más» (Carta del 19 de marzo de 1897, pág. 876).

En cuanto Teresa cayó en la cuenta de que podía tener más de un hermano, decidió ser útil a más de dos misioneros. ¿Acaso el celo de la Carmelita no debe abrazar el mundo entero? En consecuencia, no podía olvidarse de orar por todos los misioneros sin dejar a un lado a «los sacerdotes sencillos cuya misión es a veces y más difícil de llenar que la de los apóstoles predicadores de infieles» (*Manuscritos autobiográficos*).

Ya desde que tenía 14 años, Teresa estaba convencida de que Dios deseaba de ella, a pesar de ser tímida como un niño, «ser apóstol de los apóstoles por la oración y el sacrificio» (*Manuscritos autobiográficos*).

5. La sencilla doctrina de Teresa sobre la oración

ORAR es hablar de corazón a corazón con el Amado. Esta es la idea de Teresa sobre la oración. «Todo lo puedo obtener cuando con mi Rey divino –corazón a corazón– hablo a solas y en secreto» (poesía del 7 de junio, pág. 1033).

En efecto, «Soledad necesitan los amantes, que hablen los corazones noche y día» (poesía del 26 de febrero, pág. 95).

La cualidad más importante de la oración es la humildad. Y Teresa nos ha dejado una hermosa oración pidiendo humildad. He aquí algunas líneas: «¡Oh Jesús! Cuando erais peregrino en la tierra dijisteis: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis el descanso de vuestras almas. Sí, poderoso Monarca de los cielos, mi alma halla el descanso al ver cómo os abajáis vistiendo forma y naturaleza de esclavo, hasta lavar los pies de vuestros apóstoles. Entonces me acuerdo de estas palabras que pronunciasteis para enseñarme a practicar la humildad: “Ejemplo os he dado para que lo que yo he hecho lo hagáis también vosotros. No es mayor el discípulo que el Maestro... Si comprendéis estas cosas, seréis felices practicándolas”. Yo comprendo, Señor, estas palabras salidas de vuestro Corazón dulce y humilde, y con la ayuda de vuestra gracia quiero practicarlas» (*Oración pidiendo la humildad*, pág. 1071).

Hay una sola oración, la oración de Cristo. De

modo que podemos orar desde el mismo Corazón de Cristo. La oración de cualquier persona es la de Cristo ofrecida de nuevo. Y como el amor, la oración y el sufrimiento son todo uno, lo que Teresa escribía a Leonia sobre el amor, puede igualmente entenderse de la oración: «Te amo mil veces más entrañablemente de lo que se aman las hermanas ordinarias, puesto que puedo amarte con el Corazón de nuestro celestial Esposo» (Carta del 10 de abril de 1896).

Por otra parte, lo que Teresa dice del mandamiento nuevo de Cristo referente al amor, se aplica asimismo a la oración. Reflexionando sobre el mandamiento nuevo que Jesús confiaba a sus discípulos, el de amarse unos a otros como Jesús les había amado, Teresa admitía que no podía ella sola amar como Jesús amaba. Y entonces exclamaba: «¡Ah, Señor! Sé que no mandáis nunca nada imposible. Conocéis mejor que yo misma mi debilidad. Sabéis que nunca podría amar a mis Hermanas como Vos las amáis, si Vos mismo ¡oh Jesús! no las amáis también en mí. Y porque queráis concederme esta gracia, por eso impusisteis un mandamiento nuevo. ¡Ah! ¡Con qué amor lo acepto, pues me da la certeza de que es voluntad vuestra amar en mí a todos los que me mandáis amar!» (*Manuscritos autobiográficos*, pág. 321).

Teresa ama a los demás orando por ellos. Su amor y su oración, los dos fluyen del Corazón de Jesús.

El libro del Éxodo es frecuente objeto de la meditación de Teresa y más de una vez se compara a Moisés, al Moisés que oraba por Josué mientras éste combatía (Carta del 1 de noviembre de 1886, pág. 848); y como el Moisés que se escondía en una cueva del Sinaí, Teresa se ocultaba en el Corazón de Jesús, roca traspasada en la cruz (*Vida teresiana*, n° 78-79, abril-julio 1880).

Se escondía como «la paloma en el agujero de la peña» (poesía a St. Cecilia. 28 de abril de 1894, pág. 953).

Sigue escribiendo: «En tu Corazón Sagrado, Jesús, refugio» (*Oración al Sagrado Corazón*. Octubre-junio 1895, pág. 1015).

El poder de la oración es infinito pues se alimenta de los méritos infinitos de Jesús.

«¡Oh, Dios mío, Trinidad Bienaventurada! Deseo amaros y haceros amar... Puesto que me habéis amado hasta darme a vuestro único Hijo para que fuese mi Salvador y mi Esposo, los tesoros infinitos de sus méritos son míos, yo os los ofrezco con alegría...» (*Acto de ofrecimiento al amor misericordioso*. 9-11 junio de 1895. *Recreaciones piadosas*).

La familia de santa Teresita: escuela de santidad

JOSÉ MARÍA ALSINA CASANOVA, HNSSC

EL papa Juan Pablo II en la carta programática *Novo millennio ineunte* nos proponía como programa pastoral para este nuevo milenio la santidad: «... compromiso que ha de dirigir toda la vida cristiana: “Ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación” (1 Ts 4,3). Es un compromiso que no afecta sólo a algunos cristianos: “Todos los cristianos, de cualquier clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor”».

Tanto el reciente viaje apostólico del papa a España como la visita de las reliquias de santa Teresita, suponen un motivo de renovación y esperanza en nuestro empeño por responder a esta llamada a la santidad.

Santa Teresita, definida por Pío XI, como la «santa más grande de los tiempos modernos», y su mensaje, tal como lo ha hecho patente la proclamación de su doctorado, nos vuelve a recordar que la santidad es un camino accesible a todos y que «vale la pena gastar la vida en el servicio a Cristo y a los hombres» (Juan Pablo II en Cuatro Vientos).

Al hablar de la santidad, es necesario tener presente, como dice el padre Piat: «La naturaleza no da brincos... Lo normal es llegar al camino de la mística (de la santidad), inspirándose inicialmente en el hogar». «Sin la atmósfera patriarcal de la calle de San Blas [cuna de santa Teresita en Alençon] y de los Buissonnets [casa de infancia en Lisieux] la ascensión del alma de la Carmelita hubiera sido menos directa». Santa Teresita no duda en afirmar: «La flor que va a narrar su historia se regocija publicando las delicadezas de Jesús, inmerecidas por ella... Él fue quien la hizo nacer en una tierra santificada y en saturación de virginal perfume: Él, quien hizo brotar antes ocho azucenas blancas y hechizadoras» (*Historia de un alma*, I, 12).

La santidad de los fieles crece y se forja en el seno de las familias, y de las familias cristianas. Viendo el ejemplo de la familia de Luis Martín y Celia Guérin, recordaremos y renovaremos esta llamada que hoy de una manera especial el Señor hace a los esposos y a las familias a ser tierra fecunda donde florezca una nueva primavera de santidad en la Iglesia.

«Santa Teresita es no solamente patrona de Francia, sino la sembradora de rosas de todo el mundo. Ella le enseña que del inmenso campo de ruinas materiales puede surgir el renacimiento es-

piritual, si el alma regenerada domina el cuerpo herido. Le certifica también que nada se pierde si subsiste la fe en Jesucristo. Recuérdale asimismo que la riqueza esencial de una nación es la sangre que corre fecunda por las venas de sus hijos. Santa Teresa apunta con su dedo a esas zonas en llamas donde es patente la decadencia de nuestra sociedad: las iglesias sin sacerdotes, las escuelas sin Dios, los hogares sin cunas. Con su estilo nos dice. «Está en peligro la civilización. La sociedad se tambalea. Apresuraos a ir al encuentro del que es el Camino, la Verdad y la Vida. Reconstruid cuanto antes ese santuario desmantelado, que es la familia. Desde él os vendrá la salvación» (Historia de una familia, 11)

El hogar cristiano, santuario doméstico, se construye sobre la roca firme que es Cristo. Vamos a acercarnos a la familia Martín acercándonos a los pilares sobre los que se construyó este hogar y al alma que le dio vida para admirarnos de la obra de Dios en este hogar y así encontrar un modelo para caminar con toda nuestra ilusión y empeño en esta misión que la Iglesia nos confía de hacer de nuestros hogares la casa de Dios en la tierra.

Pilares de la familia Martín

DE una manera personal se me ocurre estructurar las principales características de la vida de nuestra familia en estos tres pilares que sin duda alguna hacen de ella un edificio sólido, de cuyas puertas saldría aquella niña que con su entrega generosa y confiada aparece ante nosotros como la «santa más grande de los tiempos modernos»:

La piedad: El papa Juan Pablo II en la visita que hizo a la basílica de Lisieux nos recordaba: «De Teresa de Lisieux se puede decir con seguridad que el espíritu de Dios permitió a su corazón revelar directamente a los hombres de nuestro tiempo el misterio fundamental, la realidad del Evangelio. Santa Teresita del Niño Jesús con su mensaje ha redescubierto el corazón mismo del Evangelio, la verdad fundamental: Dios es nuestro Padre...» (2/06/80).

El don de la piedad es aquel que hace dirigirnos a Dios, y tratar con Él como Señor y Padre de nuestras vidas.



Casa natal de santa Teresita

a.— **Todo en la vida de esta familia es presidido por Dios, la iniciativa la tiene siempre Él.** Tanto Luis como Teresa Martin pensaban consagrar su vida al Altísimo, consideran ya en su matrimonio que Dios les pide una consagración virginal, pronto verán que los caminos de Dios son otros. Su deseo es tener un hijo sacerdote al que le llamen José; los dos varones que el Señor les dará morirán pronto, ellos seguirán generosos en su paternidad, siempre obedientes a los planes de Dios para con su familia. Ante una amiga que le intenta hacer ver a Celia que Dios se le ha llevado los cuatro hijos porque no sería capaz de educar a tantos, la madre de santa Teresita responde: «Dios es el Señor y no tiene que pedir permiso. Por otra parte, he soportado muy bien todas las fatigas de la maternidad, confiándome a su Providencia. Por lo demás ¿qué queréis? No se está en la tierra para disfrutar grandes placeres; los que tal pretenden se engañan y se ven en sus esperanzas ruidosamente decepcionados» (carta a su cuñada Celia Guérin Martin, 5 de mayo de 1571). Las enfermedades, primero de la madre Celia y luego del padre encuentran en ellos siempre una gran docilidad heroica, que no por eso deja de ser costosa. A pesar del dolor que produce en el corazón de aquellos padres la separación de sus hijas, especialmente para Luis Martin, nunca se opusieron a la vocación de sus hijas: todo lo contrario, con delicadeza y profundo respeto les ayudaron a seguir el camino destinado para ellas por el Señor. Como vemos, la piedad en la familia Martin se traduce en una constante profesión de fe en la soberanía y la grandeza de Dios. Esta casa se convierte en una escuela donde continuamente se aprende a adorar la conducta divina, que lo dirige todo con sabiduría, des-

treza, amor y mayor gloria suya y siempre para provecho nuestro. Dios es el Señor y el centro de esta familia.

Santa Teresita concibe muy especialmente en relación con su padre la idea de Dios como Señor. Teresita ve a su padre como un rey: «Estoy convencida, papá, de que, si hablastes así a los hombres eminentes del gobierno, te escogerían para proclamarte rey. Francia sería tan dichosa como jamás lo ha sido; pero tú serías desventurado, porque tal es la suerte de todos los monarcas; y además...ya no serías mi rey, solamente mío... Por esto prefiero, papá, que no te conozcan» (Historia de un alma, II, 36).

b.— **La piedad se alimenta de la certeza que da el trato con Dios como Padre.** Toda la doctrina de la confianza, el abandono confiado, la seguridad de que Dios le eleva por encima de sus debilidades con su famosa enseñanza del ascensor divino, tienen sin duda su fuente en el ambiente y vida de familia: en las palabras, los juicios, las miradas... de Celia y Luis Martin. Si santa Teresa del Niño Jesús ha percibido tan bien el amor gratuito de Dios, es ante todo porque ella se ha sentido amada por sus padres de la tierra. Ella lo expresa abiertamente en el momento que habla de las deferencias de Dios para con ella: «Dios se ha complacido en rodearme siempre de amor. Mis primeros recuerdos guardan la huella de las más tiernas sonrisas y caricias... Pero si el Señor puso mucho amor en torno a mi vida, se dignó conceder a mi pequeño corazón un natural amoroso y sensible. Amaba mucho a papá y a mamá, y les demostraba mil veces mi ternura, pues era muy expansiva» (Historia de un alma, Ms A, fol. 4). Para Teresa, la primera representación de la bondad y paternidad de Dios será su padre, con él aprenderá a tratar y a dirigirse a Dios como Padre: «Cuando pienso en ti, padrecito mío, pienso naturalmente en Dios, pues me parece imposible que haya nadie más santo que tú en la tierra» (Carta al señor Martin, el 31 de julio de 1888).

Teresa mira a su padre y entiende las cosas de Dios. Ante un sermón pronunciado en la catedral de Lisieux, nos dice: «Yo, ciertamente, escuchaba con atención, pero he de confesar que me fijaba más tiempo en papá que en el predicador. ¡Su rostro expresivo me inspiraba tantas cosas! Con qué frecuencia sus ojos se llenaban de lágrimas que inútilmente se esforzaba por contener. En tratándose de las verdades eternas no parecía ser más de este mundo. Figurábame un alma abismada en la eternidad» (Historia de un alma, II, n. 24). Ya enfermo, el señor Martin nos muestra hasta donde llega la audacia de su confianza: «Hijas mías, no temáis: soy amigo del Buen Dios».

Este ambiente de confianza y abandono en la bondad de Dios Padre, Teresita lo aprende también de su madre, que, por la estrecha relación con su hermana sor María Dositea, bebe en las fuentes de la Visitación, orden fundada por san Francisco de Sales. Sor María Dositea, muere diciendo: «*Oh, Madre mía –decía a su superiora–, yo no sé más que amar, confiarme, abandonarme*». La espiritualidad del abandono se percibe en Celia ante el primer signo de su enfermedad: «*Yo no tengo por qué alegrarme al ver correr el tiempo; soy como los niños que no se preocupan del día de mañana; siempre espero buena ventura*». Antes de que nazcan pone a cada uno de sus hijos en manos de Dios: «*Señor, sea para Vos, llevadlo antes de que se pierda*».

En el quehacer ordinario de la vida en familia santa Teresita se veía al pie de la escalera, esforzándose vanamente por subir el primer escalón, o frente al columpio donde quiere subir sin tardanza. Sus padres acuden a sus llamadas, se conmueven por su pena, y cogiéndola en brazos, la ayudan fácilmente a vencer el obstáculo. ¿No consiste la sabiduría en entregarse sin resistencia en brazos de nuestros seres queridos?

c.- El ambiente de piedad que respira esta familia se manifiesta en la presencia de las imágenes en los rincones de la casa, en la devoción a la Virgen y san José y en el alimento cotidiano de la escucha atenta de la Palabra de Dios y la participación de los sacramentos.

La cruz que presidía aquel hogar no era un signo convencional, recordaba en cada habitación de la casa la presencia y soberanía del Maestro y la observancia de los mandamientos y del Evangelio. Toda la abnegación de aquellos padres generosos, de aquellas niñas que vivían unas para las otras encuentra en la contemplación del crucifijo su explicación y sentido. En Teresa aquella contemplación acompañó su vida y como signo su mismo nombre de religión «de la Santa Faz». Y junto a la cruz la imagen de Nuestra Señora a la que honraban todos en común de una manera singular en el mes de mayo, la Virgen de la Sonrisa que cura milagrosamente a Teresita, Nuestra Señora de las Victorias ante quien se postran padre e hija para pedir su admisión en el Carmelo.

Llama la atención la devoción filial a san José. Las novenas al santo patrón son algo continuado, el deseo de tener un José (los dos que reciben este nombre morirán pronto). A él confían las penas, especialmente las enfermedades y las esperanzas.

Si su piedad era fuerte y verdadera es porque iba a las mismas fuentes: la Palabra de Dios y la Eucaristía. Leían en familia textos de la Escritura,



Teresa con su madre

el señor Martin era adorador nocturno (cuando llega a Lisieux la implanta), hasta los últimos días de sus vidas se alimentaron frecuentemente del sagrado banquete de la Eucaristía.

Criterios

ESTA familia no solamente educa el corazón con el alimento sano y santo de la piedad, sino también la inteligencia, haciendo que esta fe dé sentido a todas y cada una de las cosas de la vida.

El señor Martin se muestra desde siempre celoso en el cumplimiento de sus obligaciones: trabajador al principio en su relojería de la calle del Puente Nuevo, cerrando todos los domingos a pesar de la insistencia de los vecinos porque es «el día del Señor»; los respetos humanos no tienen cabida en la vida de aquel que hace las cosas desde el convencimiento de que «Dios debe ser el primer servido»; sus palabras y su forma de hacer infunden respeto y enseñan la importancia y el valor de la autoridad: «Nunca oí en nuestra casa decir a nuestros padres una palabra irrespetuosa, ni aun meramente familiar. Si exceptuamos las humoradas de Leonia, nunca razonábamos una orden recibida, allí no se pensaba; se obedecía por amor», decía Celina; jamás consiente poner en duda la autoridad de las profesoras de sus hijas. No había diplomacia capaz de convencerle a echarles la culpa.

Esta autoridad que invita a un cumplimiento fiel

del deber y de las obligaciones religiosas, familiares, escolares... hace atractivo el mismo esfuerzo, la misma virtud. Teresita era una niña animosa, de natural antojadizo y obstinada, a no ser que estuviera por medio la ocasión de agradar a Jesús. «La virtud tenía atractivos para mí. A lo que me parece, me encontraba... con un gran dominio de mis actos».

Los criterios se transmiten desde la preocupación por la formación en todas las facetas de la vida de aquellas niñas, el hogar es verdaderamente continuo apoyo de la labor del colegio: inspeccionaban los boletines, felicitan por los éxitos, hacen vibrar a las ausentes con los acontecimientos de casa, con el fin de que se conserve el espíritu de familia.

El ocio no cabe en aquella familia: hay tiempo para todo, para rezar, para estudiar, para pasear, para jugar, para leer, bordar, pintar, pescar en el caso del señor Martín y disfrutar de la pesca el resto de la familia, para conversar en familia y escuchar los cantos del señor Martín...Y todo acompañado del mismo *leitmotiv*: «Todo por amor».

El mundo de las amistades es delicadamente cuidado por aquellos padres, que huyen de los ambientes frívolos, sabiendo que eso les obliga a poner un mayor empeño en el cuidado de las aficiones y los tiempos de descanso de sus hijas.

La señora Guérin vela por el sentido femenino de sus hijas; les educa sobre el modo de vestir; el sentido del pudor y del respeto cristiano del cuerpo está siempre presente en el buen hacer de aquella madre.

Alegría

SIGUIENDO la indicación del salmo que invita a «servir al Señor con alegría», la vida de esta familia era una continua liturgia de alabanza al Señor; la alegría y la felicidad reinaban siempre en aquel hogar.

En todas partes, hasta en sus lágrimas, se encuentran testimonios de paz y alegría interior que delatan la verdadera felicidad. Los trabajos, las enfermedades, la muerte les afligen con golpes repetidos, pero la alegría siempre es la nota dominante: triunfa sobre los demás sentimientos. El optimismo dice la última palabra. Siguiendo la reflexión del padre Piat: «¿No es propio de las familias numerosas engendrar por su propia moción el ardor, la alegría y la vida de renovarse sin cesar, en una palabra, de bastarse a sí mismas: los niños mostrando de improviso su desparpajo, los mayores su ingenio, los padres sus dotes de organización y abnegación en el servicio de todos?».

La caridad, el alma del hogar

LA caridad me dio la clave de todo», exclamaba santa Teresita al haber encontrado el lugar que quería ocupar ella en la Iglesia. No olvidemos que esta búsqueda la hace recorriendo cada uno de los miembros de la Iglesia. «En el corazón de mi Madre, la Iglesia, yo seré el amor»; allí es donde ella había encontrado el amor: en el corazón de la Iglesia. Es precisamente en la familia, «iglesia doméstica», donde Teresa va a aprender esta ciencia de la que ella luego se va a erigir como doctora. Ésta es el alma de toda familia cristiana: la caridad; ésta es el alma de la familia Martín. Aquí es donde se le enseña a obrar por amor y que la cosa más pequeña hecha con cariño, cautiva el corazón de Jesús más que las hazañas espectaculares. ¿Cuántas veces vio a su padre, el señor Martín, inspeccionar su reloj, a doña Celia juntar los puntos de Alençon con la justeza, perfección y paciencia que caracteriza a las obras de arte? En el seno de la familia fue donde Teresa se acostumbró a practicar de modo extraordinario las acciones más comunes. Allí es donde descubrió el tesoro que un día le haría decir a su prima María: «¿Me pides un medio de llegar a la perfección? Uno sólo conozco: el amor».

La caridad está siempre alimentada por la abnegación, que se traduce en la vida de aquel matrimonio en aquello que más tarde definirá santa Teresita como el «no negar nunca nada a Dios». La cruz que preside la vida de aquella familia es la que hizo posible que este matrimonio ejemplar «negándose a sí mismo» mostrara a aquellas hijas cómo saber encumbrarse hacia la cima que conduce a la perfección. La abnegación se hace costosa, pero por quien y como se hace, se convierte en gozosa. Testimonio de ello nos lo dan las palabras del señor Martín con motivo de la entrada de su «reinecita» en el Carmelo: «*Sólo Dios puede exigirme un sacrificio tan grande, pero me conforta tan eficazmente que, en medio de mis lágrimas, tengo el alma rebosante de gozo*» (*Historia de un alma*, VII, 10).

La caridad tiene como manifestación: la ternura y el cariño entre los esposos («amiga mía», le llamaba el señor Martín a su esposa en las cartas). Ante la propuesta que el señor Guérin le hace de inducir a su marido en el lecho de muerte a trasladar su morada en Lisieux: «*¡Oh no!: si le hablo de esto, no dudará en aceptar la propuesta para agradarme, pero cambiará demasiado su vida. Temo que será desgraciado*» (Cit. en *Historia de una familia*, 245).

La caridad sobrenatural también regía la relación entre las hermanas. Teresita se esforzaba en

ahorrarle a su hermana Leonia cuanto pudiera afligirle por razón de cierta inferioridad intelectual: «Sentíame personalmente conmovida, declara Leonia en cuanto a esto, por la gran delicadeza con la que me trataba. Tenía yo veintitrés años y ella tan sólo trece, pero estaba muy retrasada en cuanto a mis estudios: mi hermanita ofrecíase a instruirme con una gran caridad y un tacto exquisito en no humillarme» (Cit. en *Historia de una familia*, 319). Esta caridad es la que lleva a la familia a reorganizarse después de la muerte de doña Celia: Paulina se va a hacer cargo de Teresa y María de Celina.

¿Y cómo se conjuga el afecto, expresión externa de la caridad, con la «distancia» que marcará la vida claustral? Teresita asienta las cosas diciendo: «Al darse a Dios, el corazón no pierde su ternura paternal, al contrario, se aquilata al hacerse más pura y divina» (*Historia de un alma*, c. IX, 18). Así afirmaría casi en su lecho de muerte: «Yo también quiero mucho a mi familia. No comprendo a los santos que no aman a su familia».

«El amor no pasa nunca». Este amor, santa Teresita sabe que llegará a la plenitud cuando toda la familia se reúna en el cielo: «Mis ojos cuando contemplo estas cosas se clavan en el cielo... Me creo ya próxima a la ribera eterna... Me parece gozar de los abrazos de Jesús... Me imagino que la Virgen María se adelanta a mi encuentro con papá, mamá y aquellos cuatro angelitos, mis hermanos y hermanas... Creo, en fin, que nos alegraremos para siempre en el seno de la verdadera, de la eterna vida de familia» (*Historia de un alma*, c. IV, 35).

La comunión de los santos aparece continuamente como expresión de ese amor que atraviesa los umbrales de la muerte: santa Teresita es curada de la enfermedad de los escrúpulos por intercesión de sus hermanitos del cielo; Leonia es encomendada al cuidado de su tía en el cielo; Celina entra en el Carmelo en respuesta a la prueba que santa Teresita había pedido de que su padre estuviera en el cielo; Leonia entrará en la Visitación gracias a la intercesión de Teresa.

La generosidad y el amor a los más pobres es otro de los rasgos distintivos de la vida de esta familia. Los lunes era el día en el que los pobres venían a buscar comida a los Buissonnets. Santa

Teresita era la portera. «Nunca oyeron palabra culpable contra la caridad» (testimonio de mamá Celia explicado por santa Teresita en *Historia de un alma*). En los paseos, Teresa ve como se acercan los pobres que nunca salen defraudados ante la generosidad de su «rey». El señor Martin pertenecía a las Conferencias de San Vicente de Paúl. A María desde Constantinopla le escribe: «Da y da siempre y haz hombres dichosos».

Esta caridad va más allá que la simple ayuda material. Es una caridad como la del Buen Pastor que sufre y busca con la oración y el testimonio a la oveja descarriada. El señor Martin, ante la noticia de que un amigo muy querido se ha convertido, reacciona así: «Siento necesidad de felicitarte o, más bien, de agradecer contigo al Señor, y esto con todo mi pobre corazón, la gracia inmensa que ha tenido a bien concederte en diciembre pasado, época siempre memorable...» (Cit. en *Historia de una familia*, 286).

«Ultra quam speraverint»

CUANDO dejamos a Dios ser Dios Él hace «grandes maravillas». Esta familia que ante los ojos de nuestro mundo «vive para sí» se convertirá en un don y una esperanza para la Iglesia y en particular para las familias «iglesias domésticas» de nuestro tiempo.

En primer lugar, por el fruto precioso de esta «flor del Carmelo» que es santa Teresita, la doctora más joven de la Iglesia. Ella con su doctrina nos hace el camino del Evangelio, no sólo «admirable», «agradable a nuestros ojos», sino accesible y cercano, haciéndonos aspirar desde la confianza ciega en el amor misericordioso de Dios en que un día podremos llegar como ella y con ella a la patria eterna del cielo.

Y, en segundo lugar, porque la familia Martin aparece como modelo y esperanza para las familias cristianas de los tiempos presentes y venideros. El 26 de marzo de 1994 se proclamaron las virtudes heroicas de Luis Martin y Celia Guérin. El proceso de beatificación en la fecha está prácticamente cerrado, esperando la pronta elevación a los altares de este matrimonio ejemplar.

Quiero ser hija de la Iglesia, como nuestra madre santa Teresa, y orar por todas las intenciones del Vicario de Cristo, que abarcan el universo. He aquí el fin general de mi vida.

SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS:
Manuscritos autobiográficos

Mosén Eudald Serra y el Foment de Pietat, propagadores de la espiritualidad de santa Teresa del Niño Jesús

En unos momentos en que las reliquias de santa Teresita están recorriendo España y en vísperas de que lleguen a Barcelona es justo recordar dos obras pioneras en la difusión de la devoción a la santa en Barcelona, en Cataluña y en España entera: el Foment de Pietat y Balmesiana. Y fue así porque sus respectivos fundadores, mosén Eudald Serra y el padre Ignasi Casanovas, S.I., vivieron íntimamente, intensamente, el mensaje de la infancia espiritual y lo expandieron a través de la predicación, la dirección espiritual y la edición de decenas de miles de libros y folletos, en catalán y en castellano. El actual director de Editorial Balmes y continuador de la obra de mosén Eudald, mosén Àngel Fàbrega, lo explica en este artículo, que publicó CRISTIANDAD en julio-agosto de 1997.

Mosén Eudald Serra y el Foment de Pietat

MOSÉN Eudald Serra i Buixó nació en Vilassar de Dalt (Barcelona) en 1882. Desde muy joven sintió la vocación al sacerdocio, pero antes de iniciar los estudios eclesiásticos decidió estudiar la carrera de Derecho en la Universidad. Fue ordenado el año 1906, a la edad de 24 años. Gran devoto del Sagrado Corazón, quiso celebrar la primera misa al cabo de pocos días y escogió el 22 de junio porque aquel día coincidía con la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. La devoción al Sagrado Corazón sería durante toda su vida el eje en torno al cual giraría su apostolado sacerdotal. Por otra parte, fue un sacerdote cultísimo, un gran maestro espiritual, de trato personal y gusto artístico exquisitos, propagador fervoroso de la espiritualidad de san Ignacio de Loyola, de san Alfonso María de Liguori, de san Francisco de Sales y, sobre todo, de santa Teresa del Niño Jesús.

A los cuatro años de haber iniciado el ministerio sacerdotal, durante unos Ejercicios, entró en contacto con quien, a partir de entonces, sería su director espiritual, el jesuita Ignasi Casanovas. Desde aquel momento los dos sintonizaron perfectamente, sobre todo en la devoción al Sagrado Corazón y en la devoción a santa Teresita.

Pero he aquí que –la Providencia juega con nosotros sin que lo advirtamos– a mosén Eudald, ya en su juventud le llegaron noticias de la que sería la segunda vertiente de su vida espiritual: la devoción recomendada fervorosamente, encomiásticamente por los papas de su tiempo, los de principios del siglo xx: san Pío X, Benedicto XV y Pío XI (y más tarde Pío XII): la devoción a santa Teresa del Niño Jesús.

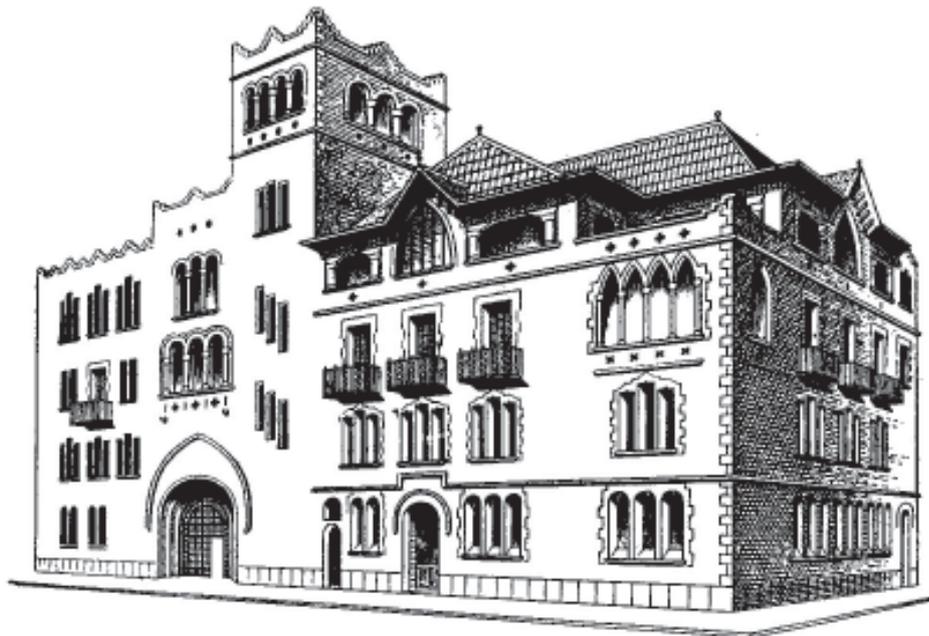
En una fecha incierta de su primera juventud,

hacia los quince años, y mientras el Señor vigilaba para que la vocación al sacerdocio madurara en su alma, cayó en sus manos un ejemplar de un libro singular, un libro –en francés– que se estaba difundiendo rápidamente por todo el mundo y que le impresionó y le conmovió: era la autobiografía de una monja joven, sor Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, que había muerto pocos años antes en el Carmelo de Lisieux, el 30 de septiembre de 1897: *La historia de un alma*. Este primer encuentro de mosén Eudald con la joven carmelita de Lisieux se convirtió en el primer pétalo de rosa de los muchos que, más tarde, santa Teresita dejaría caer en las manos de aquel joven aspirante al sacerdocio.

Este libro, editado por primera vez en 1898 y copiosamente difundido durante los primeros años del siglo xx –cuando mosén Eudald celebró su primera misa (1906) ya se habían impreso y difundido más de doscientos mil ejemplares en lengua francesa y más de trescientos mil en otros idiomas– hizo, hace y hará tanto bien a las almas de nuestro tiempo –tanto a creyentes como a apartados, agnósticos o ateos– como la *Imitación de Cristo* hizo y hace desde que se escribió hasta hoy.

El encuentro con el padre Casanovas

HACÍA pocos años que mosén Eudald había cantado misa cuando, como hemos dicho, tomando parte en una tanda de Ejercicios Espirituales que un joven jesuita, el padre Ignasi Casanovas i Camprubí, dirigía en la Casa de Ejercicios de Sarrià, mosén Eudald Serra se sintió profundamente conmovido por lo que decía sobre el sacerdocio aquel luminoso director de la tanda. El



Edificio que ocupan las fundaciones Balmesiana y Cultura Religiosa, en la calle Durán y Bas de Barcelona

impacto que aquellas enseñanzas espirituales del gran maestro produjeron en el espíritu de aquel joven sacerdote fue tan profundo que él y el padre Casanovas ya no se abandonaron nunca más. Sólo el martirio del padre Casanovas, inmolado en el otoño de 1936, les separó aquí en la tierra para siempre. mosén Eudald acusó durante el resto de su vida la falta de apoyo espiritual que había recibido de su amigo y maestro.

De aquella compenetración mutua de pensamiento y de programa de actuación sacerdotal, sostenidos por una profunda y vívida devoción al Sagrado Corazón nació, al poco tiempo, la obra apostólica del Foment de Pietat Catalana. Esta obra había de ser el organismo eclesial preparado amorosamente por el Señor para difundir y sembrar, en nuestro país, el afán de aspirar a la santidad, el afán de un progreso espiritual, basado en la devoción al Corazón de Jesús, que tanto había promovido su amigo común, el siervo de Dios, el obispo Torras i Bages, y que estaba orientado hacia la Luz, en la escuela de santa Teresa del Niño Jesús, siguiendo el caminito de la infancia espiritual. A partir de este momento este caminito sería propagado y divulgado entre sacerdotes y seglares de maneras y por caminos misteriosos e insospechados, que nunca llegaremos a conocer aquí en la tierra; pero siempre guiados y conducidos por la doctrina teresiana propuesta y divulgada por mosén Eudald Serra y por el padre Ignasi Casanovas a través de la acción apostólica del Foment de Pietat.

Todo lo que, a principios del siglo xx, iba sucediendo, con extrema y desacostumbrada rapidez en la Iglesia, en torno a la figura de santa Teresita, bajo los pontificados de Benedicto XV y de Pío

XI, era un toque de atención para los sacerdotes, cultos y piadosos de todo el mundo, como lo eran nuestros dos amigos: mosén Eudald y el padre Casanovas.

En 1910, sólo 13 años después de la muerte de sor Teresa del Niño Jesús en Lisieux, se inició el proceso informativo diocesano; el 1914 el papa san Pío X firmó el decreto de introducción de la causa en la Congregación de Ritos; el 1917 se cerraba el proceso apostólico y el papa Benedicto XV dispensaba los cincuenta años que debían transcurrir desde la muerte hasta la beatificación. Entre 1920 y 1923 se hicieron las Congregaciones preparatorias y la aprobación de los milagros de la venerable Teresa de Lisieux. Todo era concurrente... Sólo faltaba que el papa Benedicto XV dijera lo que dijo al proclamar el heroísmo de las virtudes de la joven carmelita de Lisieux para que al Foment de Pietat le faltase tiempo para secundar de todo corazón aquello que el papa pedía.

En efecto, Benedicto XV hizo en aquella ocasión un panegírico tan entusiasta y emotivo de la nueva venerable; hizo una exposición tan luminosa del camino de la infancia espiritual que ella había recibido el encargo divino de enseñar a todo el mundo, que todos los asistentes al acto se sintieron contagiados por aquellos mismos sentimientos de emoción, tan espontáneos y sinceros del Santo Padre. Y desde aquel instante el Foment de Pietat se dispuso a hacer todo lo necesario para secundar el programa pontificio. Tanto más que los dos fundadores e impulsores de esta Casa estaban en plena y absoluta sintonía con él. Todo esto sucedía cuando ya se habían iniciado las obras de la nueva sede del Foment, donde ahora nos encontramos.

Peregrinación de mosén Eudald a Lisieux

UNA vez acabada la primera casa nueva del Foment (Duran i Bas, 11) e inaugurada y abierta al público su flamante Biblioteca Balmes, mosén Eudald, que cada día vivía más intensamente la devoción a santa Teresita, creyó que, para ser más conscientes de lo que significaba vivir la espiritualidad teresiana y de esta manera difundirla más conscientemente después, sería bueno peregrinar a Lisieux. Y allí se fue. Era a mediados de junio de 1928. Hacía justamente un año que el Foment de Pietat había publicado por primera vez, traducida al catalán, la *Historia d'una ànima*.

Aunque se trató de una peregrinación estrictamente personal y familiar –sólo le acompañaban su hermana Montserrat, su cuñado Enric y su compañero en las tareas editoriales mosén Pere Ginebra i Espona– aprovecharon la ocasión para recorrer después diversos lugares de la Europa central. Pero una vez en Lisieux mosén Eudald quiso quedarse unos días –ésta era la razón del viaje– para conocer las personas y los lugares que habían tenido una relación directa con la vida de santa Teresita: Lisieux, Les Buissonnets, Alençon, Bayeux, etc. En Lisieux visitaron el convento carmelitano y su claustro, la habitación de la Santa, la enfermería, el paseo de los castaños, etc. y, sobre todo, la iglesia –la de entonces– que servía de estuche al sepulcro de la Santa. La imagen de santa Teresita lucía ya entonces la Rosa de Oro que le había ofrecido el papa Pío XI en 1925, cuatro meses después de haberla canonizado.

Fue en aquella ocasión cuando consiguió hacer una visita distendida y mantener una conversación intensa con las tres hermanas, todavía vivas, de santa Teresita. Esta visita tuvo lugar el 24 de junio de 1928. En esta ocasión los peregrinos barceloneses obtuvieron un cuadro con la efigie de la Santa, debajo de la cual la priora, la madre Inés de Jesús (hermana de la Santa) escribió en presencia de ellos su firma autógrafa; y, además, un libro encuadernado con mucho cuidado –las obras completas de santa Teresita, edición de 1923– en el que las tres hermanas pusieron su firma: la madre Inés de Jesús (Paulina), sor María del Sagrado Corazón (María, su hermana mayor y su madrina en el bautizo) y sor Genoveva de la Santa Faz (Celina). No hace falta decir que tanto el cuadro como el libro se conservan en esta casa como auténticas reliquias de Lisieux.

En 1898 se publicó la primera edición en francés de la *Historia de un alma*. Desde entonces se han difundido millones de ejemplares por todo el

mundo. En 1927 en ocasión del segundo aniversario de la canonización de santa Teresita el Foment de Pietat decidió publicar íntegramente y en catalán la obra. En 1911 había sido traducida y publicada en castellano por el padre Romualdo de Santa Catalina, carmelita descalzo, y se difundió por toda España.

El Foment encargó al padre Lluís de Santa Teresa, carmelita descalzo, la traducción íntegra al catalán a partir del original francés. La obra fue editada inmediatamente, con la supervisión del Office Central de Lisieux, y se difundió por toda Cataluña. Agotada rápidamente la primera edición, se reimprimió varias veces en los años sucesivos.

Fue tan grande el impacto de la narración de aquella visita a las hermanas de la Santa y a los lugares teresianos de Lisieux entre los amigos de mosén Eudald que promovió el entusiasmo y aumentó intensamente la devoción a santa Teresita de todos los colaboradores de la obra del Foment de Pietat. De una manera especial, esto afectó la sensibilidad del padre Casanovas. Uno de los frutos de este contagio espiritual fue el estudio profundo y exhaustivo escrito inmediatamente por el padre Ignasi Casanovas: *L'ànima de santa Teresa de Jesús Infant*, publicado por el Foment de Pietat en 1929, un año después de la peregrinación a Lisieux.

El padre Casanovas decía en el prólogo del libro que no había sido su intención escribir una vida de la Santa, que otros ya habían hecho. Con su mirada profunda de escrutador de espíritus selectos, quería acercarnos al alma de santa Teresita. «*La historia d'una ànima* –decía–, es una admirable narración, espontánea e íntima, hecha a unas hermanas que querían conservar los recuerdos fraternales, pero le falta la unidad y el orden convenientes para que todo el mundo obtenga un concepto cabal y armónico de la vida de la Santa...». En 1942 esta obra fue traducida al castellano y difundida por todo el mundo hispano...

El padre Casanovas había preparado este libro con tanta ilusión, veneración y estima por la Santa que nada le dolía con tal de que todo el esfuerzo contribuyera a hacer amar más a santa Teresita. Por esto mientras escribía el libro, él y mosén Eudald decidieron encargar a los mejores artistas de Barcelona unas láminas para ilustrarlo. El dibujante Dionís Baixeras diseñó tres grandes láminas de la Santa: a los tres años, con un crucifijo entre las manos llenas de rosas y en el lecho de muerte; el pintor Ramon Casas hizo otras tres: a los trece años, con el velo de novicia y vestida de profesora; y el maestro J. Vila Prades pintó un cuadro que representa a la Santa deshojando rosas en un jardín.

El Foment, bajo la protección de santa Teresa

EL año 1930 el Foment de Pietat publicó en catalán algunas páginas de lo que en 1924 habían publicado las monjas de Lisieux, con el título de *Cartes, consells i records de santa Teresa de Jesús Infant*. Se trataba de cinco cartas a tres de sus hermanas, dos a dos primas; consejos y recuerdos de la Santa y seis oraciones compuestas por ella misma.

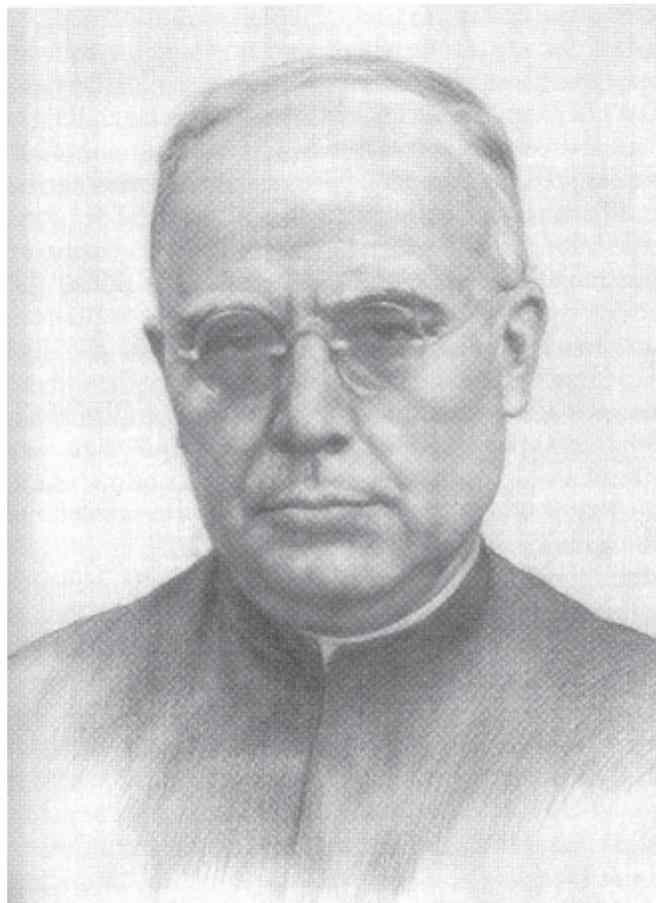
Al cabo de dos años, en 1932, el Foment publicó *A l'escola de santa Teresa de Jesús Infant*, que aunque era anónima todo el mundo sabía que había sido escrita por Paulina, la hermana de santa Teresita, o sea, la madre Inés de Jesús. Por eso tiene la misma autoridad para conocer el pensamiento de la Santa, que poco antes de morir le había dicho: «Madre mía, será necesario que reviséis todo lo que he escrito. Si creéis conveniente suprimir algo, o añadir lo que os he dicho de palabra, será como si lo hubiera hecho yo misma». En este libro habla la Santa y se trasluce su espíritu con toda fidelidad.

Y todavía en 1933 Ferran de Sagarra y de Siscar publicaba en el Foment su opúsculo *Missió providencial de santa Teresa de Jesús Infant*, con el subtítulo de *Pluja de roses* (ya usado por Lisieux en 1924) donde el autor propone, en 44 breves capítulos, la vida, la espiritualidad, los procesos de beatificación y canonización de la Santa y los documentos pontificios correspondientes.

Todo esto no era más que la preparación, todavía lejana, de lo que se proponían mosén Eudald y el padre Casanovas para difundir la espiritualidad de la santita de Lisieux.

Desgraciadamente, la historia, guiada, como siempre, por la Providencia inescrutable de Dios Nuestro Señor encaminó la sociedad española y catalana de aquellos años por unos caminos distintos de los que se proponían los hombres, incluso de los hombres de Iglesia. La República, con sus leyes anticristianas, condenadas públicamente por el papa y por el episcopado español, propició la persecución sangrienta contra la Iglesia católica, que ocasionó miles de mártires en el sentido más auténtico de la palabra. El Foment de Pietat pagó también su tributo de sangre martirial ofreciendo a Dios la inmolación del propio padre Casanovas y de otros tres sacerdotes redactores y seis colaboradores, sacerdotes y seglares.

El 21 de julio de 1936, antes de dejarlo todo en manos de la Providencia, mosén Eudald me pidió que le acompañase a la capilla para sumir las sagradas formas del sagrario. Antes de despedirnos nos arrodillamos delante de la imagen de santa Teresita, la misma que preside uno de los altares



Ignasi Casanovas Camprubí, S.I.

laterales, e hicimos una breve oración personal, en silencio, un minuto o dos.

En febrero de 1939, recuperada la paz, nos reencontramos y me explicó con una alegría inmensa qué había pedido en aquella plegaria del 21 de julio: había encomendado el edificio de sus ilusiones, el Foment de Pietat, a la protección de santa Teresita... y santa Teresita lo había salvado del fuego y de la destrucción.

La Hermandad de la Infancia Espiritual

DESPUÉS de la guerra civil, que supuso la violentísima persecución anticristiana más violenta que ha conocido España, mosén Eudald, al encontrarse solo —el padre Casanovas había derramado la sangre *in odium fidei*— sin desmayar, confiando siempre en la voluntad amorosa y providente de Nuestro Señor, recuperó todo lo que pudo de la casa y, como muchos otros, se dispuso a reemprender el camino que los enemigos de la fe le habían obligado a dejar. Tal como había hecho siempre, cada día, después de la misa en la capilla del Foment se sentaba en el confesionario para atender a todos los que acudían en busca de consejo, consuelo o estímulo espiritual. Simultá-

neamente, promocionaba la doctrina espiritual de santa Teresita en la predicación. Primero buscó la ocasión de enseñar esta doctrina en los actos vespertinos de devoción al Sagrado Corazón de Jesús que se celebraban los primeros viernes de mes en la capilla; y más tarde en los mismo actos vespertinos de los primeros sábados en honor del Corazón de María; finalmente, creando una hermandad espiritual entre los asistentes a ambos actos, que sería después aprobada por el obispo con el nombre de Hermandad de Infancia Espiritual.

Su sistema de propagar, de manera personal e individualizada, la devoción a santa Teresita creció espectacularmente cuando el rector del seminario de Barcelona le pidió que diera unas pláticas a los alumnos del seminario mayor y le atribuyó el cargo de confesor de los que estaban a punto de ser ordenados.

Al mismo tiempo, el Foment, por medio de su Editorial Balmes, trabajaba en la misma línea. Casi todas las pláticas que mosén Eudald hacía a la Hermandad se publicaban con el título genérico de *Llibrets d'instrucció piadosa: per seguir el camí de la infància espiritual*.

Con el mismo espíritu que mosén Eudald infundió a sus sermones y conferencias, colaboraron otros autores. Una obra importante, tanto por el contenido como por el estilo literario de su traductora fue el librito *Poemes de santa Teresa de Jesús Infant*, en la versión catalana que hizo la poetisa mallorquina Maria Antonia Salvà.

En esta época, y buscando una biografía de la Santa para divulgarla entre sus devotos, el Foment de Pietat halló que un dominico francés, el teólogo P. H. Petitot había publicado un volumen histórico-ascético sobre el tema titulado *Santa Teresita de Lisieux. Un renacimiento espiritual*. La obra fue publicada en 1948 por Editorial Balmes. Agotada esta edición, se hicieron otras dos.

En 1950 el Foment tuvo noticias de un nuevo estudio de la Santa de otro gran teólogo, el dominico Michel Marie Philipon, *Santa Teresa de Lisieux: un camino enteramente nuevo*. Mosén Eudald escribió al autor interesándose por el libro. Al cabo de pocos meses, en uno de sus numerosos viajes a Sudamérica, el padre Philipon llamaba a la puerta de nuestra casa para entrevistarse con mosén Eudald. Era la hora de comer de un mediodía del mes de junio de 1951. Mosén Eudald no

dudó ni un momento en recibir aquella visita tan esperada como inesperada. A partir de aquella conversación, los dos entablaron una gran amistad, que duraría toda la vida. Como consecuencia del encuentro, el padre Philipon autorizó la traducción de la obra al castellano.

«Los sabios y entendidos» de este mundo, a quienes el Señor a menudo cierra la puerta para que no comprendan aquello que hace ver claro a los «pequeños y humildes» a veces provocan, bajo la mirada vigilante de la Providencia, situaciones que aclaran o ayudan a comprender ciertos problemas que se presentan en el camino de la salvación.

En el caso de santa Teresita, hacía años que algunos teólogos y escritores de espiritualidad no encontraban el hilo conductor de los diversos documentos que formaban la famosa *Historia d'una ànima*. Hasta que el Carmelo de Lisieux no publicó una edición en facsímil de todos los originales tal como salieron de las manos de la Santa. Esto hizo posible que los expertos pudiesen estudiar y valorar las enmiendas y las manipulaciones introducidas en el texto original. De esta manera salió a la luz la edición crítica de la obra, que a partir de entonces se titularía *Manuscritos autobiográficos*. Entonces sí vio cuáles eran las enmiendas introducidas por la propia Teresita y cuáles eran manipulaciones debidas a las «exigencias enfermizas de la madre María de Gonzaga».

De todas formas, aunque este esfuerzo de restablecer los textos originales era muy loable, la santa Teresita de la *Historia d'una ànima* era esencialmente la misma de los *Manuscrits autobiogràfics*. Pero el Foment no podía estar ausente de la polémica y en 1963 publicó en catalán, en una edición muy cuidada, los *Manuscritos*.

Mosén Eudald Serra murió en la paz del Señor el 29 de marzo de 1967, a los 85 años de edad y 61 de ministerio sacerdotal. Pero el Foment de Pietat, a través de sus dos herederas espirituales, las fundaciones Balmesiana y Cultura Religiosa, prosigue su tarea apostólica y cumple la obligación contraída y proclama la ilusión de seguir promocionando la devoción a santa Teresita y la enseñanza de su doctrina de la infancia espiritual. Estoy seguro de que desde el cielo mosén Eudald sigue cuidando de todos sus «hermanos de la infancia espiritual» que luchan por no abandonar el caminito enseñado por la Santa.

Entendí que sin el amor todas las otras cosas son nada, aun las más brillantes, como sería resucitar muertos o convertir pueblos.

SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS:
Manuscritos autobiográficos

«Por el caminito de infancia espiritual»

La venida a Barcelona de las reliquias de santa Teresita del Niño Jesús es una ocasión para que cuantos hayamos recibido el beneficio de su mensaje espiritual expresemos nuestro agradecimiento a las obras que fundaron mosén Eudald Serra Buixó e Ignasi Casanovas Camprubí, S.I.: el Foment de Pietat y las fundaciones Balmesiana y Cultura Religiosa.

Fueron adelantados en el conocimiento en Cataluña de su obra y primero el Foment de Pietat con su traducción de la Historia de un alma en lengua catalana y después el padre Casanovas con su fundamental estudio L'ànima de santa Teresa de Jesús Infant contribuyeron mas que nadie a difundir su espíritu. Mosén Àngel Fàbrega explica en el artículo precedente la obra de mosén Eudald en este sentido.

En cuanto al padre Ignasi Casanovas, escribía el padre Ignacio Corrons, traductor al castellano del estudio citado: «La espiritualidad de santa Teresa del Niño Jesús vino a perfumar los últimos años y los últimos escritos del padre Casanovas: una inconfundible huella teresiana se percibe –oculta o patente según los casos– en la máxima obra espiritual del padre Casanovas: su comentario a los Ejercicios de san Ignacio.

»La obra sobre santa Teresa del Niño Jesús se publicó por el Foment de Pietat en 1929; en la

serie pues de las obras espirituales del padre Casanovas precedió casi inmediatamente al primer tomo de sus estudios sobre los Ejercicios, publicado en 1931».

También el padre Batllori afirma que «en la Biblioteca d'Exercicis del padre Casanovas la Rosa de Lisieux dejó un perfume inconfundible».

Pero tenemos el testimonio más significativo en las palabras del propio padre Casanovas, en el exvoto que sirve de prólogo a su estudio sobre El alma de santa Teresa del Niño Jesús. Le pone de lema las palabras de la santa: «Habéis sobrepasado nuestras esperanzas; nosotros cantaremos vuestras misericordias».

Y termina el texto con estas palabras: «Que santa Teresa del Niño Jesús reciba con amor misericordioso esta humilde ofrenda, su donador y todas las personas y cosas de esta casa apostólica, que se ha puesto bajo su protección y de ella espera plenitud de vida y ubérrima fecundidad espiritual».

A continuación, reproducimos unos fragmentos de uno de las innumerables «Instrucciones piadosas» que mosén Eudald publicó como lectura espiritual para los miembros de la Germandat d'Infància Espiritual y para el público en general, dentro de un pequeño volumen titulado Por el caminito de infancia espiritual (Barcelona, Editorial Balmes, 1956).



Guardar el corazón para Jesús

Santa Teresita de Lisieux, queriendo animar a las almas que se sienten pequeñas ante las luchas y sacrificios necesarios para alcanzar la perfección (y son muchas) dijo: *La santidad no consiste en tal o cual práctica, consiste en una DISPOSICIÓN DEL CORAZÓN que nos hace humildes y pequeños en los brazos de Dios, conscientes de nuestra flaqueza y confiados hasta la audacia en su bondad de Padre.* (Novissima verba 3 agosto.)

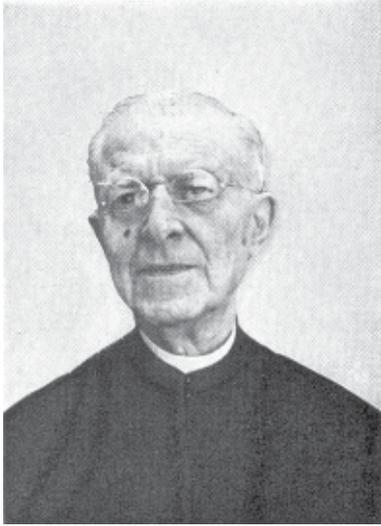
No habla de las luchas y sacrificios necesarios para la perfección; pero enseña medios fáciles y sencillos para que las almas más tímidas puedan practicarlos hasta el heroísmo.

Por de pronto, y como siempre, simplifica, descartando toda pretensión de hacer consistir la san-

tidad o perfección en una práctica determinada. Con su inspiración ordinaria y segura va al fondo del tema con gran sencillez; *la santidad está en una disposición del corazón*, es decir, en un amor filial que nos hace pequeños y humildes pero nos pone inseparablemente *en los brazos de Dios*, y no como almas perfectas e impecables o ignorantes de la propia flaqueza y miseria, sino *conscientes de nuestra debilidad* que constatamos cada día con caídas humillantes, y a pesar de todo, *confiados hasta la audacia* apoyándonos no en nuestras obras y virtudes sino sola y puramente en la *bondad del Padre celestial*.

[...]

La justicia o santidad ante Dios consiste no en



Mosén Eudald Serra i Buixó

el cumplimiento externo de las obras de la Ley sino más bien en las *disposiciones del corazón* con que tales obras se cumplen. Y por esto les respondió: «Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma y con toda tu mente, con toda tu fuerza» (Mc 12, 30). Este es el máximo y primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». En estos dos mandamientos está cifrada toda la Ley y los Profetas. El amar a Dios y al prójimo compendian toda la santidad. *No son las obras las que santifican, sino la caridad con que se practican.* Es obra del corazón; de fe y de amor.

[...]

Efectivamente, la perfección no está ligada a un acto que pasa y se acaba, por virtuoso y heroico que sea, sino que radica en una *disposición interior*, disposición habitual de la voluntad, firme y resuelta a unirse y amar a Dios con la mayor perfección que pueda. Esta disposición y resolución de la voluntad, que constituyen el verdadero amor a Dios, está ciertamente inspirada y formada por la gracia, pero no nos hace impecables, ni mucho menos.

Una cosa es la *voluntad habitual* de tender a Dios, y otra son los actos que por intermitencia proceden de ella, y son generosos unos, y humillantes otros.

Muchas almas se equivocan, creyendo que la perfección no es para ellas, sólo porque constatan que algunos de sus *actos* no están conformes a la disposición *habitual* de su voluntad, y al ver sus tropiezos y flaquezas se desaniman y desmayan en el camino de la perfección.

[...]

Esta ya es doctrina admitida por todos los teólogos: «Una falta seguida del arrepentimiento, no es de ninguna manera un obstáculo, antes muchas veces un estímulo, para la vida perfecta.» (Cardenal Mercier. *La vida interior.*)

«Las faltas de sorpresa y de fragilidad, en las que Dios permite que almas que le son muy queridas caigan alguna vez o hasta frecuentemente, *no impiden el progreso continuo* de estas almas, *no solamente en la santidad habitual* que las hace más agradables a Dios, *sino hasta en la santidad actual.* En efecto, la multiplicación de generosísimos actos de virtud, que estas flaquezas dan ocasión de practicar, compensan con largueza, para la gloria y el bien de las almas, las manchas pasajeras causadas por estas faltas.» (De Smedt. *Notre vie surnaturelle*, vol. II, pág. 382.)

Lo importante es *guardar siempre el corazón para Jesús* como dice Santa Teresita; entonces no nos dañarán, antes bien nos aprovecharán las humillaciones de nuestras caídas. Y llega a decir el Santo Obispo de Ginebra: «Algunas caídas en pecados graves, con tal de que no sean con el deseo de permanecer en ellos y con un endurecimiento en el mal, no privan el progresar en la devoción.» (Vid. C. Mercier, op. cit.)

[...]

Un ejemplo. - Las negaciones de Pedro

En poco rato negó a Jesús por tres veces y hasta con juramento. Cometió pecado grave y escándalo y vil ingratitud según todos los autores. Conforme a los principios de moral hubo conocimiento de lo que hacía, y también voluntad, aunque influida por el temor. ¿Guardó siempre el corazón para Jesús? Creo que sí a pesar de su real y positiva palabra de negación.

Argumento yo que si en aquel momento, un incidente cualquiera (como sucedió después con la mirada que le dio Jesús) hubiera despertado, o sacudido más fuertemente su conciencia y el recuerdo del Maestro amado, probablemente no habría renegado de Él. La mirada de Jesús le hizo inmediatamente reaccionar. En aquellos momentos en que la boca de Pedro negaba a Jesús, ¿su corazón dejaba de amar a Jesús? Creo que no. ¿Jesús dejaba de amarle a él? tampoco; le amaba absolutamente.

El mismo Pedro al contestar por tercera vez a Jesús que sí, que le amaba, parece declarar que jamás había dejado de amarle, ni aun en medio de sus negaciones. «Señor, tú lo sabes todo; tú conoces bien que yo te amo», como diciendo: Señor tú sabes que mi corazón siempre fue para ti.

«Por el camino de la confianza de los hijos de Dios en el Padre de la misericordia»

Fragmento de la carta pastoral del arzobispo de Toledo, don Antonio Cañizares Llovera, «Toledo evangelizada, Toledo evangelizadora», a los diez meses de su llegada a la diócesis (fiesta de santa Teresa, 15 de octubre)

No es para mí casual ni anecdótica la visita, los días 18, 19 y 20 de octubre, a nuestra diócesis de las veneradas reliquias de santa Teresa del Niño Jesús. Esta visita constituye una «caricia» de Dios a nuestra Iglesia diocesana, la manifestación de su gran misericordia para nosotros, la indicación de por dónde necesitamos avanzar: por el camino de la confianza de los hijos de Dios en el Padre de la misericordia, por el del abandono y consagración a Él, por el de la búsqueda de su rostro en todo y el del seguimiento de su rastro, por el camino de la caridad, y todo ello, en orden a la misión. Dios nos dice con esta visita a Toledo, que, como Teresita, seamos una Iglesia misionera, que vayamos a las misiones, que evangelicemos, que, por estar en el corazón de Dios viviendo su amor, vayamos a donde están los hombres y les demos a conocer y gustar el amor inmenso con el que Dios nos ama. «La gran santa de los tiempos modernos» viene a nosotros, en sus reliquias, para derramar una lluvia de flores de santidad, de fe en Dios, iniciativas misioneras. ¡Un gran signo de esperanza!

Las reliquias de santa Teresita, patrona universal de las misiones, vendrán a nuestra catedral el mismo día en que la Iglesia entera celebra la Jornada Mundial de las Misiones, día del Domund, que, además, coincidirá con la beatificación de la madre Teresa de Calcuta. No es casual esta coincidencia, es providencial, y, como tal, es un signo y una llamada de Dios a nuestra diócesis. Santa Teresita es misionera y viene como misionera, y Dios nos quiere una diócesis misionera. La pequeña santa de Lisieux es maestra del anuncio de la primera y de la nueva evangelización que empieza por el anuncio y testimonio gozoso del amor misericordioso y universal de Dios para todos sus hijos, al que ella misma se ofreció como víctima de holocausto. Es este amor el alma de la misión; el amor que brota del trato de amistad con Dios, continuado y sereno, y la contemplación de la santa faz de Jesucristo, en el que vemos y contemplamos el rostro de Dios, rico en misericordia y amor.

Sus reliquias nos visitan para animarnos a la mi-

sión aquí en las tierras de nuestra diócesis, y más allá, en las misiones, hasta todos los rincones de la tierra a los que somos llamados y enviados; vienen hasta aquí para continuar siendo, como lo es para toda la Iglesia, animadora espiritual de la misión que contagia a todos el amor del Señor. La pequeña y, al mismo tiempo, gran santa del Carmelo teresiano de Lisieux, fiel hija de su santa madre, desde el convento en una vida escondida con Cristo vivida en la contemplación y en las bienaventuranzas, comunica a la Iglesia y al mundo que Dios es amor: como nos ha hecho una vez por todas irrevocablemente el Hijo único y ha dado testimonio la Iglesia asentada en los Apóstoles que «lo vieron y palparon».

Esa ha sido su vocación. Ese es el lugar que ella quiere ocupar en la Iglesia, el del amor; porque, como muy bien intuyó ella, la caridad es el corazón de la Iglesia. Y así lo comunica y lo grita a cada hombre: está a la mesa amarga de los pecadores y de los incrédulos, les comunica que Dios les quiere, que Cristo, amándolos hasta el extremo, ha venido, ha muerto, ha resucitado y está junto al Padre con las llagas y el costado abierto intercediendo por ellos, por todos los hombres, enviándoles el Espíritu de la verdad que los hace libres con la libertad de los hijos de Dios. Santa Teresita ha comprendido que el amor encierra todas las vocaciones, que el amor es todo, abraza todos los tiempos y lugares. La carmelita a la que algunos muros separaron del mundo y a la que una enfermedad ha consumado en joven edad, ha encontrado el centro de la Iglesia, el punto para elevar y renovar la humanidad en una acción apostólica y misionera sin límites, porque la entrega, el testimonio y la difusión del amor, en efecto, no tienen fin.

La joven hija de santa Teresa de Jesús que, fiel a la regla teresiana, no salió de su convento, ahora, en estos tiempos tan necesitados de misión, de una nueva evangelización, sale a todos los países para anunciar el amor de Dios, su misericordia para los pecadores, y el camino de ser hijos, de hacerse y ser pequeños niños llenos de confianza en los brazos del Padre, y así derramar esa lluvia de rosas

que ella ya predijo. Ella, maestra como niña pequeña de confianza en Dios, joven, contemplativa misionera, santa y maravilla de la gracia y de la misericordia divina, viene a nosotros, precisamente unos meses después del Santo Padre que también nos alentó a esa confianza, que nos llamó a la santidad, que nos alentó a la interioridad y a la contemplación llevados de la mano de la Santísima Virgen María, que nos exhortó, una vez más, a la nueva evangelización dejándonos evangelizar, que se reunió especialmente con los jóvenes a los que dedicó toda una tarde y tuvo palabras y gestos inolvidables, y que nos convocó a nuestra gran y única vocación que es la de ser santos.

¿Quién no ve en todo ello lo que Dios nos está diciendo? ¿Quién no percibe que es el mismo mensaje, la misma llamada? ¿Por qué Dios nos insiste de este modo y nos apremia? ¿No será que el momento que vivimos es urgente y apremia? El viaje del papa fue para Toledo, particularmente para los jóvenes de nuestra diócesis, un acontecimiento de gracia, cuyos frutos Dios conoce; también, si la acogemos y secundamos, la visita de las reliquias de santa Teresita —y con ellas de ella misma, joven como ellos— será con el auxilio divino y la intercesión de la pequeña santa teresiana, un acontecimiento de gracia, una lluvia de rosas, beneficiosa

para toda la diócesis, en especial para los jóvenes.

Que Dios nos conceda el que no dejemos pasar por alto este don del cielo, este acontecimiento de gracia, este paso del Señor. Como señaló en su momento el Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal, «la presencia de las reliquias de santa Teresa de Niño Jesús, va a ser sin duda una fuente de gracias. Ella que poco antes de su muerte anunció: “pasaré mi cielo haciendo bien en la tierra”, derramará una lluvia de rosas» sobre las personas, comunidades y parroquias que se acercarán, esperamos que en gran número, para venerarlas y para pedir la gracia. Nadie volverá de vacío, pues lo mismo que ocurrió con Jesús, muchas personas que se acercarán a la santa pidiendo favores materiales, recibirán también otros favores en su espíritu. Estamos seguros de que la presencia entre nosotros de las reliquias de santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz impulsará con fuerza la obra de la nueva evangelización; nos anunciará de nuevo la buena noticia de la misericordia divina; transmitirá a los jóvenes la sabiduría del Evangelio; renovará en los mayores el ardor primero de su bautismo; animará a los consagrados a profundizar en el seguimiento cercano de Cristo y a todos les recordará lo único necesario: «Amar al Señor y hacerlo amar».



Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (VIII)

La Virgen María confía a la Orden de la Visitación y a la Compañía de Jesús el suavísimo encargo de difundir el tesoro del Corazón de su Hijo

JOSÉ JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

«La devoción al Corazón de Jesús se extiende por todas partes por medio de los “Ejercicios” del padre La Colombière.» (Santa Margarita María)

MARGARITA María sabía que su tiempo se acababa y que su misión no estaba cumplida. Había visto a Jesús, había penetrado en su Corazón y había sondeado la anchura, la longitud, la altura y la profundidad de su amor misericordioso para con los hombres. El celo de la gloria del Corazón de Jesús le devora porque sus labios han sido tocados por el carbón encendido del Espíritu. Hemos expuesto ya cómo, movida por este celo, Margarita María logró hacer pintar unos cuadros que mostrasen al Corazón de Jesús tal como ella le había visto, y se pudieran imprimir y propagar a miles sus estampas, pero se daba cuenta de que, para que la devoción quedara consolidada y fuera autorizada por la Iglesia, era necesario que personas de ciencia y espíritu explicasen bien el mensaje de amor misericordioso que el Corazón de Jesús le había encargado transmitir, y al tiempo rebatiesen las objeciones que comenzaban a surgir. No era tarea fácil hallar tales escritores.

El «Retiro espiritual» del padre La Colombière, providencial divulgador de las revelaciones del Corazón de Jesús en Paray-le-Monial

DICE el padre Gallifet, que el «Retiro espiritual» de su maestro el padre La Colombière, fue «el primer medio de que se valió Nuestro Señor para hacer públicas, tanto la revelación, como la devoción a su Sagrado Corazón». El libro era publicado en 1684, a los dos años de su muerte, y en sus últimas páginas contiene su «Diario de Ejercicios», escrito en Londres a inicios de 1677, donde transcribe la gran revelación de junio de 1675 en que el Corazón de Jesús nos da a conocer cómo ama hoy a los hombres, y la queja de que su amor no es acogido, en especial por quienes le están consagrados, y pide una fiesta

propia para reparar tanta frialdad e ingratitud como recibe en el sacramento de su amor.

No se había cumplido un año de la muerte del padre Claudio, y ya se hallaban reunidas y revisadas todas sus obras, y obtenido el privilegio real para editarlas, imprimiéndose en Lyon en seis volúmenes. En su dedicatoria decía el editor: «He escogido los Ejercicios Espirituales para imprimirlos lo primero, por dar a conocer ante todo la virtud sublime del autor». El Corazón de Jesús iba a aprovechar la edición para algo más, para dar a conocer a su vez la especial misión para la cual le había dado tal virtud.

Sorprende una publicación tan inmediata, pero más el que los lectores aprendieran en esta obra algo cuya importancia había pasado desapercibida a quienes la programaron. Éstos publicaban las extensas notas de los Ejercicios que el santo había hecho en Francia y, como para completarlas, añadieron unas pocas páginas más con las anotaciones de los Ejercicios de Londres. Para prevenir «*las perplejidades en que se encontrarían*» los lectores de estos segundos Ejercicios, al hacer su autor referencia en ellos al memorial que le hizo llegar Margarita María cuando salía de Paray-le-Monial camino de Inglaterra, las hicieron preceder de un «Aviso previo» en que se citan los tres artículos de un «papel» remitido al padre Claudio por «persona de probada virtud». Valoraban tan poco la importancia de las notas de estos segundos Ejercicios, que ni las mencionan en el sumario, pero para los planes del Corazón de Jesús sí tenía importancia el contenido de esas notas, y si los editores se hubieran percatado de ello, posiblemente se hubieran cuestionado el publicarlas.

Con todo, el relato de la revelación de su Corazón que se transcribe en dichas notas tampoco llamó excesivamente la atención de los piadosos primeros lectores. Así, en el propio monasterio de Paray, la asistente, encargada de preparar lo que debía leerse en el comedor, no se habría fijado en el contenido de las últimas páginas, que consideraría de recapitulación, y cuando aquel día se apresuraba la lectura para acabar ya el libro, se oyó: «*He conocido que Dios quería que le sirviera ha-*

ciendo cumplir sus deseos sobre la devoción que ha revelado a una persona con quien se comunica confidencialmente, y en cuyo favor se ha querido servir de mi debilidad». La comunidad interrumpió su refrigerio entre el general estupor, mientras Margarita María, con los ojos bajos y anonadada del susto, oía a continuación lo que un día ella le había escrito: «*Estando –dice esta santa alma– delante del Santísimo Sacramento un día de su octava...*», siguiendo el relato de la gran Revelación de 16 de junio de 1675.

Consigna de silencio sobre las revelaciones de Paray-le-Monial en los panegíricos del padre La Colombière

DESPUÉS de la muerte del padre La Colombière y tras la publicación del *Retiro*, se prodigaron los artículos necrológicos en su memoria, pero, extrañamente, todos silencian su devoción al Sagrado Corazón de Jesús. No sólo no hablan de las revelaciones de Paray-le-Monial, sino que si nombran esta ciudad, es sólo para decir que el padre fue allí a morir: «De su muerte no sabemos otra cosa sino que sucedió en Paray». La consigna de silencio sobre el Corazón de Jesús era absoluta, y así en su biografía, tras ser ordenado en Lyon se le hace pasar directamente a Inglaterra sin pisar siquiera Paray; y de Londres volver a Lyon para al poco morir en un lugar insignificante. Todos insisten en la excelencia del primer retiro, y en el voto de heroica fidelidad, pero nadie alude al retiro de los Ejercicios de Londres, ni a la narración de la aparición que en ellos se contiene, ni al acto de ofrecimiento al Corazón de Jesús con que termina. Panegíricos de los que dice el padre Guitton, S.I., que son magníficos elogios del Santo, pero que suprimen de un plumazo el coronamiento de su santidad y omiten la precisa misión para la cual Dios le había puesto en el mundo y otorgado sus gracias.

Pero los caminos del Corazón de Jesús no son los caminos de los hombres y, por la inadvertencia de unos, y pese a las consignas de silencio de otros, el *Retiro espiritual* fue abriendo el primer surco a la semilla de la devoción a su Corazón. Abierto el surco había que depositar en él buena y abundante semilla, y si los panegiristas oficiales del difunto padre La Colombière no querían oír hablar del Corazón de Jesús, y menos del mensaje de Paray-le-Monial, Margarita María tenía que buscar otras vías mediante sus amigas y confidentes. Les envía el *Retiro* con esta insinuante dedicatoria: «*La devoción se extiende por todas partes por medio de los “Ejercicios” del padre La Colombière*».

El inmenso amor del Corazón de Jesús a los hombres, que le ha llevado a su Pasión y a quedarse en el Santísimo Sacramento, objeto de la devoción, según el librito de Dijon

HEMOS expuesto ya como a instancias de Margarita María, la madre De Saumaise en Dijon encargó a su ayudante, la celosa hermana Juana Magdalena Joly, que compusiera un librito de oraciones que, con una introducción del capellán, se imprimió secretamente en 1686, y fue enviado a Roma para pedir nada menos que la aprobación de la misa que contenía; y cómo dicho envío, sin ser siquiera examinado, fue devuelto con la advertencia de que antes debía aprobarlo el ordinario del lugar, lo que providencialmente hizo el obispo de Langres.

Tras el éxito de este primer librito escrito en francés sobre la nueva devoción, la hermana Joly se sintió inspirada a escribir un manual que tituló: *Devoción al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Contiene los motivos y prácticas de esta devoción con el oficio, misas, letanías, corona y algunas oraciones*. Como la madre De Saumaise, a requerimiento formal de Margarita María, había advertido a la hermana Joly de no mentar el texto del *Retiro* del padre La Colombière en que exponía el origen sobrenatural de la devoción recibida en Paray, sólo al margen se remitía a la página del volumen de su obra en que se halla.

Las diez primeras páginas del manual, obra de un buen teólogo, como lo era el capellán de la casa, exponen claramente el objeto de la devoción pedida en Paray: «*El inmenso amor del Corazón del Hijo de Dios que le ha llevado a entregarse por nosotros a la muerte, y a darse a nosotros en el Santísimo Sacramento, sin que todas las ingraticudes, las negligencias, las tibiezas, las irreverencias, las injurias, los oprobios y los ultrajes que debía recibir en este estado de hostia inmolada hasta el fin de los siglos (y que le eran todos perfectamente conocidos), hayan podido impedir a este Corazón amoroso entregarse de nuevo a los insultos y a los oprobios de los hombres... Esto es lo que ha excitado el celo y la piedad de varias personas, que tomando a pecho los intereses de su divino Maestro, no pueden sufrir ver su amor despreciado, o al menos olvidado, sin testimoniarle su justo dolor y el deseo que tienen de repararle mediante algún retorno de amor y de homenajes*». Y añade que los que quieran honrar particularmente a este Corazón sagrado, se deben consagrar a Él en una ferviente comunión, el viernes que sigue a la octava del Santísimo Sacramento.

La ortodoxia de este manual se acredita con una

solemne aprobación canónica: «Nos, Antonio Amat, sacerdote, doctor en teología, canónigo y arcediano de la catedral de Langres, vicario general del ilustrísimo señor obispo, duque del dicho Langres, par de Francia, hemos leído con edificación el manual de la devoción al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, y lo aprobamos con gusto, en la persuasión de que todo verdadero cristiano debe dirigirse a él para que sólo se ocupe su corazón de lo que llenaba el Corazón de Jesucristo. Dado en Langres a 5 de septiembre de 1689. Firmado: Amat, Vicario General». Con tal garantía el librito fue enviado a todos los monasterios de la Visitación.

El relato de la gran aparición del Retiro del padre La Colombière en el librito de la madre De Soudeilles, de Moulins

MARGARITA María envió también un ejemplar del *Retiro* del padre La Colombière —«a quien veneramos como un santo»— a la madre De Soudeilles, superiora del monasterio de Moulins, con esta estimulante nota: «No podréis creer la gran devoción que nuestras hermanas de Sémur [cuya superiora era la madre Greyfié] reconocen haber sacado de su lectura». La madre De Soudeilles se entusiasmó, y al punto le pidió los restantes tomos de los sermones del padre Claudio, que ésta le remitió, no sin advertirle que, aunque cuestan seis libras y diez sueldos, no le envíe dinero, o dejarán de ser amigas, sugiriendo pago en especie, ya que su recompensa será saber que también ella quiera ser del todo del Corazón de Jesús. La madre De Soudeilles capta la insinuación y decide publicar también su librito, pero, advertida de la capital importancia del texto del *Retiro espiritual*, lo incluye, pues ve que su omisión, aunque atendía al deseo de Margarita María de pasar desapercibida, dejaba a la nueva devoción falta de justificación ante las críticas de novedad. ¿Por qué había que introducir esta devoción, si no se explicaba que era el mismo Jesús quien la había pedido precisamente aquí y ahora?

Así, sin decirle nada a la hermana Margarita María, transcribe en su librito el revelador pasaje en que La Colombière narra la gran aparición de junio de 1675. Añade una breve declaración sobre el origen de la devoción, unas letanías al Corazón de Jesús y otras al Corazón de María, y la impresionante consagración que le ha enviado su confidente de Paray, de la que —dice el padre Hamon— el mismo Jesús ha querido elegir los pensamientos si no las palabras: «Yo me entrego y consagro al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo mi per-

sona y mi vida, mis acciones, penas y sufrimientos... poniendo toda mi confianza en Vos», prelude de nuestro actual ofrecimiento del Apostolado de la Oración. Incluye también un acto de desagravio, que no dice de dónde procede, en el que, tras unas invocaciones propias de la devoción anterior a Paray: «Haced, Corazón bondadoso, que mi corazón no se aleje ya de Vos, que sus afectos sean regidos por los vuestros, que sus deseos, sus pensamientos sean conformes a los vuestros. Haced, en fin, que no viva, no actúe, no respire, no suspire y no tenga ningún movimiento sino para Vos. Sed su Rey, su Esposo, su Amigo, su Guía, su Esperanza, su Apoyo, su Alegría, su Todo, en el tiempo y en la eternidad», introduce la novedad de la respuesta pedida a la dulce queja del Corazón de Jesús a Margarita María: «Desagraviándoos de todas las indignidades, profanaciones, tibiezas y desprecios que sufrís cada día de mí y de todas las criaturas en el más amable de los misterios».

La madre Soudeilles en 1687 hace imprimir con todo ello un librito de una quincena de páginas bajo el título de *La devoción al Corazón de Jesucristo para los primeros viernes de cada mes*. Margarita María al recibirlo escribe: «Enviadnos más libritos del Sagrado Corazón, pues no podéis imaginar con cuánto afán nos los piden... Muestran aquí tanto empeño por ellos, que no se puede contentar más que a medias la devoción de todos» (Cartas 88 y 91).

El «suavísimo encargo» de difundir el tesoro del Corazón de Jesús

MARGARITA María, que tiene en sus manos los libritos de los conventos de Dijon y Moulins, comprende que son excelentes fórmulas de piedad, pero no instruyen, y las pocas páginas en que exponen los motivos de la devoción son insuficientes para fundamentarla, por lo que resuelve recurrir a personas de reconocida ciencia teológica y celo de Dios. Pensó desde el principio que debían ser los discípulos del padre La Colombière quienes continuaran su obra, pues el Corazón de Jesús le decía que quería servirse de la Compañía para difundir su devoción, y así en 1686 propuso a su director espiritual padre Rolin, S.I., que le había mandado escribir su vida, que él escribiera a su vez una obra fundamentando la nueva devoción. Este padre era poco constante —como hemos visto en el asunto del grabado— y no escribió nada, por lo que Margarita María propone a cada jesuita que ve afecto, que escriba sobre el Corazón de Jesús, y así en junio de 1688, y para el día

de su fiesta, el padre Antonio Gette, S.I., cumpliendo su encargo, le enviaba un corto oficio litúrgico, que Margarita María remitió de inmediato a Dijon, para poder ser publicado, como hemos visto, en el librito de la hermana Joly, oficio que, incluido luego por el padre Croiset en su libro, tantos problemas le traería.

En la fiesta de la Visitación de Nuestra Señora, el 2 de julio del año 1688, la propia Virgen María confía, conjuntamente a la Orden de la Visitación y a la Compañía de Jesús el encargo de dar a conocer el «tesoro» del Corazón de su Hijo. En el altar mayor de la capilla de la residencia de los jesuitas de Paray-le-Monial, en un gran mosaico se muestra al Corazón de Jesús sobre un trono de llamas con su llaga, de la que salen rayos ardientes. A un lado está la Santísima Virgen y al otro están san Francisco de Sales, el padre La Colombière y las religiosas de la Visitación. La Virgen María invita a sus hijas a que se acerquen, y mostrándoles el divino Corazón de su Hijo, les dice: *«He aquí el divino tesoro que se os ha manifestado particularmente a vosotras por el tierno amor que mi Hijo profesa a vuestro Instituto»*. Luego, dirigiéndose a san Claudio la Colombière, le dice: *«Si a las hijas de la Visitación les ha sido confiado el encargo de dar a conocer, amar y distribuir a los demás este precioso tesoro, a los padres de vuestra Compañía les está reservado el presentar y dar a conocer su utilidad y valor, a fin de que se aproveche de ella, recibéndola con el respeto y el reconocimiento debidos a tan gran beneficio. Y en la medida que ellos le darán este gusto, este divino Corazón, fuente fecunda de bendiciones y de gracias, las derramará tan abundantemente sobre las funciones de su ministerio, que producirán frutos más allá de sus trabajos y de sus esperanzas, e incluso para la salvación y la perfección de cada uno de ellos en particular»*.

La queja del Corazón de Jesús «El Amor no es amado» en *La verdadera devoción al Sagrado Corazón de Jesucristo*, del padre Francisco Froment, S.I.

LA Visitación y la Compañía de Jesús desde el 2 de julio de 1688 se hallan comprometidas, y ya no podrán desinteresarse de la difusión de la devoción al Corazón de Jesús sin dejar de ser lo que Dios quiere de ellas. A partir de entonces Margarita María propondrá a todo jesuita bien dispuesto el *«presentar y dar a conocer su utilidad y valor»*. El padre Francisco Froment, S.I., nombrado en otoño de 1688 prefecto del pequeño colegio de la ciudad y confesor del convento de la



Visitación, fue el primero al que le pide que escriba un libro amplio sobre la devoción. El padre acepta y se dedica a ello de inmediato, de modo que en 1690, antes de la muerte de la Santa, ya tenía escrito el texto, que años después se publicaría con el título de *La verdadera devoción al Sagrado Corazón de Jesucristo, por el P. XXX, de la Compañía de Jesús*.

El padre Froment encabeza su libro con un grabado que presenta a Cristo, nuevo Sansón, con el lema del libro de los Jueces: «Ahora me ha abierto su corazón» (Jc 16-18), que evocaría la revelación de 27 de diciembre de 1673 cuando, reposando Margarita María, cual nueva Dalila, *«sobre su divino pecho»*, Jesús *«me descubrió —dice ella— los secretos inexplicables de su sagrado Corazón, que me había tenido siempre escondidos hasta entonces, y que me abrió por primera vez»*. El libro, de 415 páginas, tras un capítulo dedicado a la llaga del costado y a la imagen del Corazón de Jesús, expone en su primera parte la historia de la devoción, y en la segunda su naturaleza y motivos, concluyendo la tercera con los modos de practicarla.

El padre Glotin, S.I., encomia este libro, que califica como el más incisivo de los entonces escritos. Dice que es un grito: *«El Amor no es amado»*, queja del Corazón de Jesús en junio de 1675, que Froment evoca en los profetas. Es el lema que preside la imagen de san Claudio la Colombière en su capilla de Paray, en que aparece con un libro

abierto en las manos, en el que está escrito el grito de su consagración: “*Él ama y no es amado*”. Es el grito de Paray, el grito del hombre a la vista del Corazón martirizado de su Dios redentor, tan particularmente sensible –decía Margarita María– a los pecados secretos de su pueblo escogido. “*Él sabía desde el principio, escribe san Juan, quienes eran los que no creían, y quien era el que le iba a entregar*”. ¡Cuán actual es para los enamorados de Jesús este grito de san Claudio: ¡Sí, Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por siempre: “*Él ama, pero hoy no es amado*”. ¿Cuándo lo será por fin?» (Eduard Glotin, S.I.)

Apuros de Margarita María tras encargar a un tiempo a dos jesuitas un libro sobre el Corazón de Jesús, sin que lo sepa uno del otro

POR qué habiendo terminado su libro en 1690 no se publicó entonces? ¿Se desanimó el padre Froment cuando supo que, sin decirle nada, el mismo encargo se le había hecho al padre Croiset? ¿Se trataba de que Croiset no supiera que otro se le había adelantado? Margarita María, en dos cartas de 1690 al padre Croiset, le cuenta cómo, pensando que dos libros serían mejor que uno, había hecho a un tiempo a ambos jesuitas el mismo encargo, sin que lo supieran el uno del otro, por lo que tiene que disculparse: «El P. Froment ha compuesto un libro entero en honor del divino Corazón de Jesús, y lo va a enviar a Lyon para que lo impriman; estaba empezado antes que el vuestro. En cuanto este padre vio el vuestro, se disgustó algo de que no se lo hubiera advertido, hasta que le hice entender (piadosa mentirijilla de la santa) que el libro se había hecho sin mi participación. Sin embargo, no tiene idea de desistir, y está resuelto a continuar su obra, aunque le he dicho otra vez que el autor del primer libro componía meditaciones. El padre Froment supo desde luego que erais vos, y os confieso que no os hablé de ello por temor de que os causara pena la ejecución de una obra que Dios pide de vos. He aquí, por tanto, lo que tendría que disgustar al uno y al otro; pero no debéis desistir por nada de lo que suceda. Creo que haríais bien en escribir al padre Froment, sin decirle que yo tengo parte en ello. En nombre de Dios, y por justas razones, no le hagáis mención de mí; al contrario, hacedle comprender que habéis seguido en esto la inspiración que tuvisteis al ver el librito de Dijon, y animado por la persuasión de varias personas devotas de ese divino Corazón».

Publicación y silencio sobre el libro del padre Froment

EL hecho es que el libro no se publicó entonces. En 1696, y hallándose el padre Froment en Gray, el provincial de Lyon, padre Gabriel Jacob, tras el riguroso examen de tres censores jesuitas, dio la aprobación de este volumen, que no aparecería sino anónimo en 1699, publicado en Besançon con la aprobación de su arzobispo, que hace saber que la obra es de «una sólida piedad fundada sobre la autoridad de los doctores de la Iglesia, y sobre los sentimientos de los santos más ilustres de los siglos pasados. Lo que hace ver que esta devoción, siendo muy antigua, merece ser renovada para excitar en las almas de los fieles un ardiente amor de Nuestro Señor Jesucristo». El padre Froment moría tres años después en Grenoble. No debía ser este libro el instrumento elegido por el Corazón de Jesús para popularizar su devoción y culto, pues sus designios de providencia han permitido que el silencio casi absoluto cayera sobre esta magnífica obra, no habiendo sido reeditada en dos siglos, hasta publicarse una corta edición en Bruselas en 1881, inaccesible hoy al devoto lector.

El apóstol que Jesucristo había escogido para popularizar la devoción a su Sagrado Corazón sería uno de los estudiantes jesuitas del colegio de Lyon, a quien el director espiritual Claudio la Colombière, como Elías a Eliseo, le transmitió, con el mensaje, «su mismo celo». Era el padre Juan Croiset, S.I., del que su compañero de estudios, José Gallifet escribe: «Habiendo muerto el padre la Colombière, Nuestro Señor suscitó poco después con idéntico fin otro padre de la misma Compañía... a quien inspiró el mismo celo. Le condujo a Paray, en donde conoció a la hermana Margarita María... que le abrió su corazón y le confió los secretos de su alma y las gracias que recibía. Éste fue el nuevo apóstol que Jesucristo había escogido para escribir sobre la devoción a su Sagrado Corazón».

De cómo conoció el mensaje de Paray, y de cuál fue la respuesta de este apasionado joven jesuita, a quien Margarita María llama «mi muy querido hermano en el Corazón de Jesús», y al que anuncia que «*Nuestro Señor le hace participar de los ardores de su Corazón*» porque «*ya luego le irá dando alguna participación en sus humillaciones*», las que sufriría acusado del dulce delito de «*propagar la devoción al Corazón de Jesús con ardor algo demasiado impetuoso*», lo contaremos, Dios mediante, en próximos artículos.

A los cuarenta años de la encíclica *Pacem in terris* (V)

JOSÉ M^a PETIT SULLÁ

DESPUÉS de haber recordado la encíclica que todo poder proviene de Dios pone de relieve, como lo había hecho León XIII en su encíclica *Diuturnum illud*, que la debida obediencia a la legítima autoridad no degrada al ciudadano porque no obedece a otro hombre sino a Dios. Lo expresa en palabras muy precisas.

De esta manera queda también a salvo la dignidad personal de los ciudadanos, ya que su obediencia a los poderes públicos no es sujeción de hombre a hombre, sino que, en su verdadero significado, es un acto de homenaje a Dios creador y providente, quien ha dispuesto que las relaciones de la convivencia sean reguladas por un orden que Él mismo ha establecido; y rindiendo homenaje a Dios no nos humillamos, sino que nos elevamos y ennoblecemos, ya que «servir a Dios es reinar».³³

Es tan claro para un cristiano que la autoridad viene de Dios que si abusando de su función vicarial respecto a Dios quien detenta la autoridad manda algo contrario a la ley de Dios dicho mandato no obliga al cristiano, antes al contrario. Esta doctrina que exasperó a los emperadores romanos y que se mostró primero antianglicana y después antigalicana ha causado muchos mártires entre los buenos católicos a lo largo de la historia de la Iglesia

La autoridad, como está dicho, es postulada por el orden moral y deriva de Dios. Por tanto, si las leyes o preceptos de los gobernantes estuvieren en contradicción con aquel orden y, consiguientemente, en contradicción con la voluntad de Dios, no tendrían fuerza para obligar en conciencia, puesto que «es necesario obedecer a Dios más bien que a los hombres»;³⁴ más aún, en tal caso, la autoridad dejaría de ser tal y degeneraría en abuso. Así lo enseña santo Tomás: «En cuanto a lo segundo hay que decir que la ley humana, en tanto tiene razón de ley, en cuanto que es conforme a la recta razón, y según esto es manifiesto que deriva de la ley eterna. Por el contrario, cuando una ley está en contradicción con la razón, se la llama ley injusta, y así no tiene razón de ley, sino que más bien se convierte en una especie de acto de violencia».³⁵

Algunos han pretendido presentar esta inamovible doctrina como una ingerencia de la Iglesia en el

poder civil. Pero no es este el sentido de la enseñanza de la Iglesia, como lo recuerda Juan XXIII.

Del hecho de que la autoridad derive de Dios no se sigue el que los hombres no tengan la libertad de elegir las personas investidas con la misión de ejercerlas, así como de determinar las formas de gobierno y los ámbitos y métodos según los cuales la autoridad se ha de ejercitar. Por lo cual, la doctrina que acabamos de exponer es plenamente conciliable con cualquier clase de régimen genuinamente democrático.³⁶

Habiendo dejado en total claridad que el poder humano procede de Dios como de su fuente señala, con toda la doctrina católica tradicional, la razón de ser de dicha autoridad humana, que no es otra que la consecución del bien común. Que la prosecución del bien común es la razón de ser de los poderes públicos plantea necesariamente la realidad de eso que la Iglesia ha llamado siempre «bien común». Esta noción tan importante supone que la sociedad tiene un fin que está por encima de los intereses particulares, tantas veces antagónicos. El bien común no es en modo alguno el bien de la mayoría como se dice desde el liberalismo democrático. Este extraño principio que después se quiere compensar hablando del derecho de las minorías en una amalgama de conceptos contradictorios y que sirve meramente para introducir en la legislación normas y leyes contra el derecho natural alegando que hay grupos disconformes con dichas leyes.

La prosecución del bien común constituye la razón misma de ser de los poderes públicos, los cuales están obligados a actuar reconociendo y respetando sus elementos esenciales y según los postulados de las respectivas situaciones históricas.³⁷

El bien común supone una naturaleza humana común en su máxima universalidad. No puede llamarse bien común esencial y prioritario lo que determina a una comunidad frente a otra. El bien común no surge de una determinada doctrina ni de una determinada historia. El bien común alcanza al hombre en cuanto a hombre. El bien de todos no es el resultado de una acción humana sino anterior a ella.

36. Cf. León XIII, Carta encíclica, *Diuturnum illud*, *Acta Leonis XIII*, II, 1881, pp. 271-272; Pío XII, *Mensaje navideño* de 1944, AAS XXXVII, 1945, pp. 5-23.

37. Cf. Pío XII, *Mensaje navideño*, 1942, A. A. S. XXXV, 1948, p. 13; y León XIII, Encicl. *Immortale Dei*, *Acta Leonis XIII*, V, 1885 p. 120.

38. Cf. Pío XII, Enc. *Summi Pontificatus*, AAS XXXI, 1939, pp. 412-453.

33. Cf. *Ibid.*, p. 278 y la Enc. *Immortale Dei*, *Acta Leonis XIII*, V, 1885, p. 130.

34. *Act.* 5, 29.

35. *Summa Theol.* Ia, IIae, q. 93, a. 3 ad 2^{um}: cf. Pío XII, *Mensaje navideño* de 1944, AAS. XXXVII, 1945, pp. 5-23.

Son ciertamente considerados como elementos del bien común las características étnicas que contradistinguen a los varios grupos humanos.³⁸ Ahora bien, esos valores y características no agotan el contenido del bien común, que en sus aspectos esenciales y más profundos no puede ser concebido en términos doctrinales y, menos todavía, ser determinado en su contenido histórico, sino teniendo en cuenta al hombre, siendo como es aquél un objeto esencialmente correlativo a la naturaleza humana.³⁹

Y como la naturaleza humana implica la totalidad de sus apetencias y el orden de las mismas no puede el poder público atender sólo a las necesidades del cuerpo sino que también debe atender a las del espíritu, respetando la jerarquía de valores. No puede pues decirse que la autoridad civil no deba tener muy presente la realidad espiritual del hombre tanto como la material o corporal.

Pero aquí hemos de hacer notar que el bien común alcanza a todo el hombre, tanto a las necesidades del cuerpo como a las del espíritu. De donde se sigue que los poderes públicos deben orientar sus miras hacia la consecución de ese bien, por los procedimientos y pasos que sean más oportunos: de modo que, respetada la jerarquía de valores, promuevan a un mismo tiempo la prosperidad material y los bienes del espíritu.⁴²

Todos estos principios están condensados con exacta precisión en un pasaje de nuestra encíclica *Mater et Magistra*, en que dejamos establecido que el bien común consiste y tiende a concretarse «en el conjunto de aquellas condiciones sociales que consienten y favorecen en los seres humanos el desarrollo integral de su propia persona».⁴³

Ahora bien, el hombre, que se compone de cuerpo y alma inmortal, no agota su existencia ni consigue su perfecta felicidad en el ámbito del tiempo: de ahí que el bien común se ha de procurar por tales procedimientos que no sólo no pongan obstáculos, sino que sirvan igualmente a la consecución de su fin ultraterreno y eterno.⁴⁴

Recuerda el pontífice la íntima relación entre el bien común y los derechos del hombre sin olvidar nunca sus correspondientes obligaciones.

De ahí que los deberes principales de los poderes públicos consistirán sobre todo en reconocer, respetar, armonizar, tutelar y promover aquellos derechos, y en contribuir, por consiguiente, a hacer más fácil el cumplimiento de los respectivos deberes. «Tutelar el intangible campo de los dere-

chos de la persona humana y hacer fácil el cumplimiento de sus obligaciones tal es el deber esencial de los poderes públicos».⁴⁵

Pero el bien común no se alcanza si no hay un ambiente verdaderamente «humano» de tal manera que no unos u otros sino «todos» encuentren fácil el ejercicio de sus derechos y el cumplimiento de sus obligaciones. Este panorama es obvio que no puede alcanzarse en el sistema liberal que se funda sobre el falso principio de que el egoísmo de unos redundará en el bien colectivo. El Estado que considera la encíclica *Pacem in terris* como ideal es un tipo de Estado con una connotación orgánica y convenientemente intervencionista en favor de los más necesitados. Sin esta cuidada intervención los derechos del hombre son meros «vocablos» desprovistos de contenido real.

Es además una exigencia del bien común el que los Poderes públicos contribuyan positivamente a la creación de un ambiente humano en el que a todos los miembros del cuerpo social se les haga posible y se les facilite el efectivo ejercicio de los derechos mencionados así como también el cumplimiento de sus respectivos deberes. De hecho, la experiencia atestigua que, dondequiera que falte una apropiada acción de los poderes públicos, los desequilibrios económicos, sociales y culturales de los seres humanos tienden, sobre todo en nuestra época, a acentuarse más bien que a reducirse, y se llega por lo mismo a hacer que «derechos y deberes del hombre» no sean más que vocablos desprovistos de toda eficacia.

Se aventura el pontífice a hacer una lista de acciones propias del poder público donde al desarrollo económico le corresponda un igual progreso social. A decir verdad este párrafo de la encíclica recuerda hoy, a los cuarenta años de la encíclica, un modelo de estado más semejante al que tenía en aquella época España que el que hoy se considera obligatorio en virtud del principio democrático que, o bien se decanta por un socialismo que no respeta al individuo o se configura como Estado liberal despreocupado de la mejora social de todos los individuos, principalmente los más desfavorecidos. Y no olvida el beato Juan XXIII señalar como una de las obligaciones de los poderes públicos el «crear condiciones idóneas para la vida religiosa».

Es por eso indispensable que los poderes públicos pongan esmerado empeño para que al desarrollo económico corresponda igual progreso social, y que en proporción de la eficiencia de los sistemas productivos se desarrollen los servicios esenciales como la red de carreteras, los transportes, el sistema de créditos comerciales, la traída de aguas, la vivienda, la asistencia sanitaria, la instrucción y, por fin, la creación de condiciones idóneas tanto para la vida religiosa como para las expansiones recreativas.

45. Cf. Pío XII, *Mensaje en la fiesta de Pentecostés*, 1 de junio de 1941, AAS XXXIII. 1941, p. 200.

39. Cf. Pío XI, Enc. *Mit brennender Sorge*, AAS XXIX, 1937, p. 159; y Encicl. *Divini Redemptoris*, AAS XXIX, 1937, pp. 65-106.

42. Cf. Pío XII, Enc. *Summi pontificatus*, AAS XXXI, 1939, p. 433.

43. AAS LIII, 1961, p. 19.

44. Cf. Pío XI, Enc. *Quadragesimo Anno*, AAS XXIII, 1931, p. 215.



Pequeñas lecciones de historia

La entrada de Teresita en el Carmelo (I)

GERARDO MANRESA

CORRÍA el mes de marzo de 1887. María, su madrina, estaba haciendo el noviciado y Teresa se siente llamada a ingresar en el Carmelo. Sólo «su madrecita» Paulina, sor Inés de Jesús, la anima y apoya, María piensa que es demasiado joven; Celina, adivina lo que está pasando en Teresa y a partir de entonces será su confidente. Teresa tiene catorce años. El abate Pichon, que conoce bien a toda la familia, le apoya y le dice que pida el permiso para entrar al obispo y, si éste le dice que no, que llegue hasta el papa. No sabemos si el abate sabía lo de la peregrinación a Roma o fue sólo una afirmación para animarla a proseguir en su empeño; creo en la primera posibilidad pues era muy amigo de la familia. Desde aquel momento Teresa y su «madrecita» se propusieron hacer posible su entrada en el Carmelo para el año siguiente, 1888, a los quince años.

Faltaba decírselo a su padre. El primero de mayo su «Rey» tiene un ataque de hemiplejía, que le afecta físicamente, pero no a las facultades intelectuales. El día de Pentecostés, su «Reinecita» va a presentar ante los ojos del padre el más cruel de sus sacrificios: su «Reinecita» pide a su «Rey» permiso para dejarlo por otro Rey más grande. El apoyo del padre es total. Este precioso relato nos lo explica Teresita en sus escritos y nos muestra lo que es la generosidad de un padre ante lo que Dios le pide.

Sor Inés lo consulta en el Carmelo y obtiene la aprobación de la madre priora, María de Gonzaga, de la madre Genoveva y de la mayoría de las hermanas. Pero se presentan las primeras dificultades: el padre Delatrotte, párroco de San Pedro y superior del Carmelo, que precisamente está recibiendo muchas críticas en Lisieux por negar la entrada en el Carmelo a la hija de una familia influyente, se niega a dar el permiso para Teresa. Pero sor Inés de Jesús, su principal valedora, habla con el capellán de las carmelitas, el abate Youf, el cual le responde: «Es una niña encantadora, ¡yo la quiero mucho! Si su incomparable padre tiene el heroísmo de llevarla ante Monseñor, que vaya derecho a Bayeux y espero un buen resultado». Esto animó al señor Martin a ir a ver al obispo.

Mientras, el 31 de agosto, tiene lugar la ejecución de Pranzini, asesino arrepentido en el último momento por las oraciones de Teresa. Este hecho la anima a insistir en su entrada porque ve las almas que puede salvar desde el Carmelo.

Todos conocemos el resultado negativo de la entrevista con el obispo. Su «madrecita», sor Inés de

Jesús, recuerda bien aquello que el abate Pichon les había dicho. El señor Martin, con sus hijas Celina y Teresa se habían inscrito en la peregrinación de la diócesis a Roma para el jubileo del papa León XIII y Teresa y Paulina plantean la posibilidad de hablar al papa durante su audiencia.

En un principio, después de pensarlo y, a pesar de las ganas que tienen las dos de hablar con el papa, se imponen la consigna del silencio. El tren de la peregrinación a Roma sale el día 7 de noviembre. Teresa parte con esta consigna, pero sor Inés de Jesús, que no se resigna, sigue buscando razones para hablar al papa.

El día 10 de noviembre, tres días después de partir la peregrinación, le escribe la siguiente carta:

«Te había dicho que no pidieses nada al Santo Padre; hoy, nuestra madre y la madre Genoveva te aconsejan que hables, en el caso, claro está, de que tu tengas deseos de hacerlo.

»... Que no tiemble tu corazoncito, no hagas caso de la mucha gente que habrá a tu alrededor: ¡qué importa que te oigan! Nada absolutamente.

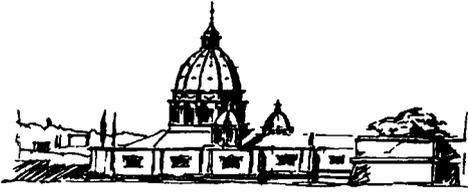
»Pregunta a Jesús cómo tienes que obrar; a él le toca enseñártelo, puesto que vas a hablar por su amor.

»Piensa que es a Jesús mismo a quien hablas; eso te ayudará. En otro tiempo, durante su vida mortal, los judíos no se avergonzaban de manifestarle sus necesidades en medio de las muchedumbres; tú no te avergüences tampoco, habla y nada temas.

»*Sobre todo, que el señor Revérony (vicario general de la diócesis) no sepa nada de esta carta; no sabes el daño que eso podría acarrear. No te abro mi pensamiento sino después de haber reflexionado mucho. La madre Genoveva me decía ayer: “Sobre todo, no le impedáis que hable al Santo Padre”. Nuestra Madre es de la misma opinión; era, pues, para mí un deber levantarte la prohibición. Lo demás corre de tu cuenta; haz lo que Jesús te inspire; ¡en verdad es una ocasión estupenda!*

»*Ánimo. Sobre todo, no te dejes acobardar por una primera negativa, piensa en la perseverancia de la cananea. Si el Santo Padre tiene aspecto de decir que no, tú debes insistir: «¡Oh, Santísimo Padre, no me lo podéis negar, bien sabéis que Jesús dijo: “Dejad que los niños vengan a mí”».*

La audiencia tuvo lugar el día 20 de noviembre y Teresita nos explica en sus manuscritos la escena, pero seguiremos viendo cómo desde Lisieux, su «madrecita», vela por ella.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

La familia, atacada

EL presidente de la Comisión para la Familia de la Conferencia Episcopal de Austria, el obispo Klaus Küng, ha advertido de la «dramática» situación del matrimonio y de la familia en toda Europa, marcada por el descenso de la natalidad y el aumento de los divorcios en una proporción «inimaginable hace treinta años». «Una sociedad –afirmó– puede ser sana sólo si promueve el ideal realizable de una familia con hijos, basada en el matrimonio», secundando «el difundido deseo» de una vida familiar «tradicional» en la que la fe juega un «papel fundamental». Se necesita «un cambio de mentalidad en lo relativo a la vida, los sentimientos y el amor».

El obispo de Feldkirch lamentó finalmente la «absurda y perjudicial erotización de la sociedad» haciendo hincapié en la importancia de «una educación sexual adecuada a la edad y completa» para los niños, que corresponde «en primer lugar a los padres».

Botón de muestra de este ataque a la familia en todo el mundo lo tenemos en el proyecto de ley del Parlamento mexicano que quiere gravar con un impuesto la educación privada (mayoritariamente de inspiración cristiana), afectando a miles de personas que hacen esfuerzos titánicos para enviar a sus hijos a esas instituciones y que les impediría obtener para ellos la educación que los padres desean. Cosa parecida pretende realizar el Partido Socialista en Cataluña si gana las elecciones al gobierno de la Generalitat, anunciando el fin de todo concierto económico para las escuelas privadas.

Clausura del Año del Rosario

TRAS su peregrinación al santuario de la Virgen del Rosario en Pompeya y que ha constituido la coronación del Año del Rosario, el papa clausuró este año dedicado a la salmodia mariana.

«Con el mes de octubre se concluye el Año del Rosario. Estoy profundamente agradecido a Dios por este tiempo de gracia –explicaba el papa–, en el que toda la comunidad eclesial ha podido profundizar en el valor y la importancia del Rosario, como oración cristológica y contemplativa»

«Contemplar con María el rostro de Cristo» ha sido el «lema» de este Año del Rosario. El Rosario, «camino mariano», se ha propuesto como senda privilegiada para crecer como «contempladores del rostro de Cristo» y, en la escuela de María, «auténtica escuela de oración», profundizar en el «misterio» de Cristo.

Durante este año, el Santo Padre ha querido confiar al Pueblo de Dios dos grandes intenciones de oración: la paz y la familia. «Deseo –ha dicho– que todos los creyentes, junto con la Virgen, emprendan con decisión el camino de la santidad, teniendo la mirada fija en Jesús y meditando con el Rosario los misterios de la salvación. Este será el fruto más precioso de este año dedicado a la oración del Rosario.»

«Corazonada» en Madrid

Los días 18 y 19 de octubre tuvo lugar en Madrid la II Corazonada al Cerro de los Ángeles con el lema «Testigos en la vida pública», una peregrinación que surgió el año pasado por iniciativa de un grupo de jóvenes madrileños a raíz de las Jornadas Mundiales de la Juventud y que deseaban que Madrid tuviera también una peregrinación al estilo de las Javieradas navarras.

La primera convocatoria de la Corazonada superó todas las expectativas y condujo a la creación de la Coordinadora para la Organización de la Corazonada, con el apoyo de la Pastoral de Juventud de la diócesis de Getafe.

Los organizadores destacan que la participación de distintos grupos de jóvenes y movimientos peregrinando al Cerro de los Ángeles para venerar al Sagrado Corazón de Jesús es también un acto de profunda comunión eclesial. «En el Corazón de Jesús está la unión de la Iglesia», afirman convencidos.

El 25% de las víctimas del sida en el mundo son atendidos por la Iglesia

LA Santa Sede, gracias a sus instituciones en el mundo entero, provee el 25% de la atención total que se da a las víctimas de VIH/SIDA», afirmó el cardenal Claudio Hummes, O.F.M., arzobispo de Sao Paulo (Brasil) al inter-

venir en la sesión plenaria de las Naciones Unidas dedicada a combatir este virus.

La Santa Sede renovó ante las diferentes delegaciones reunidas en la ONU el compromiso de la Iglesia católica a favor de los enfermos de sida, «flagelo del siglo», y pidió medicinas para el Tercer Mundo, así como campañas de prevención y tratamiento «responsables» que se deben basar en una educación encaminada a un comportamiento sexual responsable, regido por «la abstinencia y la fidelidad matrimonial».

«La Santa Sede –aseguró el cardenal Hummes– intenta fortalecer más su compromiso y aumentar su colaboración en la lucha global contra el VIH/SIDA, mientras reafirma su creencia en el valor y el carácter sagrado de toda vida humana».

«Nos atrevemos a esperar que pronto aparezcan expresiones más concretas de voluntad política y valentía moral como ésta», concluyó su intervención.

Jubileo pontificio de Juan Pablo II

ESTE mes de octubre la Iglesia ha celebrado el vigesimoquinto aniversario de la elección papal del cardenal de Cracovia Karol Wojtyła. Juan Pablo II, junto con el beato Pío IX y León XIII, es el tercer papa en toda la historia en desmentir la frase tradicional recordada en la ceremonia de coronación de los papas: «Tu non videbis annos Petri» (No verás los años de Pedro).

Entre los acontecimientos más significativos que han tenido lugar en Roma estos días destaca la misa en la jornada del aniversario y un concierto en honor del Santo Padre. Durante dicha celebración, el papa volvió a poner su vida en manos de Dios y pidió la ayuda de los creyentes del mundo entero. Juan Pablo II recordó los sentimientos que le embargaron cuando, en el cónclave, a través del Colegio cardenalicio, Cristo también le dijo a él, como en una ocasión a Pedro en el lago de Genesaret: «Apacienta mis corderos». «Tuve que recurrir a la divina misericordia para que ante la pregunta: “¿Aceptas?”, pudiera responder con confianza: “En la obediencia de la fe, ante Cristo mi Señor, encomendándome a la Madre de Cristo y de la Iglesia, consciente de las grandes dificultades, acepto”». «Desde el inicio del pontificado –remarcó el papa–, mis pensamientos, mis oraciones y mis acciones han sido animadas por un único deseo: testimoniar que Cristo, el Buen Pastor, está presente y actúa en su Iglesia. Él está en continua búsqueda de cada oveja perdida, la vuelve a llevar al aprisco, cura sus heridas, atiende a la oveja débil y enferma y protege a la fuerte. Por este motivo, desde el pri-

mer día, no he dejado nunca de exhortar: «¡No tengáis miedo de acoger a Cristo y de aceptar su potestad!». Repito hoy con fuerza: «¡Abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo! ¡Dejaos guiar por Él! ¡Confíad en su amor!».

Beatificación de la madre Teresa de Calcuta

LA Jornada Mundial de las Misiones (19 de octubre) tuvo este año como protagonista a la madre Teresa de Calcuta (1910-1997). Juan Pablo II proclamó beata a la fundadora de las Misioneras de la Caridad durante la misa dominical.

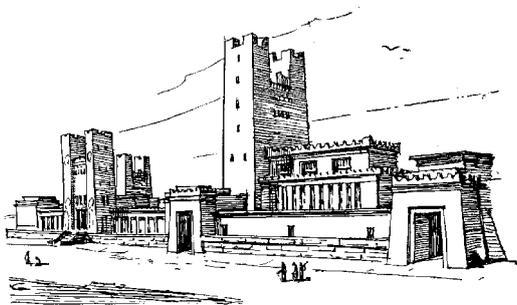
En lugar preferente junto al altar siguieron la celebración más de 3.500 pobres acompañados por medio millar de Misioneras de la Caridad tocadas con su característico sari blanco orlado en azul y millares de fieles de todo el mundo. Delegaciones oficiales de 27 países quisieron unirse a esta gran fiesta de la Iglesia universal.

Reproducimos a continuación algunos fragmentos de la homilía del Santo Padre:

«El que quiera ser el primero entre vosotros, sea esclavo de todos» (Mc 10,44). (...) Por esta lógica se dejó guiar la madre Teresa de Calcuta, fundadora de los Misioneros y de las Misioneras de la Caridad, que hoy tengo la alegría de inscribir en el catálogo de los beatos. Estoy personalmente agradecido a esta valerosa mujer, a quien siempre he sentido cerca de mí. Imagen del Buen Samaritano, ella se acercaba a cualquier lugar para servir a Cristo en los más pobres entre los pobres. (...)

»Con el testimonio de su vida, la madre Teresa recuerda a todos que la misión evangelizadora de la Iglesia pasa a través de la caridad, alimentada en la oración y en la escucha de la palabra de Dios. Emblemática de este estilo misionero es la imagen que refleja a la nueva Beata mientras sostiene, con una mano, la de un niño y, con la otra, recorre la corona del Rosario. (...)

»El grito de Jesús en la cruz, «Tengo sed» (Jn 19,28), expresando la profundidad del deseo de Dios por el hombre, penetró el alma de la madre Teresa y halló tierra fértil en su corazón. Saciar la sed de amor y de almas de Jesús, en unión con María, la madre de Jesús: esto se convirtió en el objetivo de la existencia de la madre Teresa y en la fuerza que la sacó de sí misma y la llevó a recorrer el mundo para trabajar por la salvación y la santificación de los más pobres entre los pobres. (...) La madre Teresa pone de relieve el significado más profundo del servicio: un acto de amor hecho al que tiene hambre, sed, al extranjero, al que está desnudo, al enfermo, al prisionero (Cf. Mt 25, 34-36) se hace al propio Jesús.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Erradicar el crucifijo de las escuelas

A veces un hecho aislado o incluso anecdótico adquiere carácter de signo. Signo de una tendencia profunda y general que sólo de vez en cuando se manifiesta públicamente, dejándose entonces ver con toda claridad. Es lo que acaba de ocurrir en Italia: mientras debatimos sobre las raíces cristianas de Europa (debatir es un decir: dos no debaten si uno no quiere y el laicismo dominante no está dispuesto ni siquiera a abrir el debate), el tribunal de la ciudad de Aquila ha dado la razón al recurso presentado por un musulmán contra la presencia del crucifijo en una escuela.

La agencia Zenit informa de que la denuncia contra la imagen de Cristo en la escuela materna y elemental «Antonio Silveri» de la pequeña localidad de Ofena fue llevada a los tribunales por Adel Smith, presidente de la Unión de los Musulmanes de Italia. La sentencia de treinta páginas, emitida por el juez Mario Montanaro, sostiene que «la presencia del crucifijo en las aulas de clase comunica un implícita adhesión a valores que no son realmente patrimonio común de todos los ciudadanos».

Acostumbrados a la imagen bienintencionada del mundo moderno que prevalece en medios clericales, el mundo real aparece de pronto con una violencia inusitada en hechos como éste. Esperamos que las protestas y las presiones que desde ámbitos católicos se están ejerciendo surtan efecto y esta inicua sentencia sea corregida, pero en cualquier caso haríamos bien en tomar nota y recuperar ese realismo que siempre ha sido nota propia del juicio de los católicos.

Un último peligro hay también que evitar: la defensa del crucifijo como un elemento cultural neutro, parte de una cultura nacional pero despojado de todo sentido cristiano. Ésta es precisamente la labor que, en el mundo judío, realizó el sionismo: presentar los elementos religiosos de la tradición judía como meros elementos nacionales. Así, un Ben Gurion, ateo, recomendaba la lectura de la Biblia, esa gran obra fruto del genio del pueblo judío. El crucifijo, nos lo acaba de recordar el papa, es «símbolo elocuente de la cruz de Cristo, manantial de luz, de consuelo y de esperanza para to-

dos los hombres de todos los tiempos». Por su fuerza, la fuerza de la redención, no puede ser reducido a mero objeto «cultural».

Como en Kabul: la burka llega a París

ENTRE los sucesos del mundo real, tan alejado de la imagen idílica que nos quieren imponer, destaca el avance del islam (el real, no aquel que sólo existe en las mentes de los intelectuales marxistas reciclados) en Europa. En este avance señalaremos la reciente aparición de la burka en Francia. Para quienes no lo recuerden, la burka es una capucha que cubre toda la cabeza de las mujeres musulmanas y que fue tomada como símbolo de la represión que el gobierno talibán en Afganistán ejercía sobre la población femenina. Ahora, informa *Proche Orient Info*, varias mujeres de la comunidad musulmana de Merisiers à Trappes (7.500 musulmanes en una población de 30.000 personas) han empezado a mostrarse con la burka.

No se trata del único caso. En Saint-Denis una profesora se negó a entregar a un alumno a su madre si ésta no se destapaba el rostro. También han aparecido mujeres ataviadas con dicha prenda en el Instituto Nacional de Lenguas y Civilizaciones Orientales de París; según el director de esta institución, con una fuerte proporción de conversas al islam. Aunque la llegada de la burka a Europa aún es limitada y anecdótica, no deja de ser significativa.

Suicidios en Iraq

NO nos referimos a los terroristas suicidas, que lamentablemente abundan entre las filas islamistas. En esta ocasión el ejército norteamericano está siendo acompañado en Iraq por otro «ejército»: un numeroso equipo de psicólogos, psiquiatras y asistentes sociales comandados por el jefe del programa militar de prevención de los suicidios. En un segundo plano debido al constante goteo de muertos por los ataques de la resis-

tencia iraquí, lo cierto es que el balance de suicidios entre las tropas norteamericanas se eleva ya a 14 soldados. Y de al menos una docena más se sospecha que su extraña muerte pueda haber sido voluntaria. La mayoría de estos suicidios han tenido lugar después del 1 de mayo, día en que fue proclamado, con evidente precipitación, el fin de las operaciones militares. Hasta el momento, informa *USA Today*, ya han sido repatriados 478 soldados por motivos de salud mental. Todo un grave problema a añadir a los efectos secundarios y no previstos de esta complicada fase de la guerra que continúa aumentando el número de sus víctimas.

Indonesia se escora hacia el islamismo

DE todos es sabido que Indonesia es, en la actualidad, uno de los focos más activos de islamismo. Ignorado por muchos, Indonesia es el país con mayor población musulmana del mundo: de sus 228 millones de habitantes, 200 son musulmanes. La actividad de los grupos islamistas indonesios, lejos de declinar, aumenta de día en día como lo atestiguan los sangrientos enfrentamientos que recorren el archipiélago en una guerra constante y de baja intensidad. De vez en cuando asistimos a un desbordamiento, como fue el caso del luctuoso atentado de Bali, hace ahora aproximadamente un año, que causó la muerte a más de doscientas personas. Un hecho reciente, del cual nos informa el *Sydney Morning Herald*, demuestra que el avance del islamismo, lejos de ser un fenómeno marginal, alcanza, en diversos grados, hasta a las más altas representaciones del Estado indonesio.

Durante la última Conferencia de Naciones Islámicas que reunió en Bangkok a 57 presidentes, entre los que se encontraban algunos de los dirigentes claves en la estrategia norteamericana posterior al 11-S como el presidente afgano, Hamid Karzai, el presidente pakistaní, Pervez Musharraf,

o el príncipe Abdullah de Arabia Saudita, tuvo lugar una intervención del presidente de Malasia, Mahathir Mohamad. Su discurso adoptó un tono polémico, acusando al pueblo judío de enviar a otros a luchar y morir por ellos y llamando a los musulmanes a luchar contra el enemigo común, el judaísmo, «con el cerebro y con la fuerza». Dichas afirmaciones fueron recibidas con aplausos generalizados por todos los presentes, si bien posteriormente, ante las presiones australianas y norteamericanas, muchos gobernantes marcaron distancias con las declaraciones de su homólogo malayo. Únicamente la presidenta indonesia, Megawati Sukarnoputri, a través de su portavoz, Marty Natalegawa, expresó su apoyo a las declaraciones de Mahathir, negándose a condenar dichas palabras.

Del suceso se pueden hacer, al menos, dos lecturas. En primer lugar, una vez más la animadversión hacia Israel es el punto de unión de un mundo islámico muy dividido. En segundo lugar, Indonesia sigue siendo uno de los bastiones del islamismo, ampliamente extendido incluso entre sus gobernantes y por tanto persistirá en el futuro como un peligroso foco de desestabilización en la zona.

Iglesias chinas demolidas

MIENTRAS participaban en un retiro espiritual, una docena de sacerdotes y seminaristas católicos fueron arrestados el pasado 20 de octubre en Gaocheng (distrito de Shigiazhuang), provincia china de Hebei, según denuncia la Fundación Cardenal Kung. Enmarcado en el recrudecimiento de la persecución anticatólica que sacude el país, en la misma provincia fue demolida el pasado 21 de junio una iglesia católica «romana» (no afecta a la «iglesia patriótica»). El silencio con el que los medios de comunicación occidentales cubren estos hechos resulta cada vez más atronador y significativo.

¡Oh, Jesús, si pudiese decir a todas las almas pequeñas cuán inefable es tu condescendencia!... comprendo que si, por un imposible, encontrases un alma más débil, más pequeña que la mía, te complacerías en colmarla de favores todavía mayores, si se abandonase con plena confianza a tu misericordia infinita.

SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS:
Manuscritos autobiográficos

ORIENTACIONES



BIBLIOGRÁFICAS

EVAN McIAN

Dios en el Ritz

Lorenzo Albacete

Trad.: M^a Elena Barro Rodríguez

Barcelona, Herder, 2003

SIMPLIFICANDO, este libro es lo que sucede cuando a un hombre de ingenio, físico y teólogo, además de tantas otras cosas que va acreditando a lo largo de sus sencillas pero clarividentes explicaciones, se le atosiga a preguntas sobre los temas más variados y él considera oportuno erigirse en el defensor de la doctrina católica en todos ellos. Este libro es lo que pasa cuando un ejército de inteligencias secularizadas intenta poner contra las cuerdas a un hombre tocado por la gracia de responder sin generar batallas, buscando el punto de unión entre la mentalidad dominante y lo que nos ha dicho Juan Pablo II que es el hombre. Es lo que pasa cuando un hombre entiende que la mejor postura de un católico ante un mundo nihilista y posmoderno como en el que vivimos no es el parapeto y la anatematización del «otro», sino la cristiana caridad aplicada también al error en el pensamiento.

No se trata de que Lorenzo Albacete esté haciendo herejías, que no las hace, ni mucho menos, se trata de que va a buscar al interlocutor allá donde él está. No lo demoniza, sino que va hasta el fondo del corazón del hombre que tiene delante y recoge su deseo, sus necesidades más propiamente humanas, y las pone en relación con el tema del que se está hablando. Nos lo dice en la introducción, titulada «Una cucaracha entre gallinas», que intenta expresar cómo se sintió en el bar del Ritz cuando una legión de interrogadores intentaron probar la solidez de las respuestas de un sacerdote católico como él. Ahí nos dice: «Después, recordé lo que había aprendido de don Luigi Giussani, fundador del movimiento Comunión y Liberación, en el que había hallado mi hogar espiritual. Siempre podía recurrir a lo que tenía en común con mis interlocutores: el amor por la vida, el deseo de felicidad, la pasión por la paz, el respeto hacia las demandas de tolerancia. Dejaría que eso fuese la guía para mis respuestas a sus preguntas.»

Pero, lo que resulta realmente nuevo en el modo de ponerse ante sus entrevistadores no es esta canchales, nada común entre polemistas, sino una curiosa premisa que quizá es la que le permite que mantenga esa caridad intelectual durante todo el libro. Lorenzo Albacete entiende que su discusión

con el «otro» no es una oportunidad para aplicar el rígido esquema de su verdad al que tiene delante, sino que descubre al «otro» como a un don, como a alguien que es puesto delante de él por el «Otro» para que tenga oportunidad de verificar aquello en lo que él cree. Entiende que el «otro» no es una oportunidad para la cruzada sino una ocasión para descubrir en él a Cristo viviente, para recibir, por tanto, la unidad y la paz interior. Nos lo cuenta así: «Vi que las preguntas que me hacían eran las mismas que yo me planteaba, preguntas a las que tendría que hacer frente, si no deseaba que mi fe se convirtiese en una escapatoria de la carga de intentar llevar mi vida adelante en este mundo actual, que es como es».

Así, a lo largo de su amena lectura, este libro, que toca temas tan dispares como el sexo, la política, el dinero, el sufrimiento, la trascendencia, la libertad religiosa, la cultura actual, etc., va dejando, en aquel que se arriesga a leerlo, un poso de alegría, que no es más que el resultado de afirmaciones como: «el sufrimiento creativo es revolucionario: es la manifestación y el precio de la libertad. El sufrimiento creativo rechaza aceptar las explicaciones y los consuelos del poder. En cambio, en el diálogo del sufrimiento, nos hacemos más profundamente humanos en la medida en que nos afanamos por alcanzar la trascendencia. Esta es la esencia del sufrimiento creativo y es aquí donde se afirma nuestra identidad». O bien, a través de esta innovadora forma de plantear la revelación y la fe como «la presencia del Misterio aquí y ahora; la respuesta a la revelación se llama fe. La fe es el reconocimiento de la presencia del Misterio a través de las realidades terrenales».

Es decir, nada nuevo con respecto a la doctrina católica de toda la vida, pero sí algo innovador para el hombre de a pie, colonizado e incluso preso de un prejuicio que a veces le incapacita para escuchar el sermón de siempre, pero que sigue esperando un mensaje salvador que corresponda a su corazón y que pueda entender.

Lo dicho: un libro interesante y divertido para todo aquel que disfrute de las inteligencias afiladas y los temperamentos tranquilos. Lorenzo Albacete no ha sido sólo físico de la NASA, sino que es un cura portorriqueño que escribe en periódicos como el *New York Times*. No se trata, por tanto, solamente de un hombre de fe, sino de un hombre de pluma ágil y luminosa. Incluso en sus dimensiones físicas recuerda a Chesterton.



emos leído

ALDOBRANDO VALS

En el campo se honra al padre

Las altas temperaturas alcanzadas durante el verano pasado han dejado un macabro balance de muertes, especialmente entre los ancianos. En Francia se habló de miles de muertes provocadas por el calor... y la soledad. Y es que estos fallecimientos han dejado al descubierto una de las grandes fallas del llamado «estado del bienestar»: el individualismo egoísta que corroe las familias y no siente reparos a la hora de abandonar a aquellos que son vistos como un obstáculo en nuestros planes hedonistas. Gino Girolomoni, desde las páginas de Avvenire, reflexionaba acerca de estos hechos para polemizar con el conocido escritor Alberto Moravia, agresivo vituperador de la «retrógrada» vida en el campo. Escribe Girolomoni:

«Las crónicas han dedicado páginas enteras al tema: empezando por una abuela de Caltanissetta, recogida en la calle por guardias urbanos porque ninguno de sus hijos había considerado oportuno llevarla de vacaciones con ellos. Después los viejos en Francia, tres mil muertos debido al calor insoportable que tuvieron que afrontar en solitario. Barbara Spinelli, corresponsal de *La Stampa* en París ha recordado a Lacan: “Nuestra civilización es una civilización de la basura y –comentaba– ahora en los cubos de la basura hemos tirado también a nuestros padres y abuelos, junto a las botellas de plástico”.

»En París han puesto hielos en las tinas a los osos y en las perras rocían con agua a los perros para refrescarlos; en Italia hemos hecho una ley severísima para quien abandona a los animales y

para quien los maltrata están previstas importantes multas. No hay nada previsto para quien abandona padres, madres, abuelos o enfermos considerados inútiles. Si éste es el comportamiento en la ciudad, patria del progreso según Moravia, ¿qué ha ocurrido en el putrefacto campo?...».

Tras citar varios ejemplos de personas que, en el ámbito rural, cuidan de sus mayores, prosigue el artículo: «No he citado estos casos para exaltar una idílica vida en el campo, sino que tan sólo deseo confrontar dos mundos, dos concepciones de la vida. No sólo Moravia, sino todo un ejército de intelectuales (incluso en el mundo católico), se han dedicado a presentar desde hace décadas la vida en el campo como una pesadilla de miseria y de rudeza de la que había que huir rápidamente. Pero, ¿para ir adónde? A la periferia de las ciudades, donde rápidamente uno se convierte en un número que no cuenta ya para nada después de los sesenta años. También el prior de Bose, estos días pasados, ha recordado su miserable infancia en el campo: pero la miseria, la pobreza y la dureza del trabajo de aquellos años existían también en las fábricas y en las ciudades. Y aún existen hoy en día: no es una prerrogativa de la ciudad o del campo, sino de la condición humana cuando pierde su norte. Para la gente de campo los viejos serán viejos, pero siguen siendo “mi padre” y “mi madre”. Aunque no seamos capaces de honrarlos como prescribe el mandamiento, somos al menos capaces de respetarlos. En otros lugares, a fuerza de números y estadísticas, los hombres se han convertido en menos importantes que las mulas, como se decía de los Saboya: si moría un sol-

dato poco importaba, era gratis. Si moría una mula, en cambio, había que rascarse el bolsillo para reponerla».

¿Por qué Occidente se odia a sí mismo? Porque reniega de la tradición

Así titulaba su escrito Alessandro Banfi en la revista Tracce (Huellas en su edición española). Ya en estas páginas señalamos en su día la importancia de evitar tanto un belicismo profundamente injusto como un pacifismo a ultranza que, señalábamos, tras una apariencia inofensiva esconde altas dosis de nihilismo y odio a toda autoridad. «Un odio que impide reconocer la bondad de nuestra historia», escribe Banfi, y que vemos apoderarse de nuestras sociedades bajo el nombre de multiculturalismo. Sigue el autor preguntándose:

«¿Qué secuelas deja esta guerra? Los muertos, los escombros, la liberación del tirano, y la habitual cantinela maniquea: “Yo estoy en el lado justo, tú en el malo. Yo he vencido y tú has perdido. Ahora pagas prenda”. Un alud de propaganda americanista inunda nuestros medios de comunicación y sofoca el magisterio del papa. Sin embargo, es posible una perspectiva diferente: repetir con el papa que la guerra ha sido un delito, pedir, solicitar que se cometan los menos crímenes posibles y haber esperado que la guerra acabara pronto. Pero, sobre todo, saber que el mal del mundo atañe al pecado de cada uno de nosotros ha supuesto de verdad seguir una lógica diferente. “El papa ha dicho que la guerra es un delito, la guerra viene a través del pecado original, que está presente en el mundo a través

de los pecados de los hombres, es decir, nuestros”, escribía don Luigi Giussani en el *Corriere della Sera*. ¡Qué realismo y qué verdad en ese subrayado de «nuestros» pecados, respecto al afán contemporáneo de atribuir siempre las culpas a los demás!

»En la oposición a esta guerra ha habido y habrá, en toda Europa, odio ideológico, la revancha de los nostálgicos de un sistema alternativo, revolucionario, que ha fracasado. ¿Tiende Occidente a renegar de sí mismo? Ciertamente. Hay quien ama el *cupio dissolvi*, quien reacciona a la crisis de fin de siglo desposando, ya fuera de tiempo, diferentes utopías; hay quien ve en la fuerza del Tercer Mundo, en especial la del árabe, un signo de vitalidad frente a la inevitable corrupción occidental».

Pero no nos dejemos llevar por una mirada superficial, si profundizamos un poco encontraremos en la mayoría de las posturas «tercermundistas», más que amor por los pobres, un odio larvado hacia los ricos. Es lo que denuncia en Avvenire Anna Bono, en un artículo titulado «Sin sombra de piedad hacia Occidente», citando a las principales agencias de noticias misioneras católicas (Misna, Emi, Fesna), donde desgraciadamente también se ha infiltrado dicha mentalidad. Tras analizar la información que los portavoces oficiales de los 16.000 misioneros italianos publican, Bono señala que «los órganos de información misioneros sostienen las tesis antiglobalización más radicales. Así, Occidente debe ser atacado y destruido. “El nuestro es un mundo absurdo que debe caer –afirma el comboniano Alex Zanotelli– no hay posibilidad alguna de reorientar un sistema muerto”...

»Para el padre Ottavio Raimondo la verdadera amenaza a la paz es “el terrorismo económico que provoca el hambre del sur del mundo. Hay armas más peligrosas que las químicas o las bacteriológicas y tienen su origen en el FMI o en el G8”».

Y acaba el artículo con el siguiente comentario: «Reflexionar sobre las razones que inducen a los misioneros a ser antiglobalización no basta. Falta explicar cómo es que los sacerdotes, los “padres”, no tienen ni una palabra de compasión, ni un pensamiento dirigido a Dios, ni una oración para que los hombres de Occidente comprendan sus errores, se rediman y salven sus almas. Es como si no se quisiera el arrepentimiento de Occidente, sino sólo su humillación».

Ante este panorama, urge recuperar el único medio de sanar esas inteligencias y esos corazones: la oración. Con santa Teresita, hoy más que nunca, hay que pedir a Dios con insistencia «por tus fieles y fervorosos sacerdotes, por tus sacerdotes tibios e infieles, por tus sacerdotes que trabajan cerca o en lejanas misiones, por tus sacerdotes que sufren tentación, por tus sacerdotes que sufren soledad y desolación...».

Messori arremete contra el moderno arte sacro

Que Vittorio Messori era un espíritu libre y sin complejos, ya lo sabíamos. Su reciente reflexión a propósito de la iglesia «Dives in misericordia», promovida expresamente por el Santo Padre como símbolo del Jubileo de 2000, y que no contempla ninguna cruz en el exterior, demuestra de nuevo que son necesarias voces cuyo único criterio a la hora de emitir un juicio sea el evangélico y no la moda de turno. Y es que Messori escribe contra los «entendidos» que lo saben todo menos lo importante. Reproducimos su escrito, publicado en el diario La Razón:

«Tenía que estar lista para el 2000, pero en realidad la obra sigue sin terminar y mientras tanto, los costes se han duplicado. Hablo de la gran iglesia que la Santa Sede ha querido que se edificara en un barrio periférico de Roma como recuerdo del Jubileo. El arquitecto elegido ha sido Richard Meier, un

judío que, por lo que sé, se confiesa agnóstico. Su proyecto, basado en unas grandes velas de cemento armado, no prevé la cruz ni ningún otro símbolo cristiano. Parece que, en un arranque de lucidez, cierto monseñor ha sugerido que quizá una cruz sería oportuna. El arquitecto ha respondido secamente que su proyecto no la preveía, y que por favor no importunasen al artista. Así que cuando esté terminada, Roma tendrá un legado: el de un edificio de culto católico donde se conserva en el más estricto anonimato el uso al cual está destinado, especialmente desde el exterior.

Problema de creatividad

No se trata sólo de lamentarse y repetir aquí patéticamente lo del «non c’è piú religione» («ya no hay religión»), sino de tomar conciencia, con realismo, de que el problema de la arquitectura religiosa es tan grave que habría que hacer una propuesta «escandalosa» para los conformistas: volver a comportarnos como en el siglo XVIII. Cuando se dieron cuenta de que se había agotado el empuje artístico que había dado lugar a tantas obras maestras en los siglos anteriores, los profesionales decidieron no inventar, sino copiar lo mejor posible. Entonces todas las iglesias, hasta los años veinte-treinta del XVIII se construyeron en el estilo «neo»: neorrománico, neogótico, neobarroco...

Humildad

Los críticos de arte se han burlado siempre de estos «revivals», de estos pastiches, pero, naturalmente, el juicio de la gente ha sido el opuesto (como pasa siempre, o casi siempre) al de los intelectuales. A los fieles, esos edificios les han gustado y allí han rezado, y siguen rezando muy a gusto. Pero cuando se abandona la humildad de los que, no sintiéndose bastante grandes para crear un nuevo estilo, recrearon el de los grandes artistas de los siglos anteriores, entonces llega el informe del ayun-

tamiento, llegan los horrores del cemento armado a la vista. O, como mucho, elegantes edificios (más bien pocos) pero sin lazo alguno, o lo que es peor, con lazos desviantes respecto al significado y al uso del «objeto» iglesia.

Fe simulada

Tomemos el ejemplo citado continuamente y constantemente reproducido de «obra maestra» para demostrar que la arquitectura contemporánea sabe producir arte sacro: la capilla del convento de Ronchamp, en Francia, dedicada a Nuestra Señora del Alto. Su constructor, en 1954, fue el celeberrimo Le Corbusier.

Escuchemos la opinión de un laico, de un agnóstico radical, considerado uno de los mayores críticos del siglo XIX (que también fue alcalde de Roma por los comunistas): Giulio Carlo Argan: «Le Corbusier es un ateo, tiene una ideología ascética propia y considera a la religión como filosofía para ignorantes. Su capilla no es una obra religiosa, sino política: Le Corbusier es el intelectual marxista que se siente llamado a dirigir la sociedad». Continúa, durísimo, Argan: «Los ideales altruistas se respetan, no se simulan. Simularlos es ofenderlos: un laico que entra en una iglesia tiene el deber de quitarse el sombrero, no tiene el derecho de comunicarse ni de predicar desde el púlpito. Le Corbusier ha simulado una fe que no tiene». Con el resultado de dar, entre piedras y ladrillos, una perspectiva que no sólo no tiene nada de cristiano, sino que deforma gravemente el Evangelio, del que no ha comprendido nada.

Habría que reflexionar acerca de la experiencia de las iglesias orientales, aquellas que llaman «ortodoxas». En aquellas tradiciones, tanto el pintor de iconos como el constructor de iglesias son vistos como personas que, en el seno de la comunidad creyente, ejercitan un ministerio al servicio de Cristo y de los hermanos. Sería im-

pensable, para griegos, eslavos y demás «orientales», que iconógrafos y arquitectos no fueran fervorosos creyentes (a menudo son monjes) y que, para colmo, quisieran hacer ellos lo que quisieran, sin respetar las santas tradiciones que imponen reglas bien precisas.

El resultado es una arquitectura que resulta repetitiva; a diferencia de aquellos edificios construidos por hombres de oración, vigilados por pastores, donde el Evangelio no se deforma ni se esconde por proyectistas que a menudo tienen una relación con la fe basada en la ignorancia o en la hostilidad».

Santa Eslovaquia

Del 11 al 14 de septiembre, el Santo Padre efectuó su 102 viaje apostólico, esta vez a Eslovaquia, país que ya había visitado en 1990 (entonces aún dentro de Checoslovaquia) y en 1995. Sorprendente Eslovaquia, con tantos seminaristas como toda Francia, teniendo quince veces menos bautizados católicos. France Catholique nos acompaña en un recorrido por la vida de la Iglesia greco-católica eslovaca que nos puede ayudar a comprender el secreto de su fecundidad:

El papa siente un afecto especial hacia este pequeño y valiente país, vecino de Polonia, que sufrió tan duramente la persecución comunista. Para clausurar el viaje, el papa celebró el domingo 14 de septiembre una misa en Bratislava en el curso de la cual proclamó a dos nuevos beatos: sor Zdenka Schelingova y monseñor Vasil Hopko. Este último fue víctima del encarnizamiento del poder marxista contra la Iglesia greco-católica de Eslovaquia (actualmente alrededor de 400.000 miembros sobre una población total de algo más de 5 millones de habitantes).

Los cristianos de rito bizantino están presentes en esta región des-

de las misiones de los santos Cirilo y Metodio en el siglo IX. Como sus iglesias hermanas, la Iglesia greco-católica de Eslovaquia fue liquidada por orden de Stalin después de la toma del poder por parte de los comunistas. En 1950, una parodia de sínodo convocado en Presov disolvió la unión con Roma y asimiló al clero y a los fieles a la Iglesia ortodoxa. Monseñor Hopko era en aquel entonces el obispo auxiliar de monseñor Pavol Gojdic, obispo de Presov. Ambos pastores fueron encarcelados, lo mismo que numerosos sacerdotes. Monseñor Gojdic fue condenado a cadena perpetua: murió en 1960 dentro de la cárcel. El papa lo beatificó el 4 de noviembre de 2001. Condenado a quince años de prisión, Vasil Hopko enfermó gravemente y fue enviado en 1964 a un hospicio. Murió en 1976.

Más de 123 sacerdotes murieron presos durante los dieciocho años de «no-existencia» de la Iglesia greco-católica de Eslovaquia. Pero, al contrario que en Ucrania o Rumania, pudo salir de las catacumbas veinte años antes del fin del comunismo, durante la Primavera de Praga en 1968, cuando el 90% de las comunidades, teóricamente pasadas a la ortodoxia, se declararon abiertamente greco-católicas. Los greco-católicos nacidos durante este intervalo fueron bautizados en la Iglesia latina, también terriblemente perseguida pero parcialmente autorizada.

Después del aplastamiento de la Primavera de Praga por los tanques soviéticos, el gobierno entregó todas las iglesias a los ortodoxos pero toleró la existencia de los greco-católicos. Hasta su caída, el régimen continuó, sin embargo, poniendo trabas al desarrollo de esta comunidad. Después de 1989 los greco-católicos han recuperado la casi totalidad de sus iglesias, lo que ha provocado numerosas tensiones con los ortodoxos. Las heridas no han cicatrizado, pero una nueva etapa, más pacífica, parece iniciarse.

1953, un año rico en acontecimientos

El año 1953 fue el año del concordato entre la Santa Sede y el Estado español. En el número de agosto se recogía en nuestra revista la transcripción íntegra de los artículos de dicho concordato. El mismo editorial comentaba este concordato como algo que nos impulsaba a los católicos españoles a estar activamente integrados en una nación que hacía gala de ser católica. Fue también este año el del tratado de amistad y cooperación entre España y los Estados Unidos de América que tanta repercusión había de tener en el marco de la política internacional. Nuestra sección política del correspondiente número de octubre, siempre tan intensa y elaborada, se ocupaba extensamente de ello.

CRISTIANDAD estaba siempre atenta a la voz de su pastor. Sus páginas recogían la llamada de nuestro arzobispo Gregorio Modrego a rezar el rosario, que él mismo dirigía desde su palacio episcopal y que retransmitía Radio Nacional en Barcelona, con motivo del mes del rosario. Asimismo publicaba también su pastoral sobre la festividad de Cristo Rey.

Por otro lado, en el número de 15 de octubre podía leerse la carta encíclica Fulgens corona que acababa de publicar el Sumo Pontífice Pío XII para inaugurar el Año Mariano previo al centenario de la proclamación de la Inmaculada Concepción de María. Pero nuestra revista se hacía eco en su número de octubre, hace ahora cincuenta años, de otras efemérides. El 16 de julio fallecía en Inglaterra Hilario Belloc, el que fue gran escritor e historiador inglés -aunque de padre francés y nacido

cerca de Versalles. En el mes de octubre de 1953 aparecía en nuestra revista un artículo muy completo sobre su personalidad y en particular su obra literaria y social. Belloc fue el gran colaborador y amigo de Chesterton, formando el grupo de literatos católicos ingleses más importante que ha coincidido en la Gran Bretaña.

En el mismo mes se celebraba también el centenario de la muerte de Donoso Cortés, lo que lógicamente debía ocupar en nuestras páginas un lugar destacado. El editorial, escrito por Tomás Lamarca, recogía el hecho de que Donoso Cortés fuera más apreciado fuera de España que en su misma patria. Un extenso y documentado artículo de Francisco Canals enmarcaba su obra en el conjunto de las diversas actitudes de la intelectualidad francesa de la época, para señalar su personal y profética visión religiosa y política, por encima de todas las que él podía observar en el vecino país. Finalmente, un artículo de Francisco de Gomis, comparándole con nuestro apologeta y escritor fecundo Jaime Balmes y comentando su actitud psicológica aparentemente más pesimista, destacaba su trascendental perspectiva a la que llegó después de juveniles etapas menos religiosas y más racionalistas. Nos complace reproducir dicho artículo sin fisuras aun teniendo que prescindir de su reflexión final acerca de la voz de los pontífices más cercanos a nosotros que dan la razón al juicio certero de don Juan Donoso Cortés, tantos años antes, acerca de la marcha del mundo moderno que muere en la misma medida en que se separa colectivamente de Dios.

Sugerencias sobre la actitud de Donoso Cortés ante los problemas del mundo moderno

De Donoso se habla con ocasión de los grandes transtornos de la historia. Su pensamiento es «jeremíaco», es la videncia que descubre el mal y señala el remedio, condena lo presente y apunta el único camino que lleva al porvenir y escapa de la muerte. El presente es para Donoso una civilización que tiene trescientos años de existencia y está

a punto de morir: la civilización que nace de Lutero, del «libre examen», y que puso un paréntesis a la civilización cristiana.

En esto, como en otros muchos puntos, su pensamiento coincide con el de Balmes, al que ni siquiera conoció, pero a quien mucho estimaba; aunque Balmes difiere de Donoso. Balmes considera

el presente y el porvenir alentado por un optimismo invencible que le convierte en paladín político y en polemista exuberante, que derrama pródigamente la abundante savia de su formación católica integral, conmocionada al contacto de aquella sociedad asediada por tan disolventes ideologías. El optimismo de Balmes se traduce en acción fecunda y en profunda serenidad.

En Donoso la visión no es serena, es apocalíptica. Su sensibilidad exquisita le hace percibir con intensidad excepcional el alcance de los principios que asoman su inquieta faz sobre la sociedad de su época. Hombre profundo, psicólogo nato, que percibe ya desde lejos las reacciones de los individuos y de los pueblos, comprende la difusión y fuerza que tales principios han de alcanzar; su desarrollo aparece ante sus ojos estremecidos con la diafanidad de un teorema. Encontramos en Donoso el fulgor del rayo que todo lo ilumina en un instante dado, y entonces es tal la profundidad de su juicio que el entendimiento se siente como arrebatado por sus síntesis vertiginosas y sus conclusiones apodícticas que se presentan al lector con una extraordinaria simplicidad. Diríase que el secreto de su fuerza, de su convicción, del ascendiente que su fulgor y brillo ejerce sobre su auditorio y sobre sus lectores, radica en que ese rayo de luz que de vez en vez ilumina su mente, prescinde del tiempo, que salva con aliento de gigante, para remontarse de repente hasta las consecuencias últimas de las tesis que va considerando. De ahí sus síntesis maravillosas, sus vaticinios lejanos, la sencillez sin par de su pensamiento, en el que todo tiende a la simplicidad y a la unidad.

En realidad, Balmes y Donoso son genios en cierta medida contrapuestos y que complementan sus respectivos dones.

Podemos imaginar como una de las posibles clasificaciones psicológicas de los hombres, que delimita hasta cierto punto la mayor intensidad de su atención, aquella que pudiera venir determinada por una visera: puesta ésta sobre los ojos, se obscurece la visión lejana y el horizonte se limita a lo más inmediato; por el contrario, puesta debajo de los ojos, lo inmediato y más cercano queda en la penumbra, y en cambio la perspectiva se extiende hacia la lejanía. La brillantez de cualidades del expositor, y la profundidad de su capacidad de análisis, nos darán la medida del genio, pero sus características y aptitudes quedan en cierto modo así delimitadas. Aunque lo cierto es que no suele existir tal división en forma radical, sino como matiz predominante de una individualidad.

Diríase que Donoso queda más bien clasificado en el segundo grupo. Su concepción es muy lejana. Está menos atento a los sucesos inmediatos que a sus consecuencias futuras, o, por mejor decir, aquellos sucesos, y los principios que los informan

u originan, no tienen para él una valoración o consideración política inmediata, sino eterna. De ahí su actitud intransigente. «Soy harto rígido —dice—, harto absoluto y dogmático para convenir yo a nadie... Sé muy bien la necesidad que todos sienten de transigir, de bordear, de ceder para vencer obstáculos; pero yo desprecio todo esto...»;¹ el principio o dogma falso tiene para él, en el horizonte lejano que siempre contempla, una proyección de disolución y de muerte. Por ello no será político en el sentido táctico de transigir principios para salvar un momento; al momento no le considera: unos años, en el horizonte eterno que contempla, son sólo un momento, no cuentan nada. Sin embargo, Donoso es eminentemente político, político de altura a quien piden consejo los más poderosos de su tiempo; estrategia de los principios políticos y sociales que señala los altos derroteros de la humanidad y de la historia.

No obstante estar tan profundamente enraizado en su patria española y vinculado con lealtad inmovible a instituciones y personas, por la inquietud y la vocación de su espíritu es del todo opuesto a todo patriotismo estrecho. La humanidad se halla sujeta a leyes políticas y sociales que son universales; de ahí que su espíritu, por vocación, fuese ante todo un espíritu universal. Europa era entonces centro de los problemas del mundo, y su espíritu fue reconocido inmediatamente como propio por toda Europa. Sus inquietudes, sus problemas y vaticinios, eran los de Europa. Hoy, pasado más de un siglo, su voz de vidente continúa resonando a nuestros oídos, y cada vez que la catástrofe europea parece más inminente, el eco nobilísimo y profundo de aquella voz se levanta desde su tumba española para repetir a la humanidad las razones por las que se precipita hacia su ruina y los caminos posibles de salvación.

Como a Jeremías, los pueblos le prestan atención cuando nuevos azotes se han desencadenado, y entonces, aquí y allá, se levantan profesores, políticos y ensayistas de Europa, ensalzando la profundidad de sus vaticinios, cuya dramática realización estamos alcanzando y vemos ahora posible que se realicen totalmente, y utilizando sus argumentos, avalados ahora por la historia, para defender acaso posiciones y teorías que el mismo Donoso hubiese posiblemente condenado; porque el quicio de todo su pensamiento, el de sus fulgores y permanencia, está en Dios, en su catolicismo integral, en una palabra. Si se suprime en Donoso esta consideración y perspectiva, se falsea su ideología y su adecuada dimensión. Por encima, pues, del Donoso brillante, de sugestivas y arrebatadas imágenes, está otro Donoso que vive asomado a lo tras-

1. Carta de Donoso Cortés al conde Raczynsky de 10 de diciembre de 1851. Obras completas, Ed. Orti y Lara, t. II, p. 710.

cedente. «Mi método para juzgar claramente de las cosas —dice— es muy sencillo: elevo los ojos a Dios, y en Él veo lo que busco en vano en los acontecimientos considerados en sí mismos».²

Sin embargo, Donoso no estuvo desde el primer momento asomado a lo sobrenatural, lo que da mayor realce a su ulterior posición; hay un Donoso doctrinario y racionalista, liberal y positivista, enamorado del siglo XVIII y conecedor de todos sus vericuetos intelectuales; y otro Donoso posterior, que después de abandonar con desesperanza y desengaño una por una sus anteriores posiciones ideológicas, descubre el mundo de lo sobrenatural. Hay que distinguir, pues, entre el observador agudo y profundo que pone de manifiesto lo extraordinario de su talento desde los primeros balbuceos de su vida pública y de pensador, y el hombre de arraigadas convicciones y principios que aparece después.

Pesimismo y optimismo en Donoso Cortés

He aquí una gran cuestión siempre discutida, y cuya extraordinaria importancia radica en el hecho de que lleva a reconocer todo el valor fecundo de su pensamiento, o a disminuirlo o aun negarlo, so pretexto de estar influido por una deformación que le priva de objetividad.

En realidad, ¿quién es optimista?, y ¿quién pesimista? A nuestro modo de ver, la observación de una realidad triste y su simple exposición no es pesimismo, sino mera objetividad. Si las consideraciones y reflexiones que se realizan sobre dicha realidad concluyen en desesperanza, desaliento y abandono, existe pesimismo; pero si dejan abierto el horizonte a la esperanza y a la acción, el pesimismo no existe. El único auténtico optimismo es aquel que no obstante ver una realidad triste y amenazadora, tal cual ella es, no cierra el espíritu a la esperanza ni la voluntad a la acción.

En Donoso encontramos las dos posiciones: su actitud es pesimista en la primera época, pero en la segunda vibra en su alma el único auténtico optimismo posible frente a una tragedia. Y él vivía contemplando la tragedia: con una anticipación casi secular llega a vaticinar los derroteros que había de seguir la humanidad en forma tan precisa que hoy parecen asombrosas profecías que no pueden dejar de impresionar a quienes consideren atentamente las circunstancias del mundo moderno.

Otra nota distinta del optimismo y pesimismo es la tristeza. Ésta se produce inevitablemente en toda alma noble a la vista de los males que descubre, y sólo llega a ser superada en un sentido cons-

tructivo y eficiente por una consideración más elevada y trascendente a esos mismos males. El propio Donoso nos refiere la tristeza que cubría perpetuamente el sacratísimo rostro de Jesús. «¿Qué significa esa nube de tristeza?», se pregunta; «¿qué era lo que veían tan turbados aquellos ojos en cuya presencia estaban todas las cosas, las presentes como las pasadas, las pasadas como las venideras?...»: «veían a Jerusalén cayendo sobre su Dios; a los romanos cayendo sobre Jerusalén; a los bárbaros cayendo sobre los romanos; al protestantismo cayendo sobre la Iglesia; a las revoluciones amamantadas sobre los pechos del protestantismo cayendo sobre las sociedades; a los socialistas cayendo sobre las civilizaciones; y al Dios terrible y justiciero cayendo sobre todos. Esto veían y por eso estuvieron llorosos hasta que se cerraron, y su alma, triste hasta la muerte...».³

Distinto del optimismo y pesimismo es también la inconsciencia. A ella se refiere también Donoso cuando dice: «No se me oculta *que hay hombres de un optimismo invencible* para quienes es una cosa evidente que la sociedad no ha de caer porque no ha caído ya, y a cuyos ojos el nublado, lejos de crecer, se va deshaciendo por los aires...».⁴ Por desgracia, tal optimismo se ha visto sucesiva y constantemente desmentido por la realización progresiva de los males que Donoso previó, y que nos han llevado al borde mismo del abismo en que nos encontramos, aunque muchos continúen ignorándolo.

Primera época: su pesimismo

Como hemos indicado, en su primera época, salido ya de las tempranas ilusiones juveniles, Donoso queda sumergido en un pensamiento cuyo horizonte se hace cada día más estrecho, agostando los ímpetus generosos de aquella alma a medida que su esfuerzo se muestra más estéril, y sus afanes e inquietudes van quedando burlados. No otra cosa podía suceder a un observador de su alcance desde el ángulo exclusivo de la razón; y sin embargo, discípulo de su siglo, a la razón acude precisamente en busca de soluciones y respuestas a tanto interrogante y tristes presagios que descubre en los problemas políticos y sociales que contempla.

Tiene tan sólo veinticuatro años y como acorralado, sin horizonte ni esperanza, se pregunta: «Esta confusión de cosas y de hombres, ¿es el efecto de una civilización que marcha o de una civilización que se abisma en el primitivo caos? Los síntomas que nos asombran, ¿son los que anuncian la muer-

2. Carta de Donoso Cortés al conde Raczynsky de 7 de diciembre de 1851. Obras completas, Ed. Orti y Lara, t. II, p. 708.

3. Polémica con el *País* y el *Heraldo*. 16 de julio de 1849. Obras completas, Ed. Orti y Lara, t. II, p. 150.

4. Polémica con el *País* y el *Heraldo*, op. cit, p. 145.



te, o los que anuncian una regeneración? Esta anarquía social, ¿es la que invade a las naciones próximas a disolverse, o la que se observa por un momento en las que van a ser iluminadas por una nueva aurora? Yo no lo sé, pero si se considera con atención esta sociedad agitada y palpitante, *sus oscilaciones se parecen menos a los movimientos de la vida que a las convulsiones de la muerte...*⁵ Hasta aquí, es mero pesimismo.

Su genio profundo había percibido desde el primer momento, ya a sus diecinueve años, la esterilidad del camino que ofrecía la filosofía para descubrir la verdad que su corazón anhela y presiente. «¡Filosofía orgullosa —exclama—, y sin embargo pueril! Ella se ha creído bastante para arrancar el velo misterioso con que ha cubierto a la naturaleza su Criador...».⁶ Pero aun hay aquí muchas ilusiones y esperanzas en la capacidad de la razón para descubrir la verdad. Por ello, sin haber alcanzado todavía la luz de lo sobrenatural, se convertirá en un «estudiante eterno», como él dice; desconfiando de la filosofía, no se afiliará a ningún sistema

determinado, pero estudiará todos los sistemas y todos los «errores» humanos, cuyo conocimiento, dice, es de gran utilidad. Su relativismo y su eclecticismo es tan sólo transitorio; la «verdad» y el «error» son dos conceptos que siguen vigentes en su alma, y en discernir sus caminos emplea toda la fuerza de su imaginación y de sus anhelos. Es la «razón» su compañera, su lucecita, la que le acompaña en su afanosa búsqueda, y a ella dedica sus mejores loas y servicio, y engalanada con el cautivador ropaje de la «soberanía de la inteligencia», le tributa los más altos honores y privilegios en su teoría sobre la sociedad y el Estado. En el mundo que contempla Dios no está presente; sólo hombres, sólo otras inteligencias como la suya, y centenares de teorías, y centenares de ocurrencias brillantes, y... *nada*, no aparece la verdad, no la descubre, el espíritu fluctúa entre divagaciones incessantes; la humanidad va despeñándose por los cauces de estas divagaciones, y la tragedia, la disolución y la anarquía se difunden más y más. ¿Qué es la inteligencia si no sirve a la verdad y al bien; si es instrumento que sólo produce fluorescencia y ruina? Más adelante, cuando su conversión se haya consumado, definirá este periodo en que su mente se hallaba sumergida entre teorías y más teorías brillantes y, corrosivas, y las condenará para siempre con estas terminantes palabras: «Cuando se abandona el culto austero de la verdad por la idolatría del ingenio, no hay esperanza ninguna; en pos de los sofismas vienen las revoluciones y en pos de los sofistas los verdugos».⁷ Pero ahora todavía no ha encontrado su camino; sólo hay en él expresiones de desaliento y de cansancio: «La razón humana es la mayor de todas las miserias del hombre —dice—. Sin la fe no sé qué es la verdad y no comprendo sino el escepticismo».⁸ Pocos años antes, en la última de sus «Lecciones de Derecho político» en el Ateneo, en las que la «soberanía de la inteligencia» venía a ser como la clave del arco de todas las teorías que había venido definiendo, acababa con un auténtico epitafio a la razón, que era tanto como la negación substancial de todas sus teorías, que en ella fundamentalmente se apoyaban: «razón humana —dice— que sucumbe si la fe no la sostiene, que desfallece si otra divinidad no la guía...

...Flor inodora,
estatua muda que la vista admira
y que insensible el corazón no adora».⁹

7. *Ensayo sobre el catolicismo*. Obras completas, BAC, t. II, pág. 349.

8. Carta, desde París, al *Heraldo*, Obras completas Ed. Orti y Lara, t. IV, pág. 89.

9. *Lecciones de Derecho Político*, febrero 1837, Obras completas, BAC, t. I pág. 330.

5. Prólogo al *Cerco de Zamora*. Obras completas, BAC., t. I, p. 82.

6. Carta a su amigo, agosto 1829, Obras completas, BAC, t. II, p. 16.

Pero esta fe a que alude era todavía estéril en su pensamiento y en su espíritu, pues, como él mismo dice, «ni gobernaba sus pensamientos, ni inspiraba sus discursos, ni guiaba sus acciones».¹⁰

Ante una tal contradicción de su espíritu, resulta obvio que quien en forma tan decidida e inequívoca pone la segur en la raíz misma o argumento base de todas sus especulaciones, sólo permanece en ellas sumido en la mayor desesperanza, perplejidad y lucha; y frente a los problemas que tan agudamente contempla y una tal impotencia en resolverlos, ¿qué otra cosa sino oscuro pesimismo puede prevalecer en su espíritu? Ésta es, a nuestro modo de ver, la característica de Donoso en su primera época, que aunque diluida en un principio por una inquietud desbordante que le empuja a considerarlo todo como quien busca afanosamente una salida, se hace más evidente a medida que su penetración alcanza la esterilidad a que viene condenado todo esfuerzo y especulación cuyo horizonte se limite a las sugerencias solitarias de la razón. Pero, una vez más, la razón fracasada y humillada encuentra aquí su camino de Damasco.

Segunda época: su optimismo

En Donoso la llamada conversión no es una simple frase retórica aplicada a un hombre profundamente bueno que «en lo íntimo de su alma fue siempre creyente», como él mismo declara.¹¹ Su conversión estriba en que su fe deja de estar como escondida y muerta, y pasa a gobernar sus pensamientos y a inspirar sus discursos y sus acciones. Antes y después su obra denota un gran talento, pero sólo a medida que su fe lo vivifica, su pensamiento adquiere la altura, serenidad y sabiduría que iluminando todos los problemas con extraordinaria simplicidad le harán brillar como astro de primera magnitud del pensamiento moderno.

Hay un surco profundo que separa las dos fases de su pensamiento. Primero, como navegante de las ideas que el racionalismo había puesto de moda en la mayoría de los centros de enseñanza y medios culturales de la época; mar proceloso, sin otra expectativa que la tormenta destructora, el espejismo y el engaño; pero mar limitado y concreto que en sus diferentes versiones y contrapunto respecta como dogma intangible, que todavía ondea sombríamente sobre el moderno escenario del mundo para cobijo de nuevos errores y cataclismos, el principio del «libre examen» proclamado por Lutero, y de ahí sus necesarias consecuencias: llamar a juicio a Dios, separarle de la criatura, dis-

cutirle autoridad y principios, y así arrinconado y olvidado, acabar negándole; y en el lugar de Dios erigir al hombre, proclamarle como fuente de bondad, de sabiduría y cognición, como principio y como fin, rindiéndole culto divino como sin rebusco hizo la Revolución francesa en el Campo de Marte; suscitando una mística que había de culminar en el super-hombre nietzscheano, y más adelante en el déspota omnipotente y en el super-esclavo del mundo moderno, donde el hombre «va quedando reducido a una minoría proletaria de una sociedad de máquinas» que todo lo considera y regula técnicamente, con rigidez mecánica, y en la que el hombre de carne y huesos capaz de alegría y sufrimiento es tan sólo una noción, no cuenta nada... Babel maldita en la que el hombre, erigiéndose frente a Dios, acabaría destruyéndose a sí mismo.

La conversión de Donoso supone que ha desentrañado el signo de la maldición que por todas partes descubría, y la fuente de que dimanaba; y al referirse al enciclopedismo, al filosofismo, al socialismo, y en general a las diferentes teorías que se sucedían en la actualidad de cada momento y que iba él considerando, señala la causa de tantos extravíos: «tienen su raíz más honda, dice, en el orgullo humano, que se va transformando continuamente y que no varía de naturaleza, aunque sí de nombre».¹²

Ésta es ya la segunda fase de Donoso. Anunciará desastres o soluciones, pero donde antes el módulo era la razón estéril y agotada en un intento más de conservar para ésta la hegemonía y la ilimitada libertad que son cetro de la soberanía divina, este módulo será después la sumisión constante de la mente a las enseñanzas de la fe, que ilustrará con las más brillantes imágenes de su ingenio y de su talento. Donde su penetración parece profecía, dice: «Para anunciar estas cosas no necesito ser profeta. Me basta considerar el conjunto pavoroso de los acontecimientos humanos desde su único punto de vista verdadero: desde las alturas católicas».¹³ Desde dichas alturas, irá desmontando y dejando arruinadas en cuatro trazos las mismas ideas que antes había tan celosamente defendido.

Frente a las concepciones del racionalismo, con su secuela política y social alza y enseña las concepciones eternas de la Iglesia católica, proclamadas por ésta serenamente al correr de las centurias a medida que nuevos extravíos y rebeliones del orgullo humano iban haciendo su aparición. Pero para nosotros, sometidos al ambiente moderno en que la influencia del error llega a todas partes, los pen-

10. Carta al marqués de Raffin, 31 de julio de 1849, Obras completas. Ed. Orti y Lara, t. II, p. 315.

11. Carta citada al marqués de Raffin.

12. Respuesta de Donoso Cortés a la contestación de Martínez de la Rosa a su Discurso sobre la situación de España. Vid. *El Ancora*, Barcelona, 1851.

13. Discurso al Congreso, de 4 de enero de 1849. Obras completas, Ed. Orti y Lara, t. II, p. 123.

samientos de Donoso tienen el sentido humano penetrante de indignación airada y de dolor de quien por largo tiempo se ha visto sumergido en las penumbras del error; y su concepción totalitariamente, integralmente católica, como antes lo fuera racionalista, ataca y destruye en nosotros todas aquellas manifestaciones o consecuencias de la herejía de Lutero, que por su ya arraigada vigencia social o política no nos hemos atrevido del todo a desterrar o condenar. El alcance y las consecuencias que tales principios negativos encierran quedan descritos de su mano con tan cruel y porfiada realidad, que a la vista de su ininterrumpido desarrollo y cumplimiento, se rompe el encanto de que los había rodeado la imaginación popular, y quedan así al descubierto con su propia y áspera fisonomía: el sofisma y sus consecuencias particulares y concretas.

Ahora bien: el análisis que Donoso realiza de tantos errores de su época, que tienen hoy todavía por desgracia plena vigencia, y las desoladoras descripciones de su desarrollo futuro, ¿pueden ser consideradas como pesimistas bajo el ángulo que ahora las considera?

Ahora, como antes, Donoso no hace más que describir la realidad que contempla; pero su espíritu no se encuentra ya indeciso y perplejo, sino lleno de convicción y de fe. Ya no se pregunta, ni inquiere, ni interroga. Afirma. Concreta. Señala errores, males, remedios. Y su visión de tragedia, que tan honda tristeza le ocasiona, viene no obstante iluminada por un nuevo horizonte: el de un Dios providente y misericordioso que tiene cuidado de sus criaturas; la restauración de aquellos principios que han de traer la salud. Y así, por una parte, se muestra escéptico en la evolución de la realidad que considera, pero no en la forma inapelable que pudiera deducirse de algunas de sus frases lapidarias tomadas aisladamente, sino en el modo matizado que expone en estos pensamientos: «Sí; la sociedad europea se muere, sus extremidades están frías; su corazón lo estará dentro de poco. ¿Y sabéis por qué se muere? Se muere *porque está envenenada*. Se muere porque la sociedad había sido hecha por Dios para alimentarse de sustancia católica, y médicos empíricos le han dado por alimento la sustancia racionalista. Se muere porque así como el hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios, así también las sociedades no mueren solamente por el hierro, sino por toda palabra anticatólica salida de la boca de los filósofos. Se muere, porque el error mata, y esta sociedad está fundada en errores...». «Los individuos pueden salvarse todavía, porque pueden salvarse siempre; pero la sociedad está perdida. Y esto, no *porque tenga una imposibilidad radical de salvarse, sino porque para mí está visto que no quiere salvarse. No hay salvación para la sociedad porque no queremos hacer*

cristianos a nuestros hijos y porque nosotros no somos verdaderamente cristianos. No hay salvación para la sociedad, porque el espíritu católico, único espíritu de vida, no lo vivifica todo, la enseñanza, los gobiernos, las instituciones, las leyes y las costumbres. Torcer el curso de las cosas en el estado que hoy tienen, no se me oculta que sería una empresa de gigantes. No hay poder en la tierra que por sí solo pueda llevarla a cabo; y apenas podría ser llevada a término dichoso si obraran con concierto todos juntos. Yo dejo al cuidado de ustedes averiguar si este concierto es posible, y hasta qué punto lo es; y decidir si, aun en el caso de que sea posible, la salvación de la sociedad no sería de todos modos un verdadero milagro».¹⁴

Pero, por otra parte, no se deja amilanar por esta realidad, sino que mantiene a su espíritu en ejemplar tensión y en constante actividad de apóstol y aun de misionero de la verdad, en un mundo que le mira entre burloso y asombrado, en el que hace sonar ruidosamente los agudos y penetrantes clarinazos de su voz que todavía llega potente hasta nosotros. Cuál sea la fuente de tales energías, a pesar de la gran tristeza que le agobiaba, él mismo nos lo dice. Después de reflejar una opinión pesimista en cuanto al futuro inmediato de la humanidad, proclama la necesidad y la obligación de luchar: «porque en primer lugar la lucha puede aplazar la catástrofe; y, en segundo lugar, la lucha es un deber y no una especulación para los que nos preciamos de católicos. Demos gracias a Dios —dice— de habernos otorgado el combate, y no pidamos sobre la gracia del combate la gracia del triunfo a aquel que en su bondad infinita reserva a los que combaten por su causa una recompensa mayor que la victoria».¹⁵

Sin embargo, no es sólo la acción lo que recomienda, sino también, y más principalmente, la oración: «Creo que hacen más por el mundo los que oran que los que pelean —dice— y que si el mundo va de mal en peor consiste en que son más las batallas que las oraciones. Si pudiéramos penetrar en los secretos de Dios y de la historia tengo para mí que nos habríamos de asombrar al ver los prodigiosos efectos de la oración aun en las cosas humanas. Para que la sociedad esté en reposo es necesario cierto equilibrio, que sólo Dios conoce, entre las oraciones y las acciones, entre la vida contemplativa y la activa».¹⁶

FRANCISCO DE GOMIS CASAS

14. Polémica con el *País* y el *Heraldo*, julio de 1849. Obras completas, Ed. Orti y Lara, t. II, p. 157.

15. Carta al conde de Montalembert, de 26 de mayo de 1849. Obras completas, Ed. Orti y Lara, t. II, p. 138.

16. Carta al marqués de Raffin, de 21 de julio de 1849. Obras completas, Ed. Orti y Lara, 5. t. II, p. 318.

CONTRAPORTADA

«Servir al solo Señor y a la Iglesia su Esposa bajo el Romano Pontífice»

Mensaje de Juan Pablo II al padre Peter-Hans Kolvenbach (septiembre de 2003)

Desde Roma, donde –para usar las palabras de san Ignacio– «esta mínima Congregación [...] en su primera institución fue llamada por la Sede Apostólica la Compañía de Jesús» (Const. 1), me es particularmente grato enviar un afectuoso saludo a usted y a los participantes en la Congregación de procuradores de todas las provincias que se desarrolla en Loyola, cuna de vuestro fundador. Es esta una ocasión oportuna para mejor descubrir, partiendo de sus orígenes, el carisma que os liga íntimamente a la Sede de Pedro. La inspiración de san Ignacio, de promover «una mayor devoción a la obediencia de la Sede Apostólica» (*Formula Instituti*, 3), conserva todavía su pleno valor en este comienzo del tercer milenio.

A este respecto, como sucesor del apóstol Pedro, le renuevo a usted, Reverendo Padre, y a toda la familia ignaciana mi agradecimiento por el apreciado y múltiple servicio apostólico que prestan los jesuitas en tantos países del mundo, especialmente en «la defensa y propagación de la fe y en el provecho de las almas en la vida y doctrina cristiana» (*Formula Instituti*, 1). Al dar vida a la Compañía de Jesús, san Ignacio se propuso a sí mismo y a sus compañeros el objetivo preciso de «servir al solo Señor y a la Iglesia su Esposa bajo el Romano Pontífice» (cfr. *ibíd.*) De hecho, en el sucesor de Pedro veía el garante de la apertura de la Compañía a la misión universal.

El que hoy tiene el cuidado de la Iglesia universal invita a los hijos de san Ignacio a renovar, en estos días de recogimiento y reflexión, su propio carisma, la obediencia que han querido prestarle de modo especial. En cualquier destino adonde seáis enviados, queridísimos jesuitas, «por orden del Vicario Sumo de Cristo nuestro Señor o por los superiores de la Compañía», no dejéis de proponeros en todo «la mayor gloria divina y el bien de las ánimas, tanto entre fieles como entre infieles» (Const. 603). Debéis ser testigos y operarios, en todas las partes del mundo, de la catolicidad de la Iglesia, que es el sacramento de Cristo en medio de los hombres. ¡Qué rica de frutos se ha revelado en el curso de los siglos la intuición del fundador! En no pocas circunstancias, a veces complejas y difíciles, el compromiso de la obediencia a Cristo a través de la obediencia a su Vicario en la tierra ha sido de validísimo sostén a la misión de la Iglesia en el mundo.

El Papa cuenta hoy también con esta fiel adhesión de los hijos de san Ignacio y ruega para que, perseverando en su vocación originaria, puedan continuar sirviendo con competencia y entrega a Cristo y a su Iglesia en todas las partes del mundo.

María, Reina de la Compañía, a la que confío las labores de la Congregación de procuradores, ayude a cada uno de los miembros de la familia ignaciana a mantener inalterado el carisma recibido para el bien de todo el pueblo de Dios.

Con estos sentimientos de afectuosa cercanía, envío a usted, Reverendo Padre, y a los que se encuentran en Loyola una especial bendición, extensible a toda la Compañía de Jesús.

JOANNES PAULUS II